

A dramatic landscape painting. In the foreground, a rolling green hill is covered in small, colorful flowers. A white cow with a red collar is grazing in the lower right. In the middle ground, a large, leafy tree stands on a small rise. The background shows a vast, hazy landscape under a sky filled with dark, swirling clouds and a bright light source, possibly the sun or moon, creating a dramatic, almost apocalyptic atmosphere.

ESCLAVA DEL ODIO

MARGOTTE CHANNING

ESCLAVA DEL ODIO

MARGOTTE CHANNING



www.margottechanning.com

ÍNDICE

UNO

DOS

TRES

CUATRO

CINCO

SEIS

SIETE

OCHO

EPILOGO

El honor era un concepto muy arraigado en la sociedad vikinga y tenían sus propios códigos de conducta, normas y ceremoniales para solventar sus disputas, como el holmgang (una especie de duelo con el que resolvían diferencias graves). Las muestras de debilidad, actos de cobardía o traición convertían a un individuo en un niðingr (un hombre estigmatizado socialmente) y podía ser sentenciado, tras ser juzgado, al destierro o a la muerte.

UNO

Bergen, Noruega año 1205

Caía la noche mientras el muchacho galopaba por los campos con la misma osadía que debieron mostrar sus antepasados, al atravesar el mar para conquistar aquellas tierras. Era muy alto y en su cuerpo ya empezaban a adivinarse los músculos, que no se desarrollarían definitivamente hasta años después. El pelo rubio le llegaba por los hombros, como era costumbre en aquel tiempo y su cara, y más concretamente su sonrisa, era la razón por la que muchas jovencitas de la región suspiraban, aunque él solo tenía ojos para Isgerdur.

Se inclinó sobre el caballo para animarle a correr más porque estaba deseando ver a su prometida. Iban a casarse dentro de solo dos semanas, aunque a él le parecía esperar demasiado; a sus quince años ya sabía que nunca sería paciente.

Cuando llegó al granero donde habían quedado, le extrañó ver la montura de Thorkel junto a la de Isgerdur, pero pensó que iban a darle una sorpresa.

— ¿Isgerdur? ¿estás ahí? — su corazón se aceleró al ver que lo esperaba en un rincón, sonriendo,

— Estoy aquí, Gunnar— olvidó preguntar qué hacía Thorkel allí, y se acercó corriendo para besarla apasionadamente. Su amada era de su misma estatura, parecía una valquiria rubia con el pelo recogido en dos largas trenzas que le llegaban por las caderas. Lo abrazó con fuerza por la nuca y, justo

después de sentirse el hombre más feliz del mundo, Gunnar notó un fuerte dolor en la espalda que hizo que se le doblaran las rodillas, y que cayera al suelo inconsciente poco después.

Cuando despertó, estaba atravesado boca abajo sobre su caballo y se movía, además, lo habían atado a la montura para que no se cayera. Levantó como pudo la cabeza ya que seguía doliéndole mucho la espalda y notó que tenía la ropa empapada en sangre y que se dirigían al fiordo, entonces los vio, estaban hablando entre ellos montados sobre sus caballos y a él lo habían atado al suyo,

— ¿Por qué? — Isgerdur lo miró con desprecio y le dio la espalda, pero su amigo ni siquiera se atrevió a hacer eso,

— Ya se ha despertado, ¿qué te parece este sitio, Thorkel? —el traidor la obedecía ciegamente,

— Aquí no nos verá nadie, aunque pasen por el camino que hay alrededor del bosquecillo. Y es un buen momento porque ahora la corriente es muy fuerte. Es imposible que, en su estado, sobreviva.

— ¡Isgerdur! ¿por qué me haces esto? — Gunnar lloraba como un niño, aunque no recordaba haberlo hecho nunca. Isgerdur volvió a mirarlo con desprecio y tomó una decisión,

—Antes de que lo echemos al agua, quiero hablar con él.

Bajaron de los caballos y lo tiraron al suelo. Thorkel lo colocó boca arriba y la muchacha le quitó la daga del cinto a Gunnar, arrodillándose a su lado y mirando con una sonrisa sarcástica las lágrimas que corrían por sus mejillas.

— ¡Gunnar, escúchame!, tuve que plegarme a la voluntad de mi padre y ceder a la boda, pero Thorkel es mi amante desde que éramos niños. Estamos enamorados— Gunnar observó al que siempre había considerado como un hermano, pero este contemplaba las aguas, incapaz de devolverle la mirada.

Conocía de sobra la crueldad de Isgerdur, pero no podía vivir sin ella— y tú eres un crío, ¿de verdad creíste que me satisfacías en la cama? Thorkel y yo somos iguales, hasta en la edad. Cuando me he acostado contigo, solo he sentido asco y me prometí a mí misma que te lo haría pagar— al ver su expresión, los dos hombres la miraron asustados, entonces ella cogió a Gunnar por la mandíbula y lo cortó desde la oreja hasta el labio. Los gritos de dolor de él fueron terribles, pero, afortunadamente, volvió a perder la consciencia y no notó cuándo lo tiraron al agua helada del fiordo que lo arrastró lejos de allí.

Isgerdur acudía a la llamada de su padre días después, el anciano estaba desayunando y le hizo un gesto con la mano para que se sentara:

— Hija, he hablado con los padres de Gunnar y ya lo dan por muerto, están seguros de que es imposible que esté vivo y que no haya vuelto a su casa. Ya sabes que lo querían mucho, ¿es una lástima, el único hijo! — la miró, pero ella seguía con la mirada agachada y continuó— ya sabes cómo es la gente, han empezado las murmuraciones, dicen que le diste mala suerte. Además, ha llegado nuestra familia del norte para la celebración de tu boda, y tu madre y yo estamos avergonzados porque hayan hecho un viaje tan largo, para nada.

— Si padre.

— Teniendo en cuenta que, si Gunnar hubiera tenido hermanos, la costumbre dicta que, a su muerte, te habrías casado con uno de ellos, he accedido a una propuesta lo más parecida posible. Thorkel me ha pedido tu mano y le he dicho que sí, y la boda se celebrará en cuatro días. Sé que es muy poco tiempo para que te acostumbres a la idea, pero esta es la mejor manera para que dejen de hablar sobre ti. Al menos, Thorkel tiene diecinueve años, como tú.

— Sí padre— agachó la mirada para que no viera su expresión de felicidad.

En su familia nunca hubieran aceptado a Thorkel en otras circunstancias, ya que no tenía nada, sus padres tenían una granja pequeña, pero él era el menor de tres hermanos y no heredaría. Sin embargo, Gunnar era hijo único y su granja era la más grande de la región. Thorkel le había preguntado el día anterior si no tenía remordimientos por lo que habían hecho y le contestó que no. Y era cierto, lo único que le importaba era que había conseguido lo que quería, aunque parecía que Thorkel sí los sufría.

El día de la boda la novia amaneció más bella que nunca, y toda la mañana tuvo una sonrisa en los labios pensando que, a partir de ese día, nadie podría separarla de Thorkel. Estaba sentada en su habitación preparándose para la ceremonia, cuando su futuro marido entró corriendo, y ella se levantó al ver lo atemorizado que parecía,

— ¡Ha vuelto! ¡Está vivo! — Thorkel cerró la puerta y se apoyó sobre ella respirando agitadamente, como si no consiguiera que entrara suficiente aire en sus pulmones. Isgerdur se puso a su lado mirándolo fijamente,

—¿Qué pasa? —él tragó saliva antes de contestarla, con los ojos fuera de las órbitas.

— Al venir he visto mucho revuelo en la granja de Gunnar, y he preguntado a uno de sus esclavos que salía galopando como un loco. —volvió a tragar saliva, antes de añadir— ¡Está vivo! —Isgerdur dio un paso atrás e hizo un gesto de incredulidad

—¿Gunnar? —él asintió varias veces

— ¡Ha vuelto a su casa esta mañana, acompañado por una vieja! El esclavo me ha dicho que no sabían lo que le había ocurrido y que él iba a buscar a la curandera—la cogió por el brazo, asustado— ¡Y ya sabes lo que ocurrirá, vendrán a por nosotros! ¡Tenemos que huir!

Isgerdur cogió la caja donde guardaba sus joyas y un saco donde tenía algo de dinero y salieron corriendo hacia el establo, pasando delante de sus padres y del resto de su familia que los miraba con la boca abierta.

A los pocos minutos, galopaban en los mejores caballos que había en la granja. Esa fue la última vez que se los vio en la región.

Convento de monjas de la Isla de Iona, Escocia. Año 1225

— Madre, al menos estará de acuerdo conmigo en que ya no es posible que sigamos manteniéndola aquí. Cuando os la entregaron siendo una niña, dijeron que vendrían a recogerla, pero la chica ya tiene diecisiete años y no ha venido nadie—la anciana contestó a la otra monja intentando ser justa.

— Hermana ¿por qué para usted es un problema que Rosslyn siga viviendo en el convento? Realiza las tareas que le encargamos sin queja ninguna, se ocupa de los animales, asiste a los oficios y reza como todas, solo le falta llevar la toca para ser una de nosotras del todo ¿Hay algo que me pueda decir sobre ella que perjudique a la convivencia del resto de las hermanas?

— Sólo digo que tanta alegría no puede ser cristiana. Se ríe continuamente, habla con los animales, y parece...parece—titubeó, pero finalmente dijo la palabra—¡feliz! — se calló al darse cuenta de lo que acababa de decir. La madre superiora meditó un par de minutos antes de contestar,

—¿Está segura de que no le mueve un sentimiento poco cristiano al hablar de esa manera? —la monja permaneció con la vista baja— creo que tiene que mirar en su interior para descubrir de dónde viene ese impulso—la anciana suspiró—será mejor que haga retiro espiritual durante un par de días. Queda dispensada de sus labores durante ese tiempo, reflexione y hable con Dios para que la guíe— la monja asintió sin levantar la mirada y se dirigió a su celda, pero la superiora la frenó con sus palabras— hermana, rezaré por usted.

A pesar de lo que le había dicho a una de sus monjas, la superiora era consciente de que había retrasado ese momento porque la chica era como una hija para ella. Cogió un objeto de un cajón de su escritorio y salió a buscarla. Estaba cantando junto a los animales y, la monja sonrió porque, aunque solo conocía canciones religiosas, en su voz parecían extrañamente frívolas.

— Rosslyn— la muchacha levantó la cabeza al escuchar su nombre y la sonrió, entonces terminó de rellenar el agua de las gallinas y se dirigió a ella con pasos largos y elegantes. No sabía quiénes eran los padres de su protegida, pero su porte indicaba que por sus venas corría sangre noble. Cuando llegó a su lado esperó de pie, mirándola y esperando.

— Niña ¿has terminado con los animales?

— Si, madre.

— Acompáñame, vamos a sentarnos en el claustro. Quiero hablar contigo

En cuanto estuvieron sentadas, la examinó como si la viera por primera vez. Tenía el pelo negro como la noche, la piel muy blanca y sus ojos eran de un color extraño, un verde casi transparente y su estatura era pequeña, de hecho, la mayoría de las monjas, incluso la superiora, eran más altas. Su expresión mientras esperaba era tranquila.

— Rosslyn, me has preguntado muchas veces por tus padres y yo siempre te decía que te hablaría de ellos cuando fueses mayor. Pues creo que ya ha llegado el momento de hacerlo— la anciana se quedó mirando el horizonte, recordando— Todo ocurrió diez años atrás, acababan de terminarse las obras del convento y por eso solo vivíamos aquí cinco hermanas. Una noche en la que llovía a cántaros, llamaron a la puerta, era un soldado que te llevaba de la mano— Rosslyn no recordaba nada— Pidió hablar conmigo a solas, tenía instrucciones de su señor de dejarte aquí escondida hasta que vinieran a por ti. Tu padre es un señor de la guerra escocés, William Douglas,

que es el que mandó al soldado que te trajo y tu madre creo es una mujer noruega, de donde son los vikingos ¿recuerdas dónde está Noruega? – la chica asintió

— A cambio de cuidar de ti y de educarte durante todos estos años, el hombre nos dejó una generosa cantidad de dinero que no pude rechazar, tú ya conoces nuestra pobreza, y la promesa de que, pasado un tiempo, alguien volvería a por ti. No creo que la intención de tu padre fuera abandonarte, te dejaban aquí por tu seguridad, y me prohibieron que salieras de aquí hasta que vinieran a buscarte— entonces sacó un objeto de su hábito,

—Ese hombre también me entregó esto, me dijo que te lo diera cuando fueras mayor— era un anillo con unos símbolos que no entendía grabados en el interior— si alguna vez tienes algún problema, tienes que enseñárselo a tu padre o a alguno de sus soldados, ellos sabrán lo que tienen que hacer. Es la prueba de que eres su hija. Te cuento todo esto porque llegará un día en el que te tengas que ir. Tu lugar no está aquí hija mía, aunque a mí me gustaría que te quedaras.

— ¡Madre! — se abalanzó hacia la monja abrazándola fuertemente, la anciana, con lágrimas en los ojos, le dio unos golpecitos en la espalda— ¡Madre! ¡yo no quiero irme, este es mi hogar! – la monja escuchó, sorprendida, sus sollozos.

— Tranquila, niña. Rezo todos los días para que encuentres un buen hogar cuando salgas de aquí, y espero que tú hagas lo mismo. Dios te guiará, debes tener fe.

— Si, madre—agachó la cabeza suspirando.

— Límpiate las lágrimas que han tocado a Sexta, es la hora del Ángelus y luego iremos al refectorio a comer.

La chica siguió a la monja mientras alguna que otra lágrima seguía rodando por sus mejillas.

Bergen, Noruega, año 1225

— ¡Helga! ¿dónde la has metido?, ¿cómo te has atrevido a soltarla? — Freydis entró como una exhalación en la cocina pateando a todo esclavo que se cruzaba en su camino, aunque casi todos, al verla, salían corriendo atemorizados.

Helga, la anciana esclava, la había escuchado perfectamente, pero siguió echando las verduras en el guiso. Cuando terminó, se dio la vuelta y miró fijamente a la mujer; tenía que reconocer que Freydis era bellísima, alta, tanto como Gunnar, y con una figura que hacía que los hombres se olvidaran de utilizar las funciones cerebrales superiores en su presencia, hasta que hablaba, claro.

— ¿Qué quieres, Freydis?

— ¿Dónde has escondido a Asdis? Si se ha ido quejando...— los chillidos de Freydis le estaban acuchillando el tímpano, pero Helga no cambió

de expresión sabiendo que, el mayor agravio para ella sería aparentar que no la molestaban.

— Esa pobre chica no se queja nunca—chasqueó la lengua, muy molesta— Anoche salí a la despensa y la vi en el patio, en el tronco de los castigos, inconsciente por la paliza que le habíais pegado tú y tu hija. Y si la hubiera dejado durmiendo en la nieve, habría muerto.

— Este es tu final Helga—Freydis sonrió, muy satisfecha— ¡Por fin voy a ver cómo Gunnar te arranca la cabeza! Sabes que, si él no está, yo soy la que manda.

— No es eso lo que el señor me ha dicho, si acaso lo contrario.

— En cuanto a Mjoll, te recuerdo que también es hija del amo.

— Todos lo sabemos, Freydis—la anciana contestó con voz de cansada porque se había pasado la noche pendiente de Asdis, y no había dormido nada— pero de momento a ninguna de las dos os ha dejado el mando de la casa, por eso sigues siendo una esclava como yo. Como todos los que vivimos aquí—pero Freydis no se podía callar.

— Ya ha vuelto su barco, él está a punto de llegar y te aseguro que esta vez no te vas a salvar ¡Y yo no soy una esclava más, soy su concubina! ¡Le pediré tu cabeza y me la dará! —se marchó gritando y la anciana suspiró y siguió preparando la comida.

Poco después escuchó algarabía en la entrada y supuso que Gunnar había vuelto. No había transcurrido ni media hora cuando la avisaron de que quería verla y limpiándose las manos pensó que Freydis, esta vez, había sido muy rápida.

El salón estaba vacío a excepción de Gunnar y de Freydis. Él parecía cansado y furioso, una combinación muy peligrosa en el caso del amo de la casa. Cuando la vio, le hizo un gesto para que se acercara.

— Siéntate anciana

— Gracias, señor, pero estoy bien de pie.

— Dice Freydis que os ha escuchado a ti y a Asdis diciendo que me consideraréis repulsivo por mi cicatriz. Vuestras palabras la enfadaron y castigó a Asdis, pero contigo no se atrevió a hacerlo por tu edad avanzada ¿Qué tienes que decir sobre estas acusaciones? —el vikingo se quedó mirando a Helga como si quisiera leer la verdad en su cara.

— Señor, la paliza que le dieron a esa pobre chica fue sin ninguna provocación. Yo no estaba delante, pero otro esclavo me dijo que fueron a su encuentro para insultarla y terminaron pegándola. Son como dos lobas rabiosas y en cuanto olieron la sangre ya no pudieron parar. La ataron al tronco de los castigos y la apalearon hasta que se les cansaron las manos, y la dejaron abandonada para que muriera por las heridas y el frío. La recogí y la llevé a mi habitación donde la he estado cuidando toda la noche y si los dioses quieren, vivirá.

— ¡Es mentira! — al escuchar el grito de Freydis, Gunnar tensó la mandíbula lo que hizo que su cicatriz fuera todavía más amenazante. El vikingo abatió los hombros un momento, pero enseguida volvió a erguirse— ¡Cállate si no quieres ser tú la que esté unas horas en el tronco! Esa esclava no es tuya para que actúes así, además, tú solo eres otra esclava—Helga, a pesar de estar acostumbrada a la dureza de su amo, deseó no estar delante de esa conversación.

— ¡Me hablas así! ¡a la madre de tus hijos! — Freydis estaba indignada.

— Alégrate de que no lo haga en público, porque Helga no va a decir nada, pero es la última concesión que te haré. Por el bien de mis hijos no te he castigado otras veces como debería, pero eso se acabó—apretó la mandíbula y sus ojos fulguraron— Tienes prohibido volver a mandar a ningún esclavo de la granja y, si maltratas a alguno, tu castigo será el doble que el que tu hayas impuesto— Freydis echó una mirada de odio a la anciana y se fue con paso

rápido mordiéndose la lengua para no contestar, porque conocía el genio de Gunnar.

Helga se giró para volver a su trabajo,

— No te vayas todavía—volvió a mirarlo— Quiero preguntarte algo ¿Es mi hija como su madre?

—No sé qué quieres decir—no quería meterse en más líos.

—Sí lo sabes—ella se miró los pies un momento, antes de contestar.

— Siento decírtelo Gunnar, pero es peor. Es cruel hasta con su hermano, no entiendo de dónde le nace tanta maldad, siendo tan joven.

— ¿Y el chico?

— No. Ari, tu hijo tiene buen corazón, la perversión no tiene cabida en él.

— Pero es débil— Gunnar se levantó y comenzó a pasear ante ella con las manos a la espalda— te hice caso y lo dejé sobrevivir, pero no estoy seguro de haber hecho bien.

— ¿Cómo puedes decir eso? – él se paró ante ella y la miró fijamente

— Si hubiera sido cualquier otro el padre, lo hubiera abandonado en el bosque, lo sabes. Desde que nació, la comadrona dijo que siempre sería un niño débil. No va a ser mi heredero, seguramente yo lo enterraré a él— murmuró. Entonces Helga le entendió, porque nadie quería sobrevivir a un hijo

— Recemos porque ese día llegue lo más tarde posible.

— Tengo que decirte otra cosa—ella esperó pacientemente— en este viaje he tenido éxito y he conseguido la información que necesitaba. Ven— se acercaron a la ventana para poder hablar con tranquilidad. Desde allí no podían escucharlos—cuando me salvaste la vida y te conté lo que me había ocurrido, te dije que me vengaría ¿lo recuerdas?

— Sí, mi señor, entonces eras solo un niño, pero cambiaste rápidamente y te convertiste en un hombre duro en poco tiempo. Yo era una mujer sola, sin

familia y había decidido que los dioses dispusieran de mi vida en el fiordo cuando te encontré vagando en el mar. No creí ser capaz de sacarte del agua, pero no había nadie a quien pudiera pedir ayuda.

— He encontrado la pista definitiva, te dije que Thorkel murió en la guerra. Luchó como mercenario de un clan escocés, los Douglas, y mi querida Isgerdur— sonrió irónicamente al llamarla “querida” y Helga contuvo la respiración al ver su expresión de maldad— se amancebó con el jefe del clan, y de esa relación tuvieron una hija. Esta información me ha costado mucho oro, pero vale la pena porque ahora sé dónde está esa chica. La raptaré y la traeré aquí para que trabaje como esclava, luego mandaré una carta a Isgerdur para decirle que la tengo en mi poder y que voy a vengarme, en el cuerpo de su hija, de todas las maldades de la madre. Por fin ha llegado el momento dulce de la venganza—respiró profundamente manteniendo la expresión malvada en su castigado rostro— cuando se cumplan mis planes, no me importará morir.

— ¿Estás seguro? ¿ese es tu mayor deseo, vengarte de esa mujer?

— Sí.

— Yo creo que no. Porque cuando consigas tu venganza, que no dudo que lo lograrás, porque eres el hombre más fuerte que he conocido nunca, te darás cuenta de lo vacía que es tu vida— el guerrero la miró lleno de furia, pero la anciana volvió a la cocina para seguir con sus tareas

DOS

Gunnar volvía a sentirse libre y el motivo era que volvía a estar bordo de su Drakkar.

Gracias a su querido barco había conseguido la mayor parte de su fortuna, ya que durante diez años y acompañado por su tripulación, había recorrido las costas de Francia e Inglaterra, dos veces al año, para saquear los monasterios más cercanos al litoral. Los tontos de los cristianos guardaban allí sus mejores tesoros, por lo que los vikingos más intrépidos sabían dónde tenían que ir a robar.

Ahora había dejado atrás esa época y el barco lo utilizaba para comerciar. Sus pieles de diferentes animales, los dientes de foca y de morsa eran muy apreciados en los mercados occidentales, sobre todo en Dublín, ciudad fundada por vikingos. Este era el motivo por el que ellos la seguían llamando Dubh Linn (laguna negra), conservando el nombre que le habían puesto sus antepasados.

Starkad, su segundo en el mando de la nave, se acercó a él y le pidió permiso para recitar la oración a Odín, entonces Gunnar asintió con un gesto sin despegar las manos del timón y observó cómo lo hacía. Starkad se situó de espaldas a él con los brazos extendidos y las palmas hacia arriba y gritó con voz atronadora:

— ¡Odín! ¡Guía mis pasos con tu sabiduría, mis manos con tu lanza, mis ojos con tus cuervos, mis instintos con tus lobos, mi fuerza con tu anillo y mi alma con tu ojo divino! – en cuanto terminó, el resto de los marineros gritaron como un solo hombre:

— ¡Gran Odín, que se haga tu voluntad!

Y continuaron con su trabajo a bordo mientras Gunnar calculaba donde fondear en la costa. La isla era pequeña, había calculado que, en dos horas como máximo, estarían de vuelta en el barco. Debido al poco calado de la nave que era larga, estrecha y muy poco profunda, fondearon junto a la orilla. Bajaron todos, menos dos hombres que dejó cuidando del barco.

— Formaremos dos grupos. Starkad, tú y tu grupo os dirigiréis a la abadía donde están los monjes, que, según la información se encuentra al nordeste y nosotros iremos hacia el sur, donde está el convento de las monjas. Y ¡recordad!, no venimos a matar hombres ni a violar mujeres, estáis en este viaje porque queréis ganar dinero— los hombres asintieron entre murmullos— eso sí, vamos a intentar llevarnos todo el oro y la plata de esta gente porque no saben disfrutar de sus tesoros ¿Qué os parece? —los marineros, al ver su sonrisa, gritaron entusiasmados y cada grupo se dirigió a su objetivo.

Las monjas estaban en el refectorio comiendo y escuchando cómo una hermana leía la vida de San Columa de Iona, el fundador de la abadía, cuando Rosslyn entró corriendo y se dirigió a la madre superiora

— ¡Madre, ya están aquí! — estaba aterrorizada porque la pesadilla que había tenido las últimas noches se estaba haciendo realidad— ¡vienen a por mí! — se escuchó un estruendo enorme provocado por la rotura de la puerta de la entrada, y luego gritos de hombres en los pasillos y en las habitaciones. La madre superiora se levantó y la cogió de la muñeca, tan asustada como ella.

Los vikingos irrumpieron en la sala y las mujeres, que hasta ese momento habían vivido en paz y armonía, conocieron el terror. Ellas iban tapadas de pies a cabeza con unos hábitos blancos y negros, y ellos llevaban unos pantalones holgados, el pecho al aire y algunos se cubrían la espalda con pieles de animales. Todos los asaltantes lucían barba exceptuando su jefe que observaba a las mujeres una por una, hasta que localizó a Rosslyn. Cuando lo hizo, ella dejó de respirar, porque conocía su cara, la había visto en su visión.

Gunnar se acercó a ella y la muchacha no pudo moverse a pesar de saber que iba a alejarla del único hogar que había conocido.

— ¿Tú eres Rosslyn? —tenía una cicatriz que le cruzaba la mejilla y que hacía que parte de su labio estuviera fruncido en un gesto permanente de maldad. Su acento era fuerte, tanto, que casi no se le entendía,

— Sí— él, al escuchar su confirmación, lanzó un grito de triunfo que provocó que ella se estremeciera

— Vamos, tú te vienes conmigo— la cogió del brazo, pero la madre superiora seguía teniéndola agarrada por la muñeca.

— ¡No se irá contigo!, ¡esta es su casa! Llevaros todo lo que queráis, pero ¡a ella no! — el pegó un tirón de la chica lo que provocó que la madre tropezara con su silla y aterrizara en el suelo, sin que nadie la ayudara.

— No hemos venido a matar a nadie, pero si tengo que matarte lo haré — amenazó a la anciana, pero Rosslyn se giró hacia él

— ¡No! Por favor—gritó horrorizada, tragó saliva porque casi no podía hablar y bajó la voz intentando convencerlo— Dejarme hablar con ella un momento y me iré con vos, sin resistirme. Os doy mi palabra— él la miró un momento y la soltó. Entonces, Rosslyn ayudó a la anciana a levantarse y luego la abrazó. Desde que ella recordara, era la única persona que la había querido de verdad, por eso susurró en su oído:

— Rezad por mí, madre. Si Dios quiere, volveré.

— Que Dios te bendiga, hija mía— le marcó la señal de la cruz sobre la frente y no fue capaz de decirle nada más porque Rosslyn ya estaba siendo arrastrada a toda prisa hacia la salida por su nuevo dueño.

La llevó corriendo por el campo de tal manera que ella, después de unos minutos, tropezaba continuamente hasta que él se cansó y se volvió hacia la muchacha con una expresión salvaje en su rostro, dispuesto a gritarla para que fuera más deprisa. Entonces vio que casi no podía respirar y que tenía la cara

muy roja, aunque no se quejaba. Enfadado porque fuera tan blanda, se la echó al hombro para seguir corriendo hasta su barco, donde le esperaban el resto de los hombres.

Esa misma noche, en alta mar, Gunnar no podía dormir. A su lado estaba su nueva esclava y sabía que ella tampoco dormía, aunque no hacía ningún ruido. Sus hombres al verla habían hecho todo tipo de bromas obscenas, que la mujer no parecía haber entendido. Estaba tembloroso como un potrillo recién nacido, aunque no se explicaba la razón, y se levantó para coger el timón, algo que siempre lo tranquilizaba.

— ¿Señor? – ella le habló suavemente al ver que se iba, como si él fuera un animal salvaje que en cualquier momento se pudiera revolver contra ella y clavarle las garras.

— Dime, esclava— había decidido llamarla así de ahora en adelante. Tenía que humillarla para que su venganza fuera completa...

— ¿Puedo ir con vos? – él la miró asombrado, hasta que vio las miradas lujuriosas de sus marineros

— Voy a coger el timón, pero si me molestas, te vas.

— Sí señor—se sentó tras él con la delicadeza de una gatita y se quedó mirándolo todo con sus ojos verdes y extrañamente transparentes.

Cuando Gunnar se giró poco después para mirarla, se había dormido apoyada en el baúl que tenía detrás, parecía tranquila, como si estuviera en su casa. El vikingo apretó los dientes indignado porque ella durmiera tan tranquila y él no hubiera podido pegar ojo.

No había nadie esperando en el puerto, de modo que le dijo a Starkad que le guardara su parte del botín, ya que él se adelantaría con la esclava. La subió a su caballo y él lo hizo detrás, rozando su cintura al coger las riendas, ella estaba incómoda, se notaba que intentaba mantenerse erguida para que la tocara lo menos posible. Gunnar sonrió contento al descubrir que esa extraña

mujer, que no parecía tener miedo a nada, se aterrorizaba cuando la tocaban. Seguramente nunca había yacido con un hombre y eso significaba que podría controlarla mediante el sexo. Le enfadó darse cuenta de que estaba excitado, sería porque hacía demasiado tiempo que no estaba con una mujer.

Al llegar a su granja, la bajó del caballo con rudeza y tiró fuertemente de su brazo como había hecho al sacarla del convento porque no quería que olvidara lo que era. En la entrada esperaba Gardar, el esclavo que se encargaba de los caballos y que ayudaba en el campo.

— Llévatelo — señaló su montura con el dedo y siguió andando hasta la cocina.

Helga estaba en la cocina junto con Asdis que ya se encontraba mejor. La había puesto a pelar patatas para la comida y la chica, todavía con moratones en la cara, se levantó asustada al ver al señor de la casa y a la chica que lo acompañaba. Gunnar la soltó en medio de la cocina y Rosslyn se quedó de pie, asustada.

— Esta es Rosslyn, una nueva esclava. Quiero que le pongas grilletes en los pies y que esté siempre atada con una cadena a la mesa de trabajo de la cocina. Solo la soltarás para dormir—la muchacha no dijo nada, tenía la mirada baja, las manos unidas por delante como si fuera a rezar, y una larga trenza de pelo negro cayéndole por la espalda— ¡y que trabaje, Helga, no quiero ociosos en mi casa! —después de dejar las cosas claras, Gunnar se fue.

La anciana se acercó a la joven que había empezado a sollozar silenciosamente y que seguía con la cabeza agachada.

— Mírame. Te llamas Rosslyn ¿no? — la chica asintió, mirándola con las mejillas húmedas— no puedes perder tus fuerzas llorando, las necesitarás para trabajar y sobrevivir en tu nueva vida— ¿Has trabajado antes en una cocina?

— No señora, cuidaba de los animales y del huerto para las hermanas

— ¿Hermanas? ¿Estabas en un convento católico? – Helga respiró hondo y asintió— y no me llames señora—pensó durante un momento—aquí necesitamos a alguien que haga esos trabajos, nosotras no damos abasto y con Freydis no podemos contar para nada—chasqueó la lengua— voy a hablar con el amo

No preguntó a nadie dónde estaba Gunnar porque imaginó que estaría con quien más le gustaba pasar el tiempo, con su caballo.

Estaba cepillando a Thor, un corcel medio salvaje al que nadie más que Gunnar era capaz de montar. Helga decidió esperar a que su amo se calmara, después de tantos años lo conocía muy bien, pero él notó su presencia sin que ella hablara,

— ¿Qué quieres Helga?

— Mi señor, la chica nueva...

— ¡Esclava! —rectificó, sin dejar de cepillar al animal

— Sí señor, la esclava nueva no conoce las tareas de la cocina, sin embargo, sabe cuidar de los animales y del huerto. Muchas veces tenemos que pedir a Sigurd que deje alguna de sus labores en el campo y nos ayude con el huerto y los animales. Quería pedirte, si es posible, que le encargue esas tareas—notaba que su petición no le estaba gustando— yo me aseguraré de vigilarla para que trabaje ¿Te parece bien?

— ¿Lo ha pedido ella?

— No señor, ella no ha dicho nada. Está demasiado asustada, es su primer día como esclava, porque no lo era ¿verdad? No era esclava hasta que la raptaste...—aunque no es su intención, de sus palabras se deduce que no está de acuerdo con lo que le ha hecho a la muchacha.

— Ya te lo dije. Te he dicho de quién es hija, tú mejor que nadie sabe lo que me hicieron— se giró señalándose la cara— tengo que vivir todos los días de mi vida con el recuerdo de aquel día— volvió a cepillar a Thor con

movimientos largos y lentos— de acuerdo. Que realice otros trabajos, pero que no se escape porque os castigaré a las dos.

— Sí, mi señor— volvió a su cocina

Gunnar sonrió cuando se quedó a solas porque cualquiera que los escuchara pensaría que la anciana era su esclava de verdad, cuando la realidad era que, en casi todo lo concerniente a la casa, se hacía lo que Helga decía. Pero en lo tocante a la nueva esclava, solo se haría lo que él dijera.

A Rosslyn le dieron un vestido y una enagua de tela de sacco, que le picó por todo el cuerpo en cuanto se la puso, pero se dijo que tendría que acostumbrarse. Asdis le enseñó donde estaban los animales y el huerto, y la recién llegada se asustó al ver la cantidad de trabajo que había pendiente, además del tamaño de todo. El huerto, que era mucho más grande que el del convento, estaba casi abandonado y había que limpiar a fondo los corrales de los animales. Decidida, se remangó y se puso manos a la obra. Estaba empezando a quitar las malas hierbas del huerto cuando la encontró Helga horas después.

— Niña, ¿no has oído la campana? – se levantó sudorosa y llena de tierra en las manos y la cara

— No, estaba distraída ¿qué tengo que hacer si la oigo?

— Venir a comer— miró alrededor— ya veo que eres una chiquilla muy trabajadora. Si necesitas semillas para plantar el amo tiene muchas en el almacén; si no se han estropeado, porque aquí, a menos que sea trigo o cebada, lo demás no tenemos tiempo de plantarlo.

— ¿Tenéis semillas? Las hermanas no tenían, yo guardaba algunas de los frutos para poder plantar al año siguiente. Y con la leche podemos hacer queso, con dos vacas y dos ovejas se pueden hacer muchas cosas ¿Hacéis queso?

—No. Hemos hecho yogur alguna vez para no tirar la leche, pero la

mayor parte del tiempo, tenemos que tirarla ¿Entonces sabes hacer queso? ¿y cocinar?

— Queso sí, además, sé cómo curarlo para que dure meses, y así se podría vender. Al convento venían a veces a comprarnos queso, también sé hacer tartas y flanes, he aprendido para aprovechar los huevos. Pero no sé cocinar.

— Entiendo, me parece que muchos se van a alegrar de tenerte por aquí. Vamos niña, ya es la hora de la comida y tienes que ayudar a servir en el comedor. El señor tiene visita hoy y necesitamos más manos.

Helga le había dicho que los dos hombres que estaban sentados a la mesa con el señor y su hija eran unos vecinos que solían ir bastante por allí. Rosslyn les llevó copas de hidromiel en una bandeja, y las repartió con cuidado para no tirarlas, luego, se retiró deprisa sin entender lo que los hombres hablaban entre ellos. El idioma de Rosslyn en la casa solo lo hablaban Gunnar y Helga, aunque ésta última le había dicho que los hijos de Gunnar también lo conocían porque el padre había contratado a un fraile años antes para que aprendieran a leer y escribir.

Gunnar echaba chispas por los ojos al darse cuenta de que todos los hombres que veían a su nueva esclava se quedaban con la boca abierta. Se bebió la copa de un trago intentando mejorar su humor, porque como siguiera la cosa así, alguno se llevaba un puñetazo antes de la comida.

— Gunnar ¡cómo nos has engañado!, así que habías salido de viaje para comerciar ¿no?, pues espero que me cuentes dónde has comprado esa cosa tan bonita—sonrió sin dejar de mirar a Rosslyn—puede que yo también vaya a “comerciar”— Snorri era rubio, atractivo y en ocasiones algo bocazas.

— ¿Y qué ibas a hacer con ella, si todavía eres un chiquillo que vive con sus padres? — Snorri soltó una carcajada y bebió de su hidromiel sin contestar a Gunnar, que siguió comiendo la carne que la chica nueva le había

traído de la cocina.

Hakan, su otro amigo, no había dicho ni una palabra, no era tan parlanchín como Snorri, por eso Gunnar se sentía más identificado con él, pero estaba demasiado callado.

— Hakan, no has bebido ni probado la comida ¿no te gusta? — se consideraba un insulto que un invitado no comiera lo que el anfitrión le pusiera en el plato, pero el comentario de su amigo le hizo reaccionar— perdona Gunnar, estaba distraído pensando que me gustaría hacerte una oferta por tu nueva esclava— Gunnar dejó, asombrado, el tenedor en el plato y hasta Snorri se puso serio y miró al pelirrojo Hakan, seguro de que Gunnar le arrancaba la cabeza.

— ¿Qué estás diciendo? ¿y tú para qué la quieres? — Hakan tenía las mejillas rojas, algo que le ocurría cuando sufría una fuerte emoción.

— He decidido comprarme una tierra, no quiero seguir viviendo en casa de mis padres—sus dos amigos sabían que era el cuarto hijo de su casa y por ello, a pesar de ser un hombre valiente y luchador, acabaría siendo un sirviente más en casa de su hermano mayor, que heredaría las propiedades de la familia.

—¿Tienes dinero? —Gunnar hizo la pregunta, seguro de que le contestaría que no.

—He ahorrado todo lo que he ganado en los saqueos y comerciando al acompañarte durante todos estos años. Podría comprarme una tierra pequeña al norte, pero en Islandia están regalando tierras porque no hay habitantes. Puede que mi nueva vida esté allí.

— Y ¿Qué tiene que ver mi esclava con todo eso?

— Me gustaría llevármela conmigo— tartamudeó Hakan, empezando a ser consciente de la mirada fiera de Gunnar— si ella acepta y nos llevamos bien, la haría mi esposa.

— ¡Está loco! — Snorri estaba convencido de que irían de funeral. De esta Hakan no saldría vivo.

Gunnar no hablaba porque no estaba seguro de poder controlarse y, aunque la furia le recorría las venas, no podía perder los estribos de esa manera por una esclava.

— Gunnar ¿Por cuánto me la venderías? — Snorri, mudo por primera vez en su vida, estaba seguro de que Snorri quería morir.

— No tienes suficiente dinero— Hakan conocía la testarudez de Gunnar, pero decidió insistir.

— Puede que no, pero, a menos que la quieras para ti, no entiendo por qué no me la vendes. Es una transacción comercial, no te puedes sentir insultado porque quiera comprártela si acabas de conseguirla. No es propio de ti aferrarte a ella sin poner un precio—Hakan lanzó el último dardo con una sonrisa—a menos que tengas un interés personal en ella, claro

— ¡No!, no tengo ningún interés, pero no había pensado venderla tan pronto. Está bien, estoy dispuesto a venderla a cambio de dos caballos blancos de carreras, no islandeses— Snorri se quedó con la boca abierta porque el caballo era considerado por ellos su posesión más valiosa.

Los de carreras eran altos y majestuosos, en cambio los islandeses eran bajitos y regordetes y se utilizaban para trabajar el campo. Y los caballos de carreras blancos eran los más caros de todos, tanto que un esclavo no alcanzaría para pagar ni una pata de uno de ellos. Se consideraban tan importantes que el robo de un caballo estaba penado con la muerte.

Hakan se había quedado observando su plato, seguramente haciendo números hasta que un par de minutos después levantó la vista sonriente hacia Gunnar y escupió en su mano, alargándola hacia el otro hombre

— ¿Queda dicho? — Gunnar apretó la mandíbula y maldijo su mal genio que había hecho que aceptara un trato que no quería, pero ahora no tenía

más remedio que acceder.

— Queda dicho—escupió también en su mano y estrechó la del hombre.

— Solo te pido, Gunnar, que me des unos meses de plazo, no muchos, pero necesito conseguir más dinero para el viaje. Si no te importa, haremos la transacción en verano, que es la mejor época para viajar— Gunnar asintió aliviado porque todavía estaban en otoño, faltaban ocho meses para seguir con sus planes. Además, durante ese tiempo podían pasar muchas cosas.

— No hay problema. Pero, hasta que llegue ese momento, sigue siendo mi esclava y la seguiré tratando como tal. Creo que te he engañado amigo, no sé qué has visto en ella — Hakan y Snorri lo miraron con los ojos abiertos como dos besugos y luego se miraron entre sí, extrañados de que Gunnar no viera la belleza de la nueva esclava.

— ¿Puedo venir a visitarla de vez en cuando? Quiero que me vaya conociendo—Gunnar aceptó a pesar de pensar que la situación cada vez se complicaba más. Después de hacerlo, siguieron comiendo tranquilamente.

Helga le había dado una bandeja para llevarla a la habitación de Ari, el hijo de Gunnar y le había dicho que no tuviera miedo, que era un chico amable. Cuando entró con su cena vio que el muchacho estaba jugando al ajedrez en la cama y, al verla, se quedó sorprendido.

— ¿Y tú quién eres? — la habló en el idioma de esa tierra que ella no entendía bien. Era guapo, pero parecía muy triste. Se imaginó que así sería Gunnar de joven

— Me llamo Rosslyn— dejó la bandeja con dificultad sobre una mesa porque estaba llena de libros — Helga me ha dicho que te trajera la comida ¿Te puedes levantar? – él la miró confundido y contestó en su mismo idioma después de unos instantes. Conocía la lengua de Rosslyn, pero se notaba que no la hablaba nunca.

— No puedo andar, nunca he podido.

— ¡Discúlpame!, ¡nadie me había dicho nada! – ruborizada y avergonzada, le acercó el plato con la comida y lo colocó encima de un trapo en la cama, pero al ver que no estaba cómodo colocó de nuevo el plato sobre la bandeja y la acomodó sobre sus piernas— ¿no sales nunca de aquí?

— No, porque no puedo hacerlo solo y normalmente todos están muy ocupados. Helga suele venir a darme de comer y a hacerme compañía, y Gandar o Sigurd me ayudan a lavarme y a vestirme todos los días. Pero no me has contestado ¿Quién eres? — Rosslyn le señaló los cubiertos para que comenzara a comer— una nueva esclava de tu padre— el chico se atragantó y ella le dio el vaso de leche para que bebiera— iba a venir en un rato para recoger los platos, pero creo que esperaré a que comas.

Él asintió encantado de que alguien le prestara atención

— ¡Claro!, siéntate por favor— le señaló la cama, pero ella acercó una silla que había bajo la ventana y se sentó con un suspiro de cansancio— ¿dónde vivías antes?

— En un convento en la Isla de Iona, en Escocia.

— Entonces... ¿eres una monja? – ella sonrió antes de negarlo— no, pero he vivido con ellas desde que tenía siete años.

— Y ¿cómo estás aquí? ¿no te gustaba dónde vivías? – lo miró asombrada sin saber cómo contestar a ese chico tan amable sin insultar a su padre. No parecía hijo de Gunnar. Pero él se dio cuenta a tiempo— lo siento, vaya pregunta más tonta ¿quién iba a querer ser un esclavo? Supongo que es culpa de mi padre ¿no? —ella no contestó— creía que había dejado esas cosas y que solo se dedicaba al comercio. Lo siento Rosslyn— había dejado de comer y a ella le parecía que estaba excesivamente delgado.

— ¿Qué edad tienes Ari?

— Quince años— parecía más pequeño, seguramente porque sus músculos no se habían desarrollado como deberían.

— Y dime, ¿qué tal juegas al ajedrez? —la miró con los ojos entrecerrados.

— Muy bien, nadie puede ganarme. Ni siquiera mi padre.

— ¡Ja!, ¡eso es porque todavía no has jugado contra mí! Te propongo una cosa, que juguemos una partida esta noche, pero si quieres tener fuerza para poder ganarme, tendrás que comértelo todo.

Cuando el muchacho sonrió, Rosslyn se dio cuenta de que era encantador y que estaba terriblemente solo. Mientras se llevaba la bandeja, le aseguró que volvería por la noche con la cena y para jugar la partida, y lo dejó practicando con el tablero.

TRES

Esa partida de ajedrez fue muy agradable para los dos y las siguientes noches Rosslyn, cuando terminaba su trabajo y con la complicidad de Helga y Asdis, iba a la habitación de Ari y jugaban una partida. En ocasiones él la convencía para jugar otra, pero no solía aceptar porque cuando lo hacía, le costaba mucho levantarse a su hora y tenía miedo de que Gunnar la castigara.

Esa noche había invitados, el salón estaba lleno. Las esclavas llevaban todo el día cocinando cordero y reno y Rosslyn había hecho varias tartas. Se celebraba la Fiesta de la Cosecha que, junto con la del Solsticio de Invierno, era la más importante para los vikingos. Helga le había dicho que no podría ir esa noche a la habitación de Ari, porque la necesitaba para servir mesas en el salón. Ni siquiera Freydis se libraría de echar una mano, aunque Asdis y Rosslyn serían las que más trabajarían, como siempre. Asdis había resultado ser una buena amiga para la recién llegada, a la que estaba enseñando la lengua de aquellas tierras.

El salón estaba adornado con figuras de piedra tallada con formas trolls, con hojas de color cobre y verde recogidas de los árboles, y con guirnaldas hechas con las pocas flores que quedaban porque ya estaban en otoño. Había muchas velas encendidas, fabricadas por Helga, que producían un aroma muy agradable. Y Gunnar había contratado a una pareja de músicos que ya estaban preparando los instrumentos, aunque todavía no había llegado ningún invitado.

Rosslyn estaba dejando una jarra de hidromiel en cada mesa cuando se le acercó la chica que había venido a tocar el arpa, la esclava dio un respingo al escucharla, porque le habló en gaélico. Era pelirroja y de poca estatura

como ella, parecía un hada

—¿Eres escocesa? —sonrió al escuchar su acento recordando a la madre superiora y asintió sin ser capaz de decir nada más—¿qué haces aquí? ¿Te has casado con algún hombre que trabaje en la casa?

— No, el señor de la casa me secuestró hace unas semanas—la música la miraba fijamente, como si no pudiera evitar hacerlo.

— Tienes unos ojos que ya he visto antes ¿Cómo te llamas?

— Rosslyn— la otra asintió y se señaló la falda,

— Dime Rosslyn, ¿te suena esta tela? —era de cuadros grises y verdes.

— No ¿Por qué?

— Me llamo Amy Douglas, del clan Douglas, y esta tela es nuestro tartán. No te había visto nunca, pero sé quién es tu padre — Rosslyn la miró con los ojos muy abiertos recordando las advertencias de la madre superiora — ¿eres hija del laird Douglas?

— Creo que sí— bajó la voz— pero por favor no digas nada, me dijeron que no debía decírselo a nadie.

El músico que había venido con Amy, y que estaba afinando un extraño instrumento, se acercó por detrás de su mujer con el ceño fruncido.

— Amy, ya sabes que no debemos hablar con los esclavos, nos avisaron que no lo hiciéramos— la mujer se giró y susurró— calla, tengo que hablar con ella unos minutos— luego se volvió hacia Rosslyn y dijo en voz alta

— ¿Podrías decirme dónde están los excusados? — entonces, la guiñó un ojo

— Sígueme por favor

Sabiendo que los excusados estaban siempre fuera de las casas, Amy esperó hasta que estuvieron a una distancia prudencial para poder hablar con libertad,

— ¿Es cierto que te han secuestrado? — Rosslyn asintió— ¿Dónde

vivías? —no dejaba de mirarla, asombrada— nunca te he visto en el Castillo Douglas

— No recuerdo haber vivido allí, con siete años me llevaron a un convento en la Isla de Iona, para que me cuidaran las monjas.

— Entiendo por qué te mandó allí tu padre ya que está casado con una mujer muy poderosa que, si conociera tu existencia, intentaría matarte porque ella no ha conseguido darle descendencia. Y solo con ver tu cara, nadie podría negar quién es tu padre.

— ¿Me parezco a él?

— Tienes sus mismos ojos, aunque tu expresión es más dulce. Y tu color de pelo también es como el de él.

— No lo recuerdo—Amy miró hacia la casa.

— Rosslyn debemos volver, aquí soy una sassenach, aunque esté casada con un hombre de esta tierra. Tu padre es el laird de mi clan y para mí eres familia, por eso es mi obligación comunicar, cuanto antes, tus circunstancias a tu padre ¿Te parece bien?

— Si dices que podría peligrar mi vida, no sé si eso es lo mejor— se mordió el labio

— No te preocupes, tu padre te protegerá y me aseguraré de hablar con él a solas. Volvamos.

— ¡Espera! —del dobladillo de su camisa sacó el anillo y lo dejó en la mano de la otra mujer— me lo dio la monja que me crio, con esto sabrá que es verdad lo que le dices— Amy sacó un saquito que ocultaba bajo su blusa y lo guardó dentro.

— Por si nos roban por el camino— volvió a guiñarle un ojo y regresaron a la casa.

Gunnar estaba eufórico, no en vano había bebido cuatro o puede que cinco vasos de hidromiel. Tanto alcohol en su interior había conseguido que

casi le cayeran bien todos los hombres y mujeres que había a su alrededor. Incluso Snorri le había pedido permiso para irse a la cama con Freydis y él había aceptado contento ya que, de esa manera, no tendría que verla. Hasta Mjoll se había sentado con algunas chicas de su edad y no parecía que esa noche hubiera que preocuparse por si hacía alguna maldad. Hakan también había venido con su familia, aunque había sido muy discreto y no había comentado nada sobre Rosslyn.

La música tocada por la pareja que había contratado era muy alegre y varias parejas bailaban junto a los músicos. Siempre le había gustado el sonido del nyckelharpa, aunque era la primera vez que la escuchaba acompañada de un arpa escocesa, pero la combinación era magnífica. Frunció el ceño al ver que la música se había detenido y que la mujer del arpa se acercaba a su nueva esclava, que llevaba una bandeja demasiado grande para ella, llena de platos de comida que iba dejando sobre las mesas. La esclava negaba con la cabeza a algo que le decía la otra mujer y se escapó hasta la cocina una vez que vació la bandeja, entonces, la escocesa se dirigió hacia él.

— Señor.

— ¿Sí? — la miró, era una esmirriada, igual que su esclava. Nada que ver con una buena valquiria.

— ¿Tendría inconveniente en que Rosslyn cantara una canción, acompañada por nosotros?

— ¿Mi esclava? — la buscó con la mirada, pero todavía no había vuelto de la cocina.

— Sí. La he escuchado tararear y creo que debe cantar muy bien. Les gustará mucho a sus invitados, aunque tendrá que ser una canción escocesa porque no creo que conozca las de estas tierras—Gunnar se sentía generoso y no veía por qué no podían beneficiarse sus invitados de su esclava, si cantaba bien.

— Bueno, si no descuida su trabajo, que cante unos minutos— la chica le sonrió y fue hacia la cocina, mientras él se preguntaba si todas las escocesas serían igual de raras.

Amy la encontró ayudando a Helga a servir comida en varios platos y, al verla, puso mala cara

— Amy, por favor, no insistas.

— Gunnar ha dicho que sí

— ¿Se lo has dicho al amo? — Helga estaba asombrada

— Pero si no sabes cómo canto...

— Te he oído tararear antes, cuando estabas preparando el salón y creías que estabas sola, pero no es solo por eso. Tu padre es uno de los mejores cantantes escoceses, yo lo he escuchado varias veces y es capaz de hacer llorar con su voz a los guerreros más duros.

—Pero yo sólo conozco canciones religiosas—se mordió el labio— Bueno, una hermana me enseñó una tonada que había aprendido de su madre, pero no me dejaban cantarla allí.

— Cántamela, por favor—en cuanto escuchó los primeros acordes, Amy se dio cuenta de que la conocía.

Gunnar estaba sentado, esperando, aunque algo en su interior le decía que quedarse allí era un error, pero no se hubiera marchado ni arrastrado por caballos salvajes.

Rosslyn siguió a Amy hasta la tarima desde donde amenizaban la noche la pareja de músicos, y sus movimientos largos y elegantes no pasaron desapercibidos a la mayoría de los hombres que había en el salón. Ahora que no iba cargada con la bandeja y andaba de manera natural, la trenza negra como ala de cuervo se balanceaba en su espalda, acompasando el ritmo de sus caderas.

Amy se dirigió a los invitados:

— Señores, muchas gracias por aceptar tan bien nuestra música, mi marido y yo os estamos muy agradecidos. El señor de esta casa tiene una sorpresa para vosotros. Rosslyn— la señaló con la mano— nos va a cantar una canción de nuestra tierra— los invitados silbaron pidiendo que fuera una tonada vikinga— perdonad, pero todavía no conoce vuestro idioma. Aunque creo que la canción os gustará. Cuenta la historia de unos amantes que son separados por la muerte. Y de cómo el hombre, que ha muerto, ruega a la mujer que aún permanece en la tierra, que lo recuerde—volvió a sonreír, antes de añadir—como muchas baladas escocesas es triste, porque somos un pueblo al que le encanta llorar.

Los invitados rieron y los dos músicos comenzaron a tocar y Gunnar pensó que aquella era la música más bonita que había escuchado nunca. Entonces Rosslyn empezó a cantar y su voz sonó como el arrullo de una fuente, suave y dulce, consiguiendo que todos sintieran la tristeza de la canción.

Los músicos acompañaron en todo momento la voz de la cantante que poco a poco había aumentado su fuerza, hasta llegar a todos los rincones del salón. Rosslyn lloraba, algo que le ocurría cuando se emocionaba cantando, incluso con los cantos religiosos. La combinación de su expresión de agonía, junto con la música, hizo que muchos invitados lloraran igual que ella, aunque no entendieran la letra.

Terminó la canción alargando la última nota hasta que solo se escuchó el silencio y, durante unos segundos, nadie se atrevió a hablar por no romper el momento. Pero de repente, todos los presentes, empezaron a dar golpes a la vez en las mesas con cualquier cosa que tuvieran a mano. Era el aplauso escandinavo, que en este caso duró varios minutos. Rosslyn los miraba sorprendida como si no recordara que estaban todos allí y después de saludar como le dijo Amy, salió de la casa.

Echó a andar hacia el granero porque necesitaba moverse ya que estaba muy nerviosa. Siempre le pasaba lo mismo cuando cantaba en público, sus emociones crepitaban y se sentía capaz de cualquier cosa. La madre superiora le había aconsejado que, cuando eso le ocurriera, saliera a caminar.

— ¿Dónde vas? — Gunnar, que había salido tras ella, la detuvo en la puerta del granero. No pensó que fuera a escapar, pero quería saber qué le ocurría.

— A ningún sitio señor, pero necesito caminar— miró alrededor deseando salir corriendo, pero sabía que tenía que disimular delante de él.

— ¿Ahora? ¿Por qué? — ella lo miró sin contestar, y Gunnar vio que a la luz de la antorcha los ojos de ella ya no eran verdes — dime muchacha ¿De qué color son tus ojos?

— Verdes ¿no es así? — desvió la mirada porque sabía que cuando estaba en ese estado se volvían grises.

— Ahora no lo son.

— Señor, por favor, no me encuentro bien. Dejadme que vaya a dar un paseo.

— ¿Qué te ocurre? — no parecía la misma muchacha. Miró su cara, pero como se estaba quieta, la sujetó por la barbilla para poder observarla bien.

Su piel era lo más suave que había tocado nunca y con la otra mano acarició su mejilla, entonces miró sus ojos para ver su color y ella los entrecerró, de manera que no pudo hacerlo. Pero, de repente, eso ya no le importó, porque Rosslyn levantó una mano temblorosa y la acercó a la cara de Gunnar, aunque casi enseguida la dejó caer.

— Tócame— la voz del hombre sonó ronca, casi suplicante, porque hubiera dado cualquier cosa porque ella lo tocara por su voluntad.

La muchacha volvió a alzar la mano y la posó sobre su cicatriz y él, fascinado, no pudo resistir más y la besó.

Rosslyn sintió que su mundo se volvía del revés, no sabía qué quería él, ni siquiera sabía que eso se pudiera hacer ¡Darse un beso en los labios! y luego... no podía ser, ¡quería meterle la lengua en la boca!, ¡eso sí que no! Se separó como pudo y lo miró asustada ¿Es que quería devorarla o algo parecido?

— ¿Te has asustado?

— ¿Me ibas a morder? —estaba tan sorprendida que dejó de hablarle de usted.

— ¿Cómo dices muchacha? — Gunnar rio a carcajadas, quitándose años de encima hasta que consiguió, sin proponérselo, que Rosslyn lo viera como a un ser humano. Entonces, ella sonrió,

— ¿No has visto nunca besarse a un hombre y una mujer?

— No— los dos sonreían.

— Entonces, será un placer para mí enseñarte— se iba a poner manos a la obra cuando Helga lo llamó desde la puerta de la casa — te has salvado, esclava, pero la próxima vez te daré una buena lección— bromeó y ella agachó la mirada, aunque pudo ver que seguía sonriendo. Volvieron juntos a la casa en silencio mientras Rosslyn reflexionaba sobre cómo era posible que una palabra tan horrible como esclava, pudiera sonar como una expresión de cariño.

En la fiesta los esperaba Hakan pensando que aquel era el mejor momento para hablar con ellos.

— Gunnar, ¿podríamos hablar un momento los tres? – Gunnar no podía negarse, aunque sabía perfectamente lo que quería decirle Hakan a Rosslyn, y le extrañaba que hubiera tenido tanta paciencia. Miró de reojo a la chica, que no sabía lo que ocurría y cuyos ojos volvían a ser de un color verde transparente de nuevo. Aceptó lo que decía su amigo con la mandíbula encajada y señaló la habitación donde solía llevar las cuentas de sus negocios.

Cerró la puerta tras ellos y se sentaron alrededor de la mesa que utilizaba habitualmente, y que estaba llena de papeles que tenía que poner al día. Hakan lo miró esperando su ayuda, pero Gunnar no le iba a facilitar la tarea, entre otras cosas porque le molestaba mucho lo que estaba a punto de ocurrir.

Hakan, al ver que su amigo no lo ayudaría, miró a Rosslyn que estaba extrañada de que le hubieran pedido que se sentara

— Rosslyn, quería hablar contigo sobre algo que ya he tratado con Gunnar y que cambiaría tu vida— ella miró a Gunnar, pero él no dijo nada por lo que volvió su mirada al hombre pelirrojo.

— En cuanto te vi, le pedí a Gunnar comprarte—Hakan se sonrojó y ella miró de nuevo a Gunnar, asustada— él accedió y para el verano, si Odín lo permite, viajaremos juntos a mi nueva granja.

— ¿No tienes esclavos? – ella estaba muy sonrojada y miraba hacia el suelo. Gunnar apretó los labios enfadado, deseando que Hakan se marchara.

— ¡No, no es eso!, Verás, todavía vivo con mis padres y claro que tienen esclavos, pero me gustaría que tu fueras algo más para mí, ya sabes, en fin...— Hakan empezó a tartamudear como le pasaba siempre y decidió continuar de otra manera, si no, se atascaría en esa frase y no saldrían nunca de allí— si te parece bien, querría venir a verte de vez en cuando, para que nos conozcamos y así, te vayas acostumbrando a mí— ella levantó la cara para mirarlo a los ojos. Estaba sorprendida de haber encontrado, probablemente, al único habitante de esas tierras con algo de delicadeza. No era tonta, sabía que otra oportunidad como esa no la tendría nunca.

Sabía cuál sería su futuro en la casa de Gunnar, su cama. Las otras esclavas habían sido muy claras, él fornicaría con ella, pero seguiría siendo una esclava siempre. No había más que ver a Freydis, que le había dado dos hijos y que seguía condenada de por vida. Hakan la respetaría y sería un

regalo del cielo comparado con Gunnar, eso le decía su cabeza, aunque su corazón le susurrara al oído mentiras dulces y atrayentes. Entonces sonrió a Hakan como pudo.

— Me gustaría mucho que nos conociéramos mejor— Gunnar la miró enfurecido, aunque siguió mudo y Hakan sonrió satisfecho— si me disculpáis, Helga me estará buscando. Hace mucho rato que faltó de la cocina— los dos hombres la siguieron con la mirada hasta que salió.

— Podías haberme avisado, no le había dicho nada—se contenía para no alzar la voz

— Gunnar, hace varias semanas que hablamos ¿Crees que no me doy cuenta de que no te gusta el acuerdo que hicimos? Lo siento, pero no dejaré que te echés atrás, si aprecias algo a la muchacha sabes que su vida será mucho más agradable conmigo.

— ¡Estás equivocado, no la aprecio! Escúchame Hakan, es imposible que lo que sientas sea real, si lo que quieres es llevártela a la cama... hay otras mujeres que te pueden satisfacer más y no tendrás que pagarme nada— Hakan estaba preocupado al ver la furia en los ojos de su amigo.

— No la quiero solo para la cama, si fuera así, no la compraría. Además, los dos sabemos que esta mujer no debería ser una esclava, no lo parece cuando la ves y menos cuando hablas con ella. Aunque la obligues a servirte, nunca conseguirás que lo sea— descolgó una bolsa de cuero pesada que llevaba en el cinto— esto es un adelanto de lo que te debo. Ya sé que no solemos utilizar las monedas, pero no quiero que haya ningún malentendido— Gunnar no hizo intención de coger el saquito y meneó la cabeza

— No Hakan, guárdate tu dinero. Siempre te he considerado un amigo, pero estoy muy cerca de dejar de hacerlo ¿Cuándo quieres venir a ver a la muchacha?

— Si no te parece mal— sonrió irónicamente porque sabía que le

vendría mal cualquier fecha— vendré los lunes, ya que los demás días tenemos mucho trabajo, y los sábados y los domingos, mercado— Gunnar asintió— quería pedirte también, sé que no tengo derecho a demandarlo, pero como amigo...— volvió a sonrojarse— si fuera posible que... hasta que me la lleve... no la obligues a compartir tu cama.

Gunnar levantó las cejas atónito. No podía creer que Hakan, el tímido, que casi no hablaba habitualmente tuviera la cara de decirle que no se acostara con ella. Entonces, se levantó como un resorte

— Esta conversación ha acabado.

— Perdona Gunnar, sobre todo, no lo pagues con ella. Ya has visto que no sabía nada.

— ¡Fuera de mi casa Hakan! u olvidaré que somos amigos.

El pelirrojo salió de la habitación, pero abrió la puerta segundos después y asomó la cabeza

— Vendré el lunes que viene— volvió a cerrar enseguida temeroso de que el otro hombre le tirara alguna cosa, sabiendo que ya había forzado demasiado la situación.

Gunnar se quedó cociéndose a fuego lento en su silla pensando distintas formas de castigar a Rosslyn por provocar lo ocurrido, en ningún momento se le ocurrió que ella era inconsciente del efecto que producía en los demás.

Los invitados se habían tumbado en los bancos o incluso en el suelo, otros se habían ido al establo o al granero, ya que, con la paja, la cama sería más cómoda. Todos ellos pasarían la noche en la casa hasta el día siguiente, cuando volverían a las suyas.

Rosslyn estaba hablando con Amy y con Bugge Rybak, su marido, que le explicaba cómo funcionaba la nyckelharpa, ya que ella no había visto una hasta ese día. Era una especie de laúd, que se tocaba con un palo que tenía un hilo tensado con fuerza. Aunque aparentaba prestar atención, realmente no lo

hacía, no podía evitar que su mente volviera, una y otra vez a la conversación que acababa de mantener con Gunnar y Hakan.

— Rosslyn, nos iremos en cuanto amanezca, pero no te preocupes que haré llegar tu mensaje. Y otra cosa— Amy la sonrió entre susurros mientras su marido estaba recogiendo los instrumentos— cantas todavía mejor que tu padre, nunca había escuchado nada igual. Mira, vienen a buscarte— la avisó, ella se volvió y vio a Gunnar en la entrada con los brazos cruzados. Su visión hizo que ella suspirara sintiendo nudo en el estómago, sin saber qué más le ocurriría esa noche. Se acercó a él.

— ¿Me buscabas señor? — él asintió

— ¿Has terminado tus obligaciones? — ella negó con la cabeza y salió casi corriendo a la cocina mientras él, frustrado, la seguía con la mirada.

Eran las tres de la mañana, cuando las esclavas dejaban la cocina recogida y preparada para hacer el desayuno para todos, un par de horas después. Asdis y Rosslyn salían bostezando y tambaleándose hacia su habitación, ya que dormían juntas. Helga sintió pena al verlas,

— Yo me levantaré la primera, cuando os necesite, os despertaré— Rosslyn saludó con la mano en medio de otro bostezo, sintiendo que no había estado tan cansada en su vida. Se derrumbaron cada una en su jergón de paja sin llegar a desnudarse, durmiéndose en cuanto cerraron los ojos.

A las seis, Helga las despertó y, después de asearse un poco, fueron a la cocina. Antes de que los invitados se marcharan, había que alimentarlos, hicieron gachas, tocino, huevos, salchichas y también pusieron en bandejas los restos de las tartas de Rosslyn, llevándolo todo al salón, donde ya se habían despertado.

Rosslyn se sorprendió al ver la algarabía

— ¿Qué pasa ahora? — los hombres parecían estar eufóricos

— Es costumbre hacer una carrera a caballo en la mañana de la marcha.

Compiten todos los que quieren y, luego, después de desayunar, se marchan.

— Y esa carrera ¿por dónde es? — Asdis se encogió de hombros, sin ningún interés en el recorrido.

— Solo sé que la salida es cerca de la puerta de la casa, y que vuelven un rato después—Rosslyn no pudo evitar una carcajada ante su explicación

Mientras, Gunnar, se despertaba en las peores condiciones posibles, había terminado durmiendo con su caballo y no sabía por qué. Desde luego, a juzgar por el dolor de cabeza que tenía, no estaba muy lúcido cuando se acostó en el establo. Debió de beber hasta quedarse fuera de combate la noche anterior y no se engañaba sobre cuál era la razón, pensó mientras cogía un balde de agua que había junto a la entrada, y se lo echaba por encima. Así, por lo menos se despejaría, después fue a su casa para cambiarse, a pesar de todo, participaría en la carrera.

Rosslyn estaba hablando con Ari sobre la fiesta, mientras el muchacho terminaba de desayunar, cuando entró Asdis corriendo a la habitación.

— ¡Rosslyn! ¡Helga dice que vayas corriendo a la cocina! Yo me quedaré con Ari mientras tanto.

— ¿Qué pasa? — pero la esclava negó con la cabeza echando una mirada al chico y Rosslyn corrió hacia la cocina.

Pero la encontró Gardar por el pasillo y le dijo que fuera a la habitación del señor, que la estaban esperando. Corrió entonces hacia allí y se paró en la entrada llevándose la mano a la boca para frenar el grito que salía de su garganta. Gunnar estaba tumbado encima de la cama con una herida en la cabeza de la que manaba abundante sangre, mientras gritaba a todos que lo dejaran en paz. Helga era la única que se atrevía a tocarlo, cuando vio a la chica en la puerta, respiró aliviada.

— Rosslyn— la anciana no podía echar a nadie de la habitación porque

eran invitados de la casa, pero intuía que aquella muchacha sería capaz de hacerlo. Y no hizo falta que se lo pidiera, con un simple vistazo, la nueva esclava se hizo cargo de la situación.

— Señores por favor, nuestro amo necesita tranquilidad, seguramente habrá que coser la herida... ¿les importaría salir para que se calme y sea más fácil tratarlo? — Helga observó asombrada cómo, obedeciendo la dulce voz de la chiquilla fueron desapareciendo uno a uno tras la puerta, hasta que el último la cerró suavemente.

— Helga ¿qué quieres que haga?

— Tengo que preparar varias cosas, no me atrevo a coser, sin limpiar la herida a fondo para que no se infecte, y he de buscar algunas hierbas para hacer una infusión especial.

— ¿Qué puedo hacer yo? — Gunnar, que tenía los ojos cerrados y un gesto de dolor en el rostro, los abrió para mirarla intensamente.

— Mantén el paño tal como está presionando la herida, de vez en cuando, lo aclaras en la jofaina y, una vez escurrido, se lo vuelves a poner. Pero hazlo con suavidad, no aprietes— después, salió andando lo más deprisa que podía.

Mantuvo el paño sobre la herida, intentando parecer indiferente a su mirada. Empezó a recitar, mentalmente, las tareas que tenía pendientes de hacer todavía ese día: dar de comer a las gallinas, quitar las malas hierbas, recoger los huevos...

— No me has dicho qué te pareció la propuesta de Hakan.

— No creo que mi opinión tenga ninguna importancia, señor— él pareció enfadado por su respuesta y apretó la mandíbula, a pesar de que se veía que estaba muy dolorido.

— Es cierto, pero quiero conocerla. ¡Y deja de hablarme de usted! —lo miró sorprendida porque todo parecía molestarlo.

— No conozco bien a tu amigo, pero parece una buena persona.

— No como yo ¿no es eso? — estaba tan enfadado que se irguió en la cama hasta quedar casi sentado, pero enseguida volvió a tumbarse ya que no podía soportar los pinchazos de la cabeza.

— Por favor señor, cálmate, si prefieres que avise a otra persona para que se quede contigo...

— ¡No!, si quieres que me calme, contesta a mis preguntas.

— Se acuerdo— suspiró pensativa y luego lo miró a los ojos— no soy quién para juzgar a nadie y sé perfectamente que hasta ahora todos aquí me han tratado bien, pero, es evidente que, si sigo aquí, siempre seré una esclava y con él, no. Si es un hombre honesto, y parece que lo es, podré vivir una vida con un hombre que me quiera, y eso es más de lo que nunca pude soñar en el convento.

— Él no es para ti— gruñó

— Eres tú quién me ha vendido a él— contestó suavemente.

El vikingo no esperaba ese dardo envenenado, pero como no pudo pensar nada que responder, volvió a cerrar los ojos como si no pudiera aguantar el dolor de cabeza, aunque era otro dolor muy distinto el que empezaba a molestarle.

CUATRO

Snorri acariciaba la espalda de Freydis intentando calmarla y ella, tumbada de cara a la pared, sollozaba suavemente.

— No entiendo por qué te pones así. Creía que estarías contenta porque Gunnar te hubiera dejado estar conmigo, que lo pasaríamos bien esta noche.

— ¡Exactamente!, ¡eso es lo que tú creías! Tú solo quieres pasar un buen rato conmigo y luego dejarme otra vez con él, sin importarte lo que siento —giró la cara para mirar al hombre mientras lo acusaba— ¡me dijiste que, para ti, yo no era una simple esclava!

— No lo eres, sabes que no. Somos amigos Freydis— Snorri no entendía qué le pasaba. Era la primera vez que ella se ponía así, a pesar de que habían pasado muchas noches juntos.

— ¿Amigos? — su voz sonó acompañada de tanto desprecio que Snorri se puso rígido— te he dado más cariño que a nadie. Ni siquiera a mis hijos los he querido tanto como a ti. Y tú siempre lo has aceptado encantado y luego, cuando llega el alba, te das media vuelta y te marchas sin vergüenza alguna, hasta la próxima vez. Eres peor que Gunnar, él por lo menos piensa que soy una arpía sin corazón, pero tú sabes que sufro por ti y te da igual.

Snorri, como la mayoría de los hombres en esa tesitura, no sabía qué responder, por lo que no hizo nada. Entonces, ella se limpió las lágrimas con furia

— Si no soy una esclava puedo decidir si quiero tenerte en mi cama o no ¿No es así?

— Claro— contestó, aunque ahora sí que estaba preocupado. Esto iba

por mal camino.

— Pues no quiero que le pidas a Gunnar nunca más que me deje estar contigo. No volveré a satisfacer tus deseos, si quieres, vete con cualquier otra. Por ejemplo, con la esclava nueva, la escocesa. Es mucho más joven y será más complaciente— los ojos se le volvieron a llenar de lágrimas, pero consiguió que no se derramaran— te lo pasarás bien con ella, mejor que conmigo. Si vuelves a pedir que venga a tu cama, me negaré, y la paliza que me dé Gunnar o la forma en que me castigue, será culpa tuya.

— Pero...

— Y ahora, por favor, vete.

— Por supuesto Freydis—se levantó, aún sin saber cómo reaccionar, porque nunca se había sentido tan avergonzado como ahora— no sabía que sufieras tanto por mi culpa.

— Eso es lo malo, que nunca te ha interesado lo que yo pensara o sintiera. Es una pena que no me haya dado cuenta antes de cómo eres en realidad.

Snorri abandonó la habitación, cabizbajo, y cuando llegó al salón se enteró de lo que le había pasado a su amigo y fue a visitarlo.

Encontró a Gunnar acompañado por la esclava nueva, ambos estaban en silencio, aunque él la miraba atentamente mientras que ella recogía la habitación y le acomodaba las ropas de la cama. Snorri carraspeó para llamar su atención

— ¿Qué te ha pasado, amigo?

— Mi caballo se asustó al ver una serpiente y me tiró. Tiene suerte si, después de hoy, no lo convierto en carne para los cerdos.

— ¿No tendrá algo que ver la cantidad de hidromiel que bebiste anoche? Me dijeron que participaste en una competición con los más jóvenes, para ver quien aguantaba más bebiendo. Y ganaste—se acercó a la cama de

Gunnar y se quedó de pie mirándolo, mientras la esclava iba dejando en una bandeja lo que se iba a llevar a la cocina.

— Sí— sonrió—quizás por eso parece que tenga a Thor con su martillo, dando golpes dentro de mi cabeza—sin querer, su mirada se desvió hacia Rosslyn que parecía no saber qué hacer.

— ¿Qué sería de nosotros si no hiciéramos de vez en cuando tonterías?

— Sabía que tú pensarías como yo—Snorri, a pesar de cómo se sentía por Freydis, no pudo evitar soltar una carcajada al recordar las borracheras que se habían cogido juntos.

Helga entró con seguida por Gardar y Sigurd que cada uno llevaba una bandeja con todo lo que la anciana necesitaba para su cura. Rosslyn, entonces, cogió el paño y lo colocó junto a lo que se iba a llevar, pero antes de que se pudiera retirar, Gunnar la cogió por la muñeca.

— Gracias, Rosslyn— ella asintió y salió de la habitación. Y todos se quedaron mirando a Gunnar asombrados al ver cómo acababa de tratar a una esclava.

Rosslyn fue a ocuparse de los animales. Allí la encontró Mjoll que llevaba toda la mañana detrás de ella para conocer sus intenciones, pero no había conseguido, hasta ahora, verla a solas.

— ¡Esclava! — Rosslyn la miró, pero siguió ordeñando la vaca porque, si no lo hacía, las pobres iban a reventar

— Señora, perdonad que no me levante, pero las vacas...

— No importa esclava, ya me acerco yo—se puso a su lado, aunque no demasiado cerca. No le debía gustar el olor de los animales—mi padre me avisó anoche de que no se te debía molestar y quería saber si te acuestas con él — Rosslyn la escuchó asombrada porque Gunnar hubiera dicho tal cosa. Sabía por Helga y Asdis de lo que era capaz aquella muchacha, pero nunca

hubiera creído que Gunnar intentara protegerla de su propia hija. De hecho, había procurado no cruzarse con ella para no tener problemas. Pensó que lo mejor sería no contestar a su provocativa pregunta y siguió ordeñando, sentada en el taburete.

— ¡Bah!, ¡no me importa! Mi madre que mire por lo suyo, pero lo que es mío no lo vas a tocar ¿entiendes?

Rosslyn se levantó para vaciar el cubo en la lechera porque Gardar vendría a buscarla enseguida para llevar la leche a la cocina.

— Perdona, pero no sé a qué te refieres.

— ¡A Hakan! ¿Por qué estuvisteis reunidos mi padre, Hakan y tú anoche? Tiene que ser con algo relacionado contigo y con él. Y ¡cómo me entere de que vas detrás de él...! —miró a la hija de Gunnar un momento y se dio cuenta de que estaba encaprichada con Hakan, alejándose de ella cogió el taburete y lo colocó junto a la otra vaca.

— Yo no voy detrás de nadie. Intento hacer mi trabajo lo mejor posible, nada más— después, comenzó a ordeñar la otra vaca, pero sintió que alguien le tiraba de la trenza, tan fuerte que creía que se la arrancaría, y eso hizo que se cayera del taburete, volcando el cubo vacío. Cuando miró, incrédula, a Mjoll, ésta le dio un bofetón que hizo que se le girara la cara. La chica, aunque era cuatro años menor que Rosslyn, le sacaba la cabeza y parecía mucho más fuerte.

—No olvides lo que te he dicho, esto solo es una advertencia— satisfecha después de eso, Mjoll se fue.

Aquello fue la gota que colmó el vaso. Todas sus emociones se arremolinaron en su pecho, comprimiéndolo, hasta que solo pudo expulsarlas mediante las lágrimas. Comenzó a llorar furiosamente, como una niña, con hipo; solo podía pensar que, afortunadamente, nadie podía verla. En ese momento llegó Gardar que se quedó quieto con los ojos muy abiertos

mirándola sentada en el suelo llorando apasionadamente— todavía no tengo llena la lechera— le dijo— y sus lloros aumentaron de volumen— no fue consciente de que Gardar no la entendía porque le había hablado en escocés. El esclavo se marchó y ella volvió a su trabajo gracias al que se fue calmando, poco a poco.

Asdis vino un rato después, cuando daba de comer y ponía agua a las gallinas.

— Helga dice que vayas—señaló la casa

— ¿Está en la cocina?

— No, en la habitación del señor, tiene mal la cabeza— antes de entrar en la casa se limpió las mejillas con las manos y se atusó un poco el pelo. Todavía le dolía la cabeza del tirón.

Helga estaba en una silla junto a la cama, pero se levantó cuando ella entró y le hizo un gesto para que se sentara en su lugar. Gunnar estaba algo pálido, pero parecía que tenía menos dolor.

Helga le levantó un poco la barbilla para mirarle la mejilla enrojecida y, no dijo nada, pero salió moviendo la cabeza y cerró la puerta tras ella.

— ¿Querías verme?

— Sí, cuéntame qué ha pasado.

— Nada, señor—se dio la vuelta para marcharse— si es por eso discúlpame, pero todavía tengo mucho que hacer con los animales y el huerto.

— Antes que ellos estoy yo. Estoy inquieto y quiero saber la verdad. Gardar nos ha dicho que al ir a por la leche había visto a Mjoll que entraba en la casa y que, después, te ha encontrado llorando ¿Os habéis peleado?

— Señor— sonrió irónicamente— solo soy una esclava. Yo no puedo pelearme con nadie, como bien sabes

— ¡Señor, señor! ¡Estoy harto de tanto señor! En mi casa puedes llamarme Gunnar, como Helga.

— No te entiendo, me tratas como si quisieras que fuéramos amigos, pero no lo somos, señor. Soy una esclava por tu culpa, te recuerdo que yo no nací así—suspiró— intento no guardarte rencor, porque es lo que me han enseñado, pero cada vez me es más difícil. Me separaste de la persona que me ha criado, la única que me dio su cariño sincera y libremente — sus ojos se llenaron de lágrimas— me has expuesto a personas malvadas que tienen el poder de hacer lo que quieran conmigo y yo no puedo defenderme ¡Podrías matarme y nadie te diría nada!

— ¿Qué te ha hecho mi hija? ¿te ha pegado? – alzó la voz lo que provocó que le volviera a doler la cabeza, pero ella, que no quería más problemas, lo negó y se marchó mientras él la llamaba insistentemente.

Volvió con los animales y terminó sus tareas, horas más tarde, volvió a la cocina y habló con Helga, al menos ya había dejado de llorar. Le dio un vaso de leche caliente y la mandó a la cama para que descansase un rato.

— Estás agotada. Acuéstate un rato, en un par de horas vuelves a la cocina. Y, no te preocupes, que yo hablaré con Gunnar.

— No creo que sea buena idea...

— Hazme caso Rosslyn. Deja esto en mis manos, yo los conozco a todos muy bien. Confía en mí.

Sorprendentemente, Helga tenía razón y se durmió agotada un rato, cuando volvió a la cocina la casa estaba demasiado silenciosa. Algo había ocurrido, al estar las habitaciones de los esclavos tan alejadas de las zonas comunes, no había escuchado nada.

— Helga ¿qué ocurre? — la anciana le había hecho sentarse y le había puesto un trozo de la última tarta que Rosslyn había hecho delante.

— No has desayunado— obediente empezó a trocear el bizcocho sin ninguna gana de metérselo en la boca. Asdis entró en ese momento, sonrió a su amiga y se acercó a ella

— ¿Cómo estás?

— Mejor, gracias – la contestó en nórdico porque ya era capaz de hilvanar unas pocas frases. Eso provocó las alabanzas de las mujeres

— No te preocupes por Mjoll, su padre le ha dicho que está harto de los problemas que le da y que la va a casar.

— ¿Ya sabe con quién? —Helga, con una sonrisa irónica, bromeó

—Vete tú a saber, depende del humor que tenga ese día

Rosslyn Irguió los hombros y contestó,

— Entonces tengo que hablar con él.

— Está de muy mal humor, yo no me arriesgaría.

— Hay algo que tiene que saber.

— Muy bien, entonces aprovecha y llévale esta infusión. Es para el dolor de cabeza.

Con el cuenco en la mano, llamó a la puerta de Gunnar, pero no respondía, entonces, entró. Estaba dormido. Estuvo tentada de no despertarle, pero pensando en la infusión lo llamó por su nombre suavemente y él despertó con la expresión más tierna que nunca hubiera imaginado. Se incorporó en la cama y pudo ver que tenía el pecho desnudo, lo que hizo que Rosslyn se sonrojara, y se preguntara quién le habría hecho las numerosas cicatrices que se podían ver en él.

— Esto te lo manda Helga, es para el dolor de cabeza, señor— al escuchar la última palabra, el gesto de él cambió.

— Siéntate, esclava— ella lo hizo sin ganas porque imaginaba que sería para humillarla por seguir llamándolo señor.

— Señor, tengo que decirte algo.

— ¿Sí? ¿hay algo en lo que yo, tu humilde señor, te pueda ayudar? – no reaccionó a su burla, por lo que él continuó— habla, te escucho

— El enfado de Mjoll conmigo...

— No tienes que preocuparte más por lo que pueda hacerte mi hija. Dejé su educación en manos de su madre y está claro que es lo peor que pude hacer, pero no te molestará más—ella se mordió el labio al ver la decisión en su expresión.

— Escucha, por favor— levantó un poco la mano para llamar su atención— me atacó enfadada, porque quiere a Hakan

— ¿Mi amigo Hakan? – ella asintió— ¿me estás diciendo que estaría feliz de casarse con él?

— Eso no lo sé, pero es muy posible. Habla con ella mi señor, por favor — se levantó para marcharse, pero se quedó rígida al escuchar las palabras de Gunnar.

— Tú solo pides, pero no das nunca— la miraba fijamente como si quisiera que entendiera lo que él quería, pero ella lo sabía— ¡maldita sea, eres mi esclava, no yo el tuyo! Esta mañana casi muero en un accidente estúpido provocado por montar con resaca y pensando en una mujer. Y no voy a negarme más lo que quiero, lo que me pertenece ¿me estás escuchando?

— Y ¿qué quieres, señor? – ella lo miraba erguida como una reina, serena, expectante, aunque por dentro su corazón se había acelerado como si estuviera corriendo.

— Esta noche quiero que vengas a mi habitación, dispuesta a obedecer mis órdenes. Como haría cualquier esclava, pero lo harás cuando todos duerman, de esa manera, nadie más sabrá lo que ocurre. Esto es entre tú y yo.

— Entre un amo que ordena y una esclava que obedece— en su tono mostró la humillación que sentía consiguiendo que Gunnar, por primera vez en su vida, tuviera en cuenta los sentimientos de otra persona, por eso dijo la siguiente frase,

— Depende de ti. Si lo deseas, cuando esta noche traspases esa puerta, seremos solamente un hombre y una mujer.

Rosslyn salió sin contestar y se dirigió casi corriendo al huerto con una sensación extraña. Pasó el resto de la tarde allí, trabajando, intentando olvidar lo que ocurriría horas después. Desde que la había raptado supo que ese día llegaría, había visto las miradas que le dirigía Gunnar, y sabía lo que se hacía a las esclavas. Alargó el momento de irse a la cama todo lo que pudo y dejó cuatro quesos fermentando antes de marcharse, tropezando por el cansancio, a su habitación. Llevaba toda la tarde dando vueltas al momento en que se presentaría en la cama de Gunnar. Era un hombre fuerte y rudo, aunque también le había mostrado que podía tener en cuenta los sentimientos de los demás.

Helga le había contado su historia y sentía pena por lo que tuvo que sufrir siendo un muchacho. Resuelta, se dirigió al lavadero, donde siempre había agua limpia y se aseó lo mejor que pudo, volviendo a vestirse con otra túnica de saco. Dejó su ropa allí mismo para lavarla al día siguiente y se dirigió al dormitorio de Gunnar. Había luz, se podía ver por debajo de la rendija de la puerta, entró después de llamar y cerró la puerta tras ella, quedándose de pie mirándolo, sin hablar. Gunnar se levantó y fue hacia ella, la cogió de la mano y la llevó hasta la cama, allí se sentó, manteniéndola y entre sus piernas observando su cara que ahora tenía agachada.

— Rosslyn—levantó la vista aturdida, deseando que todo hubiera pasado.

— Señor, por favor.

—¿Qué quieres, esclava? — su tono, tierno, la extrañó porque nunca le había oído hablar de esa manera. Entonces, Gunnar comenzó a deshacerle la trenza.

— Señor, te ruego... no, te suplico, que sea rápido. Por favor.

— ¿Tienes miedo? — ella asintió enérgicamente

— No debes tenerlo, no te haré daño o, mejor dicho, intentaré que sufras lo menos posible— le quitó la túnica y se sorprendió al ver las marcas rojas

que tenía en el cuerpo— ¿esto qué es Rosslyn, estás enferma?

— No señor, es por el roce de la ropa. También me pasaba en el convento, no tiene importancia.

— Sí la tiene esclava, sí la tiene— se levantó e hizo que ella se subiera a la cama, apagó las velas y se metió detrás de Rosslyn pegándose a su cuerpo. Ella notaba su corazón en la espalda latiendo desenfrenado.

— Señor ¿tengo que hacer algo?

—Tranquilízate Rosslyn, lo único que tengo en mente esta noche es dormir, ha sido un día duro para los dos. Mañana ya veremos.

En cuanto ella escuchó sus palabras, dio gracias a Dios silenciosamente, cerró los ojos y se durmió.

Gunnar se despertó al notar el frío en el cuerpo por estar destapado. La chica no estaba y no creía que se hubiera ido por su voluntad de la habitación, por lo que se puso unos pantalones, las botas y cogió una vela. La encontró en la entrada intentando abrir la puerta de la calle, pero sin levantar el cerrojo, entonces la cogió por el hombro, extrañado.

— Rosslyn ¿qué haces? Vamos a la cama, todavía es de madrugada— ella dejó caer las manos, pero no lo miró, entonces él la giró para ver su cara y se asustó cuando lo hizo. Tenía los ojos abiertos, pero vacíos y no lo miraba, además, su cuerpo era recorrido por temblores constantes. Gunnar tenía miedo de tocarla por si se asustaba. Parecía dormida, aunque tuviera los ojos abiertos.

— Rosslyn ¿qué te pasa? —ella contestó con una voz que no parecía la suya.

— Va a morir en pocos días y nadie puede evitarlo— cuando la escuchó, se le puso la piel de gallina

— ¿Quién? — se atrevió a preguntar

— El chico. Es inocente, pero no importa. Su destino está escrito—

entonces, su cara cambió adoptando una expresión de profundo dolor y Rosslyn se desmayó. Gunnar la cogió antes de que cayera al suelo y la llevó a la cama. Había pensado llamar a Helga, pero la muchacha despertó cuando la tumbaba sobre la cama.

— Gunnar—estaba muy pálida y parecía asustada.

— ¿Sí?

— ¿Puedes abrazarme? — sorprendido y preocupado, se acostó junto a ella pegándola a su cuerpo, aunque ella no dejaba de tiritar.

— ¿Tienes frío?

— Si— los dientes le castañeteaban— me pasa siempre que ando dormida.

— ¿Te ha pasado más veces? — él no había oído nunca nada parecido

— Sí, cuando tengo la visión, la madre superiora me decía que era un don de Dios, pero yo no estoy muy segura. Cuando me ocurre, es como si todo dentro de mí se congelara —seguía temblando y Gunnar le frotó los brazos para que entrara en calor.

— Rosslyn, ¿te acuerdas de lo que decías en la puerta sobre un chico que iba a morir?

— Si— miró hacia otro lado porque no quería hablar sobre eso

— ¿A quién te referías? — ella apretó los labios, pero no contestó—
¿Hablabas de mi hijo?

— No me acuerdo, solo recuerdo las visiones que tengo estando despierta.

— Entiendo, y ¿cuánto te suelen durar los temblores?

— Un par de horas, si quieres me voy a mi cama para no molestarte.

— No, quédate, puedo hacer que entres en calor.

— ¿Cómo?

— Confía en mí— se levantó y encendió la vela que había en la mesa

junto a la cama— tumbate boca arriba.

Ella lo hizo y él se colocó entre sus piernas, presionó con su rodilla suavemente para que ella las abriera un poco más y se tumbó allí apoyado en los codos, para no aplastarla con su peso. Entonces le cogió una mano y ella dio un respingo, extrañada.

— ¿Qué haces?

—Tranquila— ella agrandó sus ojos cuando él se metió los dedos de ella, uno a uno, en la boca, provocando que ella se ruborizara y se olvidara de lo que acababa de pasar.

— ¿Te gusta? – asintió, aunque le habían enseñado que ese tipo de actos eran pecado y que, si los cometía, iría al infierno, pero en ese momento le daba igual. Nunca había sentido nada parecido y no quería dejar de hacerlo.

— Te voy a besar, pero tienes que dejar que mi lengua entre en tu boca —volvió a asentir

Y la besó haciendo que se multiplicara el deseo de la muchacha que lo abrazó por la nuca, provocando que él gimiera, entonces ella comprendió que los dos sentían lo mismo. Cuando terminaron de besarse los dos estaban sonrojados y agitados.

Gunnar la acarició intentando hacerlo con suavidad para no asustarla y la besó por todo el cuerpo, cuando terminó en sus pies, se bajó de la cama y se desnudó, entonces, ella le dijo

—Por favor, Gunnar, ¿puedes apagar la vela? —él quería verla, pero aún deseaba con más fuerza que ella aceptara ser suya, por eso aceptó y lo hizo. Luego, se colocó entre sus muslos susurrando,

— Tranquila, elskerinne. Hoy, por fin, serás mía— la besó tan profundamente que a ella le pareció que siempre sería parte de ella.

— ¿Elskerinne? — no había escuchado esa palabra antes y Asdis tampoco se la había enseñado

— Significa querida, en mi idioma—y ya no hablaron más, sus cuerpos lo hicieron por ellos.

Cuando todo terminó, Gunnar se tumbó de nuevo boca arriba y la abrazó, mientras Rosslyn apoyaba la cabeza, tímidamente, en su pecho.

— Mañana hablaremos de tu sueño— al ver que no respondía levantó la cabeza para observarla. Gracias a la luz de la luna que alumbraba la cama pudo ver que ya se había dormido y que parecía estar tranquila. Acarició su nuca con una mano grande y callosa, acostumbrada a la espada y a los caballos y que, por primera vez, era utilizada con una delicadeza desconocida por su dueño. Se asombró del poder que, en tan poco tiempo, ejercía la muchacha sobre él, pero dio gracias a que era tan inocente que no se daba cuenta. La apretó un momento con fuerza entre sus brazos hasta que ella, entre sueños, protestó. Al día siguiente aclararían las cosas, lo de sus visiones y lo de andar dormida. Si era necesario, la llevaría a un curandero, además, tenía que hablar con Hakan para anular el acuerdo.

— Mañana, esclava— susurró con ternura.

Y, aunque ella no lo escuchó, por primera vez en muchos años, durmió en paz.

El sol salía cuando se levantó, desorientada, de la cama. Le dolía la espalda por la blandura del colchón, y sonrió al pensar había nacido para pobre porque su espalda agradecía la dureza de un colchón de paja sobre el suelo. Se vistió rápidamente y cogió sus zapatos para no hacer ruido.

— ¿Dónde vas? — parecía enfadado. No sabía si era porque le volvía a doler la cabeza, porque ella siguiera allí o porque se iba sin decirle nada.

— Tengo mucho que hacer, mi señor—contestó llamándolo así por costumbre, porque le había puesto nerviosa.

— ¿Señor? — contestó gritando, dolido y enfadado, y ella retrocedió hasta que su espalda tocó la puerta, entonces él salió de la cama como si la

fuera a matar

— ¿Qué significa eso? ¿te estás riendo de mí? —ella, asustada, solo atinó a negar con la cabeza.

Gunnar se lleva la mano a la frente un momento, donde siente un dolor muy fuerte y, al ver su expresión de miedo, se maldice a sí mismo por haberla asustado,

— No me tengas miedo, soy el mismo hombre de ayer. Me pongo insoportable cuando estoy herido o enfermo, pregúntale a Helga— Gunnar intenta tranquilizarse para no asustarla, pero ella sigue pegada a la puerta pensando que lo de la noche anterior ha sido una locura y, cuanto más asustada está ella, más furioso se muestra él.

— No tengo miedo s...— aunque se calla antes de terminar la palabra, él nota que va a decirla y la acorrala contra la puerta. Entonces, el dolor de cabeza y su resistencia a los sentimientos que despierta la muchacha en él, hacen que pague su frustración con ella con una enorme crueldad.

— ¿Te doy miedo? ¿De verdad? —sonrió sarcásticamente—anoche no lo parecía. Seguramente guiada por tu calentura, te movías como una zorra— ella se sentía más avergonzada que nunca en su vida— actuaste como la más fogosa de las putas que me he llevado a la cama, que han sido muchas— siguió intentando hierla, llevado por el dolor y la desilusión, pensando, por un momento, que ella era otra Isgerdur—esta noche le podemos decir a alguna otra que venga para que te enseñe algunas cosas, porque hay muchas que desconoces..., quizás Freydis haría de ti una buena puta.

Cuando Rosslyn consiguió huir, se recluyó en su habitación durante unos minutos intentando calmarse, le parecía que debía tener la cara tan roja por la vergüenza, que todo el mundo notaría lo que había pasado. Se lavó en la jofaina y se vistió pensando en lo que acababa de ocurrir. Y, por primera vez en su vida, deseó con todas sus fuerzas hacer daño a alguien. Entonces,

mientras se peinaba, recordó la expresión en el rostro de Gunnar mientras acariciaba su pelo, y supo cómo podría tomarse una pequeña venganza.

Un rato después estaba en la despensa escogiendo el queso que estaba más curado para comer, cuando Asdis apareció con ganas de charlar. Rosslyn la había estado evitando toda la mañana

— ¡Rosslyn! ¿Qué te ha pasado? ¿quién te ha hecho eso? —la esclava se llevó la mano a la boca, horrorizada al verla.

— He sido yo, estaba cansada de tardar tanto en secarme el pelo y de los enredones— se mantuvo erguida frente a ella con el pelo rizándose a la altura de su barbilla, lo que hacía resaltar sus altos pómulos.

— Estás muy guapa, pero a los hombres les gusta el pelo largo

— Ya, pues que se lo dejen crecer ellos— cogió el queso y se dirigió a la cocina seguida por una silenciosa Asdis.

CINCO

Amy estaba en la sala de espera del Castillo de Douglas en el Condado de Lancashire, deprimida al ver la cantidad de gente que esperaba delante de ella, para hacer su petición ante el laird. Desde la otra punta de la sala vio a dos highlanders, vigilando y hablando entre ellos. Cuando uno de los dos giró su cara llena de pecas en su dirección para evitar el golpe de broma de su compañero, su corazón se saltó un latido, aunque sabía que tarde o temprano, lo vería. Decidida, cuadró los hombros y se dirigió hacia él.

— Aidan, ¿cómo estás? — él se volvió aún con la sonrisa en los labios, pero se le borró en cuanto la vio. Amy y él habían estado prometidos hacía años, el gigante pelirrojo la miró intensamente antes de contestar

— Bien Amy. Creía que te habías quedado a vivir en el norte— el otro highlander, al ver a Amy, se retiró un poco para dejarlos hablar tranquilamente.

— Este invierno me quedaré por aquí, luego...—se encogió de hombros porque en realidad no sabía lo que iba a hacer después, y Aidan maldijo en silencio al saber que estaría tan cerca. No sabía si podría soportarlo.

— Tengo que hablar con el laird— él miró hacia la multitud de personas que esperaban y que estaban pendientes de ellos, a falta de otra distracción— Amy, si te dejo entrar sin esperar la cola, se va a formar una buena.

Ella puso el anillo en su palma para que él lo viera, tapándolo con su cuerpo para que no fuera visible para nadie más. Aidan se puso pálido al reconocerlo.

— ¿De dónde lo has sacado? — susurró, temiéndose lo peor.

— Me lo ha dado Rosslyn, su dueña, para que sepáis que vengo de su parte— él la miró durante unos segundos y le hizo un gesto para que lo siguiera.

Los que esperaban, cuando vieron que dirigían a la puerta, comenzaron a quejarse hasta que Aidan, se volvió enfadado hacia ellos.

— ¡Trae un encargo del laird! ¡A callar, si no queréis que os haga volver mañana! – todos los del clan conocían el carácter de Aidan, así que cerraron la boca inmediatamente.

Amy nunca había estado allí y siempre se había imaginado que aquella sería una sala muy grande, pero lo cierto era que parecía la habitación de una familia normal, con una mesa rodeada de sillas y un fuego ardiendo en la chimenea. Aidan se dirigió a William Douglas, aunque este estaba escuchando la queja de un vecino, y le comentó algo al oído, entonces, éste se levantó del asiento dejando al lugareño con la palabra en la boca. Un guerrero que estaba al lado del trono condujo al hombre hacia la salida intentando tranquilizarlo, prometiéndole que le recibirían al día siguiente. El laird Douglas fue hacia Amy rápidamente, extendió la mano si decir nada y ella le dio el anillo. Él lo examinó despacio y se lo puso en el dedo meñique sujetándolo durante un momento con los dedos de la otra mano, como si no quisiera que volviera a salir nunca de allí.

— Es evidente que tú no eres la dueña de este anillo— Aidan intercedió

— William, ella es Amy Douglas, la hija de Niall, el antiguo herrero. Seguro que te acuerdas de él.

— Sí, te fuiste al norte ¿no es así?, te había pasado algo, mmmhh con algún hombre del clan, creo— de reojo miró a Aidan, que se había sonrojado. Ella hizo un gesto con la mano para darle a entender que no le interesaba seguir con esa conversación.

— Acabo de volver del norte, de una granja que está cerca de una

ciudad llamada Bergen, a una distancia de tres días en barco de aquí, aproximadamente. Allí conocí a la dueña de ese anillo y necesita tu ayuda. Si tienes un momento, te contaré todo lo que sé— William asintió con expresión de enfado y le hizo un gesto para que lo siguiera. Atravesaron un frío pasillo y entraron en otra habitación donde había una mesa en la que habían dispuesto carne, queso, pan y whisky.

Se sentó frente al laird siguiendo sus deseos.

— La conocí hace, aproximadamente, un mes. Se llama Rosslyn y está sirviendo como esclava en una casa vikinga en la que nos contrataron para tocar— se sobresaltó por el puñetazo que William dio sobre la mesa y se quedó mirándolo asombrada, porque hasta ese momento no había dado muestras de mucho interés.

— ¡Eso es imposible! ¡Esa chica no puede ser esclava! ¡Arrasaré todo lo que posean los dueños de esa casa, mataré a todos los que vivan allí y sembraré los campos con sal! ¡Mi hija, es hija y nieta de los más antiguos reyes de Europa! – Amy miró a Aidan sorprendida.

Todos conocían la ambición de William el negro por llegar a ser rey de Escocia, pero eso no justificaba esos aires de grandeza. Sus antecedentes no eran de la realeza, ni mucho menos. Por eso se preguntó quién sería la madre de la chica. Aidan sujetó al laird por el brazo y le susurró algo al oído, consiguiendo calmarlo un poco, aunque gruñó al sentarse para volver a hablar con Amy,

— Dime muchacha, ¿qué sabes sobre ella?

— Me contó que vivía tranquila en un convento en la isla de Iona cuando, un día, llegó una incursión vikingos para llevársela—se inclinó para decir—Ella era su principal objetivo. La secuestraron por venganza, estaba segura de eso.

— ¿Contra mí? – por primera vez notó en los ojos del hombre lo mismo

que había visto en los de Rosslyn.

— No, contra su madre, Isgerdur. Estuvo prometida con Gunnar, el hombre que tiene prisionera a Rosslyn, pero lo engañaba con su mejor amigo. Para evitar el compromiso, intentaron asesinarle y ella le desfiguró la cara con una daga.

— Sí, no me extraña porque era una zorra de cuidado. Nunca pensé que decir que era su madre le traería estos problemas— levantó la mirada hacia ella— si dices algo de lo que has oído hasta ahora, despídete de la cabeza— ella echó una mirada a Aidan que apartó la suya— me da igual lo que Aidan sienta por ti, haría lo mismo con él y lo sabe. Dije que era su madre, porque no puedo decir quién es en verdad, si lo hiciera, esa confesión seguramente significaría la destrucción de Escocia. Tuve que pagar a esa bruja para que reconociera que era la madre de la niña porque no podía ser nadie del clan. La farsa duró hasta que murió y entonces tuve que buscar un lugar donde creí que estaría segura. Mi mujer, entonces, era una mujer muy peligrosa y habría buscado su muerte—suspiró, al pensar la vida que había llevado con ella.

—Tengo otros hijos naturales. Como sabrás, mi mujer ha resultado ser estéril, pero el nacimiento de esta niña fue un milagro. Su madre me la entregó, porque no tuvo más remedio, con la promesa de que la mantendría a salvo. Y ni eso he sido capaz de hacer por ella—Aidan interrumpió las palabras de su jefe.

— William, tienes la reunión de los clanes, ahora no puedes ir a buscarla.

—Lo sé, pero sí puedo ir en tres semanas. Vete preparándolo todo. Amy nos ayudará diciéndonos exactamente dónde está ¿no es así? Quiero un grupo de voluntarios que nos acompañe por si hay que pelear. No volveremos sin mi hija, y si le ha ocurrido algo, ¡que ese vikingo comience a rezar! — Amy se levantó asustada de lo que ocurriría en ese viaje. Aidan la siguió para

acompañarla a la puerta. Le puso la mano en la espalda para guiarla hacia otra puerta por donde nadie la vería salir. Cuando llegaron a la salida ella se ajustó la capa y se despidió, pero él la sujetó por la muñeca

— Quiero hablar contigo, Amy— su voz ronca, le trajo recuerdos de noches ardientes sin dormir, baños desnudos en el lago a la luz de la luna, y de felicidad y libertad sin límites. Qué triste era pensar que todos esos sentimientos hubieran desaparecido de su vida por culpa de él, por eso se sacudió para soltarse.

— No tenemos nada de qué hablar— él apretó los labios en una fina línea hasta ver cómo desaparecía en el bosque, luego, se dio la vuelta para volver a sus obligaciones, pero Amy podía estar segura de que eso no se quedaría así. Había pasado demasiado tiempo en el infierno, por haber cometido un error, y durante estos años había intentado olvidarla sin conseguirlo, pero eso se había terminado.

William estuvo mucho tiempo mirando por la ventana con las manos enlazadas a la espalda. Aidan sabía que había que dejarlo pensar tranquilo, puesto que era el hombre más inteligente que había conocido. Solamente se equivocaba cuando obraba empujado por la furia. Sin poder resistirlo más, William se volvió hacia él con una expresión extrañamente suplicante,

— Aidan, tengo que hablar con ella.

— Es imposible. Sabes que aquello está lleno de soldados ingleses y que no dejan entrar a nadie. A menos que quieras una guerra...

William, el laird del clan Douglas, un hombre curtido en peleas de taberna, hazañas en el campo de batalla y en las camas de sus amantes, lo miró como un niño indefenso, mostrándole por primera vez su corazón.

— Aidan, necesito verla. La última vez fue cuando me entregó a la niña, sé que no podemos estar juntos, pero necesito verla antes de morir. Y no voy a tener una oportunidad mejor— tenía los ojos cuajados de lágrimas— llevo

casi veinte años sin poder respirar ¿Sabes lo que es eso?

Aidan asintió, porque desgraciadamente lo sabía. Y él haría lo mismo en su lugar.

— Estoy a tus órdenes, dime qué quieres que haga.

— Hay que enviar a alguien al castillo donde está recluida y enterarse de las costumbres que tienen. Pero no vayas tú, es imposible que pases desapercibido. Manda a un hombre en el que no se fije nadie, que no llame la atención. Quiero toda la información lo antes posible— Aidan se giró para salir de la habitación— y otra cosa Aidan, si no hay guerra, es porque ella así me lo ha suplicado, si no, ya habríamos declarado la guerra a Inglaterra. Morir por ella sería un honor.

Dos semanas después, el laird estaba entrenando con sus soldados en el patio del castillo, cuando le avisaron que Niall había vuelto. Salió corriendo hacia el salón, donde le esperaba el joven hablando con Aidan. William se acercó a él y lo saludó

— Mi señor— se inclinó ligeramente en señal de respeto

— Habla, muchacho ¿La has visto? —William estaba impaciente.

— De lejos, señor, pero parecía estar bien de salud. Un día incluso salió para montar con sus damas y parte de la guardia. Está muy vigilada

— Y dime, ¿has pensado alguna manera para que podamos entrar en el castillo? — el chico sacó algo de debajo de su tartán— si me permitís señor, me gustaría enseñaros este papel sobre el que he escrito los horarios del castillo y que se cumplen todos los días escrupulosamente. Como veis, quienes tienen libertad para visitar a la reina, son dos monjes jesuitas de una abadía cercana a Salisbury, el abad y el bibliotecario, y le suelen llevar libros.

— No sé en qué nos puede ayudar eso.

— Señor, siempre van con las capuchas echadas sobre el rostro y no he visto que, ningún día, los soldados les pidieran que enseñaran la cara.

— Parece una buena idea—se quedó pensativo— aunque no sé cómo vamos a conseguir que nos ayuden los jesuitas.

— William— Aidan le hizo un gesto para apartarse del chico y hablar con libertad.

— ¿Habéis olvidado a vuestro tío Bricius?, seguramente un obispo...— susurró

— Si, pero no olvidéis que los jesuitas no son como otros religiosos. No están a las órdenes de la iglesia, aunque es nuestra mejor opción—Aidan se lo quedó mirando fijamente, esperando su decisión— vamos, estamos a solo dos horas de camino

Aidan hizo un gesto a Jamie, otro compañero para que atendiera a Niall, despidiéndose a toda prisa.

La entrevista con Bricius Douglas fue más complicada de lo que habían esperado, y no accedió a ayudarles hasta que su sobrino le comentó la existencia de su hija y que la madre no sabía nada de ella. El obispo se quedó muy sorprendido ya que, como todo el mundo, pensaba que su sobrino era incapaz de ser discreto en sus temas amorosos. Accedió a regañadientes a enviar una carta al abad pidiendo su ayuda, ya que tenían que hablar con la señora recluida en el castillo acerca de un tema importante para su tranquilidad espiritual.

Volvieron a casa para dormir y preparar la salida al día siguiente temprano porque Salisbury quedaba a varias horas de viaje.

El abad era duro de roer al igual que su tío, pero se ablandó considerablemente al escuchar que William ya la conocía. Pensó que ella se merecía tener la visita de un amigo al menos una vez, porque le parecía injusto que llevara tantos años recluida. William, que conocía el encanto de Leonor, no se extrañó al ver que el abad estaba encariñado con ella.

Después de la conversación, les dejaron un par de hábitos y los dos caballos que solían llevar explicándoles cómo actuar y los detalles necesarios para que todo saliera bien.

Todo fue según lo planeado y, una vez dentro, un guardia los guio hasta un salón cercano donde Leonor estaba leyendo junto al fuego. William no podía dejar de mirarla pensando que casi no había cambiado después de tantos años.

— ¡Querido abad! Menos mal que no os olvidáis de mí. Si no, se me haría mucho más pesado este encierro— su voz seguía siendo tan seductora como siempre. Entonces el guardia cerró la puerta y los dejó a los tres solos.

— ¿No os descubris el rostro? — al acercarse, Leonor se dio cuenta, extrañada, de que el hombre que tenía delante era mucho más fuerte que el abad y cuando se retiró la capucha y vio su cara, se tapó la boca para no gritar.

¡William estaba allí! Su último pensamiento antes de dormir y el hombre por quien rezaba a Dios todas las noches, había ido a verla. Loca de felicidad, se lanzó a sus brazos con tal ímpetu que casi lo tira, a pesar de ser una mujer delgada. Aidan miró hacia otro lado cuando se besaron, ella levantó la mirada después y acarició su cara.

— Has venido, has venido—repitió

— Sí, mi amor, y ojalá hubiera venido antes— ella, con los ojos sospechosamente brillantes, lo cogió de la mano— ven— él se volvió hacia su amigo

— Aidan, que no pase nadie, si intentan entrar inventa algo

—Descuida

Ella lo llevó a su habitación, al cerrar la puerta le quitó la capa y la colgó con cuidado, luego se refugió de nuevo en sus brazos.

Sus cuerpos también se recordaban, y se amoldaron el uno al otro como si se acabaran de separar. Él acariciaba su pelo e iba quitando las horquillas

que encontraba, sonrió, porque siempre le había gustado soltarle el pelo. Después, ella se dio la vuelta y él le desató los lazos del vestido, como si fueran una pareja normal y se quedó en camisola.

Ella levantó una mano para que no siguiera, y comenzó a desnudarlo a él mientras se la comía con los ojos. Veía su figura a través del tejido transparente de la ropa interior, pensando cómo era posible que esa mujer hubiera parido doce veces. Lo miró sonriendo con picardía como si fuera una jovencita, a punto de quitarle los pantalones que llevaba debajo del hábito. La única muestra de su edad, eran las arrugas que se formaban alrededor de sus ojos al sonreír, cuando lo desnudó del todo arqueó una ceja al ver las nuevas cicatrices. Señaló una que tenía en el centro del pecho

— ¿Ésta cuando te la hiciste?

— En una revuelta de clanes, me lanzaron una daga. No tuvo importancia— ella se inclinó con la melena ondeando como una leona de ojos dorados y la besó, y el sintió un escalofrío. Entonces señaló otra que tampoco recordaba

— ¿Y ésta? —cuando terminó el recuento, él estaba sudoroso y agitado, la cogió en brazos y la llevó a la cama, mientras ella reía como una chiquilla.

Leonor de Aquitania, una mujer de 48 años, diez más que William, que se había casado con el Rey de Francia para divorciarse después y ahora era reina consorte de Inglaterra, Duquesa de Aquitania y Guyena, y Condesa de Gascuña, en ese momento hubiera cambiado todo lo que poseía por poder ser “solamente” la esposa de ese hombre.

La unión entre ellos fue gloriosa y serena, aunque sabían que, seguramente, sería la última vez que se verían. William sentía algo de remordimiento por no haberle contado lo primero el motivo de su visita, pero su pecado siempre sería el mismo: que la amaba demasiado.

Más tranquilos, abrazados y compartiendo sudor, besos y sonrisas, se

decidió a contárselo,

— Leonor tengo que decirte algo.

— ¿Sí? — le contó todo lo que sabía sobre su hija y ella se sentó en la cama indignada.

— ¿Una hija mía, esclava? ¿Quién se ha atrevido? — el rubor se extendía por su cuerpo debido al enfado.

— Nadie sabe que es tu hija, recuerda que ese era el acuerdo. Si no me la hubiera llevado, hubiera crecido recluida contigo y quién sabe qué le hubiera hecho tu marido

— Lo sé William, lo recuerdo, pero ¿tenías que meterla en un convento? esa es otra forma de cárcel

— Ya sabes cómo es mi esposa, temía por la chica.

— Ya, pues a ver cómo arreglamos esto. Déjame pensar— se paseó por la habitación, después de ponerse la bata— conozco al rey Haakon, vino a la corte un año, era muy rudo—sonrió al recordar— entonces aún poseían las Hébridas y vino a quejarse a Enrique por el comportamiento de los escoceses, pero mi querido marido no le hizo mucho caso.

— ¿Te llevas bien con él?

— No especialmente, aunque hablé con él. Pero te puedo escribir una carta diciendo que Rosslyn es hija de una amiga mía y que solicito su ayuda para recuperarla. De todas maneras, es posible que conozca mi situación y que sepa que ya no tengo ningún poder ¿Qué habías pensado hacer tú?

— Ir a por ella y matar a ese malnacido, y destruir a todos lo que se interpongan en mi camino.

— Tan diplomático como siempre—bromeó—y ¿si por algo de lo que hagas, él decide vengarse matándola? ¿No has pensado que podrías poner su vida en peligro?

— Si, pero yo preferiría morir antes que vivir encerrado— la miró

avergonzado— perdona, no me refiero a ti.

— Pues mírame a mí William y obsérvame bien. Sigues sin ser capaz de ponerte en el lugar de los demás, y continúas pensando que la única opinión válida es la tuya— hizo una mueca— pues yo prefiero vivir. Y si no hubiera sobrevivido a este encierro, ahora no tendríamos estos momentos. Y puede que sea libre dentro de unos años ¡Quién sabe!

— Tienes razón mi amor, perdona— la besó por toda la cara, hasta que ella se rio de nuevo.

— ¿Sabes algo de tus hijos? — ella, que se estaba vistiendo, asintió

— Me dejan recibir cartas de ellos y de Enrique, su padre.

— El rey.

— Si, puede que no debiera decirlo, pero agradezco a Dios que me diera a Ricardo. Ha venido varias veces a verme desobedeciendo a su padre. Incluso, cuando me encerró aquí, se enfrentó a él y lo retó a duelo.

— ¿Sabes cómo lo llaman? — preguntó, orgullosa.

— Ricardo Corazón de León

— Su padre tiene miedo de que le quite la corona y, si lo ve como un peligro, hará que lo maten. Ricardo sería un gran rey, el mejor de todos, aunque espero que no lo sea pues tendrían que morir dos hijos míos para que él fuera rey de Inglaterra. Es el que me mantiene al corriente de la vida de sus hermanastras María y Alix, las hijas que tuve con Luis de Francia.

— No sé cómo conseguiste anular ese matrimonio— ella lo miró pícaramente

— Soy muy persuasiva. Todo es cuestión de estar dispuesto a pagar el precio oportuno. Luego fui feliz con Enrique, hasta que empezó a llevar a sus amantes a la corte con la complicidad de todos ¿Cómo me dejaba eso a mí?, le dije que no lo consentiría e hice que sus tres hijos se rebelaran contra él. Tendría que haberlo abandonado, al fin y al cabo, tengo un ducado y un

condado propio en Francia y soy más rica que él, hasta tengo mi propio ejército.

— ¿No has pensado nunca en enfrentarte a él en el campo de batalla? Podríamos unirnos y...—lo abrazó para que no siguiera hablando.

— No sigas William. Te quiero, tú lo sabes, pero no pondré en peligro a mis hijos. Tengo siete hijos vivos que podrían morir si accediera a lo que tú deseas, me digo a mí misma que soy una mujer muy afortunada, por mi educación, mi fortaleza y mi cabeza. Llegará el día en el que salga libre de aquí. Ya lo verás— le pasó la mano por el pelo, asombrada— ¡ya tienes canas! ¡cuánto has cambiado desde que nos conocimos en la corte! —él sonrió recordando la primera vez que se vieron— tú eras un joven laird fogoso y yo una reina solitaria que no tenía a nadie. Fui muy feliz el tiempo que tuvimos juntos y doy gracias por él todos los días. Si no tuviera hijos, me hubiera ido contigo cuando me lo pediste, no lo dudes William, de las cosas más duras que he tenido que hacer, ha sido entregarte a mi hija cuando tenía los pechos llenos de leche que nunca le daría. He llorado amargamente por ello y te suplico que hagas lo necesario para que no sea en vano— él asintió tragando el nudo que tenía en la garganta— ahora, voy a escribir unas cartas que te llevarás.

— De acuerdo.

Un rato después, estaban se despedían seguros de que no se verían nunca más.

— William controla tu genio, hazlo por nuestra hija. Antes de actuar habla con el dueño de esa casa y enséñale mi carta y, si no tienes más remedio, llévale a Haakon la que he escrito para él. Busca la manera de comunicarme cómo ha ido todo. Pero utiliza la violencia sólo en última instancia, piensa en la felicidad de nuestra hija. Te lo ruego.

— ¿Cómo puedes dudar de que no haré lo que sea mejor para ella?

— Me malinterpretas mi amor. Lo que quiero decir es que ella no tiene

obligaciones como tú o como yo, si quiere, si se enamora de alguien, puede pasar su vida con él. Desearía poder conocerla, pero sé que eso es imposible. Confío en ti para que me mandes noticias de ella, y que me digas si se va a casar o cómo quiere vivir su vida. Ya me has dicho que tiene tus ojos y tu pelo, solo con esos dones, es afortunada.

— Y canta muy bien

— Sí, es una chica con suerte— parecía muy triste.

— Espero que haya heredado de ti tu inteligencia y tu belleza — la abrazó por última vez y sus cuerpos se dieron calor unos últimos segundos. Ella hizo que se agachara y lo besó en la boca, los ojos y los labios. Le cogió la cara con las dos manos y lo miró fijamente unos segundos, como si quisiera guardar su imagen para siempre, luego se giró y salió del dormitorio seguida por William, ya encapuchado.

SEIS

Gunnar creyó que la reacción de ella estaba provocada porque no lo soportaba. Lo temía, y por eso había fingido en su cama. Cada vez estaba más enfadado y, cuando acabó de desayunar, se fue a caballo al pueblo que estaba a una hora de viaje. Helga había intentado razonar con él, pero había sido imposible. Cuando vio que se marchaba, fue a buscar a Rosslyn que estaba trabajando. La encontró ocupada en el huerto, no había parado de trabajar desde el amanecer y aún no había desayunado.

— Rosslyn— se acercó a ella y la chica la miró y se limpió con la manga el sudor de la cara. Helga se sorprendió al ver que estaba enfadada, pero quizás fuera bueno que tuviera algo de carácter porque Gunnar tenía demasiado.

— ¿Qué te has hecho en el pelo, criatura?

— Es más cómodo Helga y se seca enseguida— giró la cabeza hacia los lados y su pelo se balanceó acariciando su cara.

— ¿Lo ha visto Gunnar? ¿Por eso está tan enfadado?

— No.

— ¡Los dioses nos asistan! ¿Qué le pasa, entonces? —la miró fijamente, intentando adivinar— sé que pasasteis la noche juntos ¿qué ha pasado, niña? ¿fue desagradable contigo?

— No, no tengo queja de lo que pasó anoche, pero por la mañana volvió a ser como siempre. Un hombre duro al que no le importa hacer daño a quien sea. ¡Me dijo cosas terribles, solo por humillarme!—como la anciana siguió callada, esperando, decidió contárselo— alabó mi comportamiento en su

cama, dijo que había sido una buena...zorra—Helga parecía incrédula—pero que, como me quedaba mucho por aprender, la próxima vez avisaríamos a Freydis para que me enseñara a ser una buena puta— se giró hacia la anciana con las mejillas rojas por la indignación— ¡yo no pedí venir aquí! He trabajado lo mejor posible, he hecho lo que me habéis dicho. Pero nunca es suficiente, con él nunca lo es.

— Escucha Rosslyn, ven a desayunar. Gunnar se ha ido al pueblo y, con un poco de suerte, se quedará allí unos días y se tranquilizará. Tiene buen corazón, pero cuando se siente dolido reacciona muy mal, su carácter es temible. Creo que lo que ocurre es que tú estás empezando a importarle y por eso...—pero la muchacha la interrumpió.

— No quiero oírlo Helga por favor— susurró— haré lo que se espera de mí y rezaré para poder marcharme algún día. Si fuera más valiente, me escaparía.

— No digas eso, si te escaparas no sobrevivirías. La verdadera cárcel que tenemos aquí es el clima, el invierno empezará dentro de poco y, si te marcharas, nunca podrías atravesar el fiordo.

Rosslyn se encogió de hombros.

— Déjame seguir un rato aquí Helga. El trabajo me calma.

— De acuerdo, pero ven a la llamada de la comida— la anciana volvió a sus quehaceres preocupada.

Gunnar dejó el caballo atado junto a una taberna de Bergen que estaba en el muelle de Bryggen, entró, y a los cinco minutos ya estaba bebiendo. Eran solo las 12 de la mañana e intentaba emborracharse en el peor antro de Bergen. Entonces vio a Snorri entrar y le hizo señas con el brazo, siempre era más agradable emborracharse con un amigo que solo. Dos horas y bastante alcohol después, aún seguían allí, aunque Gunnar hacía rato que se preguntaba

por qué. Ahora no le parecía que lo ocurrido con Rosslyn tuviera tanta importancia. Todo había sido una idiotez. Snorri le decía algo y lo miró fijamente, pero estaba algo borroso, seguramente por eso le costaba entenderlo.

— No te he oído, amigo ¿qué quieres?

— Que vengas a casa a comer, así verás a mis padres. Hace mucho que no los ves, están muy mayores y me han preguntado mucho por ti.

— Si no te importa, mejor en otro momento...—vocalizó todo lo que pudo, pero no pudo evitar que le saliera el habla gangosa de los borrachos.

— ¿Estás rechazando mi hospitalidad? — Gunnar se puso rígido porque esa era una falta muy grave y más entre amigos.

— No. Estaré encantado de acompañarte, si quieres, pero quiero dormir en casa.

— Por supuesto, además quiero hablar contigo sobre una cosa, si no te importa, después de la comida te acompañaré a tu casa y lo hablamos— a Gunnar le pareció bien, claro que toda su atención estaba puesta en levantarse con dignidad y llegar hasta su caballo sin caerse por el camino.

En casa de Snorri comieron y luego siguieron bebiendo, invitados por su padre. Llegó un momento en el que Gunnar sintió que todo lo que había a su alrededor, se movía.

Era de noche cuando montaron en los caballos, aunque la luz de la luna alumbraba el camino y el aire fresco los despejó bastante. Snorri aprovechó la soledad y la buena disposición de Gunnar para hablar con él.

— Gunnar, quería preguntarte algo.

— ¿Sí? — estaba distraído pensando qué estaría haciendo ella ¿Se habría acostado ya? Esperaba que no, porque no quería despertarla. Tendría que pedirle perdón, había sido un bestia esa mañana sin comprender que ella era muy joven. Ahora entendía que estuviera asustada.

Snorri insistió.

— Gunnar, es sobre Freydis

— Acuéstate con ella si quieres, no me importa. Ya te lo he dicho

— No, espera. Quiero comprarla, si puede ser— Gunnar estuvo a punto de contestar que él le pagaría porque se la llevara, pero se contuvo a tiempo porque apreciaba a su amigo.

— ¿Lo has pensado bien, Snorri? No es... no es una buena mujer ¿lo sabes? — por respeto a él no le dijo lo que realmente opinaba de la madre de sus hijos, pero Snorri no se sorprendió.

— Sé cómo es, pero creo que nos llevaremos bien. Pensaré cómo puedo conseguir dinero para pagártela y para comprarnos una granja — Gunnar no creía en su buena suerte.

— Si te hace feliz, te la regalo – hasta él se sorprendió con su gesto— pero ¿has pensado en mis hijos?

— Son mayores, podemos preguntarles qué quieren hacer. Si quieren venir con nosotros, yo no tengo problema

— Si se van con vosotros, quiero que os quedéis cerca de mí para que pueda verlos — sonrió irónicamente al ver el gesto de sorpresa de su amigo— pues sí, a pesar de todo, quiero a mis hijos.

Helga salió a recibirlos

—¿Hay algo de comer, Helga? —Snorri rio a carcajadas y Gunnar lo imitó—¿qué pasa? el viaje desde la casa de tus padres me ha abierto el apetito otra vez.

Asdis ya estaba en la cama y Helga iba a llevar la comida, pero estaba agotada y cogió la bandeja

— Yo la llevo, vete a dormir— la anciana asintió y se arrastró por el pasillo hasta su dormitorio.

Rosslyn Inspiró hondo al entrar en el salón y saludó a los dos hombres

muy tranquila.

— Buenas noches, señores— Snorri se levantó caballerosamente y la ayudó a dejar la bandeja en la mesa. Gunnar, sin embargo, se había quedado mirando fijamente la cara de Rosslyn y había aparecido un tic en su mandíbula como cuando se enfurecía. Snorri, al verlo, susurró en el oído de Rosslyn.

— Vete, muchacha

Pero Gunnar ya se había levantado y se la llevaba agarrada por la muñeca. Aunque antes de salir del salón, avisó a su amigo,

— No me esperes. Si quieres, vete con Freydis, ya sabes dónde duerme —Snorri asintió con algo de pena por la chiquilla. No sabía qué había hecho, pero esa noche habría tormenta.

Cuando cerró la puerta del dormitorio, él ya había olvidado su decisión de pedir perdón. Rosslyn estaba de pie ante él, silenciosa y mirando hacia la chimenea, en ningún momento lo había mirado a los ojos. Solo eso era suficiente para que cada vez, Gunnar, estuviera más enfadado.

— ¿Quién te ha cortado el pelo?

— He sido yo, mi señor— cuando contestó, sonrió levemente sabiendo el efecto que su respuesta tendría en él.

Gunnar no pensó, la cogió del brazo para volverla hacia él y levantó la mano para abofetearla y descargar así su furia, pero cuando vio sus ojos no pudo hacerlo. Entonces, ella lo provocó levantando la cara insolentemente, animándole en silencio a que la pegara de una vez y tener otro motivo para odiarlo.

De repente, Gunnar salió de la habitación y ella respiró hondo sintiendo y se limpió la frente de sudor. Había pasado miedo, pero no le dejaría saber cuánto la asustaba. Pocos minutos después, Gunnar volvió con algo metálico entre las manos, era un grillete con una cadena larga. La cogió por la muñeca con fuerza y ella permaneció quieta, pensando que no le daría la satisfacción

de vencerla en una lucha por la fuerza. El vikingo cerró el grillete en torno a su muñeca y ella lo miró incrédula porque, hasta ese momento, no se había sentido tratada realmente como una esclava. El otro extremo de la cadena Gunnar lo enganchó a un aro que colgaba de la pared, por lo que Rosslyn supuso que no era la primera vez que mantenía a alguien encadenado en su habitación, y se le revolvió el estómago de asco solo de pensarlo.

Se quedó de pie, esperando, pero él se sentó en la cama, agotado. Desde allí la observó, admirado por su entereza y sintiéndose como un cerdo por haberla encadenado. Pero lo había hecho movido por el dolor, sabiendo que se había cortado el pelo para hacerle daño. Aunque no le hubiera dicho nada, ella tenía que saber cuánto le gustaba su melena, la noche anterior se lo había demostrado.

— Rosslyn. Acércate, si quieres...— iba a decirle que le soltaría el grillete, pero ella no le dejó seguir hablando

— Señor, prefiero estar encadenada a tener que fornicar contigo otra vez. Por supuesto, si me lo ordenas, obedeceré puesto que soy tu esclava— ella misma no se reconocía. Hasta hace poco, no se le hubiera ocurrido oponer resistencia, pero ahora se sentía capaz de todo. Gunnar, derrotado, se acostó sin contestar.

Ella se tumbó en el suelo y él se dio la vuelta para no escuchar el tintineo de la cadena.

Ninguno de los dos durmió en toda la noche.

Helga vino a llevarla a la cocina siguiendo instrucciones de Gunnar que se había ido unos minutos antes, ella seguía tumbada de cara a la pared sin moverse. Cuando la anciana apareció le extendió la muñeca para que le quitara el grillete, pero ella meneó la cabeza

— Me ha dicho que trabajarás encadenada hasta que le pidas perdón— Rosslyn respiró hondo y decidió que lo consideraría un castigo por haberse

metido en la cama con el vikingo. La mujer, mientras cogía la cadena e iba junto a ella por el pasillo, le susurró:

— ¿No podrías hablar con él? — Rosslyn sentía tanta furia que no quería hablar. Helga insistió.

— Hija, no lo he visto nunca así, cuando lo encontré en el fiordo, estaba destrozado y furioso, pero esto es distinto—se encogió de hombros sin saber cómo explicarlo—no sé lo que os ha pasado, pero no dará su brazo a torcer. Juró que ninguna otra mujer le haría sufrir y está convencido de que te tiene que castigar. Cree que lo que has hecho ha sido por hacerle sufrir y no lo va a consentir.

— ¿Y qué le he hecho Helga? ¿Cortarme el pelo? ¿Temerle porque cambia constantemente de humor? ¿Acaso eso es tan grave? —resopló enfadada—según tú, tengo que ser comprensiva con él, es un buen amo y todo eso. Pero ninguno os dais cuenta de que yo vivía en un convento donde me habían criado las monjas y, aunque es cierto que no eran demasiado cariñosas, hasta que llegué aquí nadie me había hecho daño nunca por maldad.

—Rosslyn, voy a contarte algo que seguramente no sabrás. Cuando encontré a Gunnar en el fiordo, acababa de perder al único hijo que me quedaba por unas fiebres, y ya había enterrado antes a mi marido y a dos hijos más. Esa noche estaba dispuesta a meterme en el agua para reunirme con ellos, pero los dioses hicieron que encontrara a Gunnar, helado de frío y débil por la pérdida de sangre. Lo llevé como pude a mi casa montándolo en mi caballo, y lo cuidé durante días. Y gracias a Gunnar volví a tener ganas de vivir porque desde entonces lo consideré como mi hijo, sentí que se me había concedido otra oportunidad. Puede que lo que ahora es una desdicha para ti, se vuelva una alegría con el tiempo.

— No lo creo, Helga— ya estaban en la cocina y Helga ajustó la cadena alrededor del aro que había junto a la mesa de trabajo.

— ¿Y los animales? —preguntó

— Gunnar quiere que te quedes en la cocina— le acercó algunas verduras para que fuera pelándolas—Rosslyn no dijo nada y comenzó a trabajar. Sabía que era otra forma de castigo porque a ella le gustaba más cuidar de los animales y el huerto, se lo había dicho cuando estuvieron juntos. Pero lo aceptó tranquila porque, cuantas más la castigara, menos posibilidades había de que lo perdonara. Un poco después, Helga le puso delante un cuenco con gachas, pero ella lo apartó.

— Tienes que comer. Ayer no cenaste.

— Tengo el estómago revuelto— la anciana la miró fijamente, porque no parecía enferma.

— Bueno, te haré una infusión si quieres.

— Ahora no Helga, por favor. Si quieres, más tarde.

Pero transcurrió todo el día sin tomar nada y, cuando llegó la noche, era cierto que no tenía hambre. Gunnar esa noche cenaba solo y Asdis volvió del salón temblorosa, trayendo la bandeja llena con los platos que no había servido. Helga la miró extrañada

— Quiere que se lo lleve Rosslyn— la muchacha accedió sin discutir. Para poder llevar la bandeja, Helga le quitó la cadena del grillete y Rosslyn cogió la bandeja y se dirigió al salón.

Gunnar no apartaba los ojos de la entrada del salón, llevaba todo el día esperando para verla. Helga le había intentado convencer varias veces para que cediera, pero no lo iba a hacer, estaba seguro de que ella lo haría. Cuando entró, notó que estaba algo pálida, pero andaba bien y dejó con suavidad el plato y los cubiertos ante él.

— Buenas noches, Rosslyn ¿Cómo estás? —la miraba fijamente, pero ella a él, no.

— Muy bien señor, ¿y tú? — él no podía creer que fuera tan obstinada,

por eso encajó la mandíbula y se dispuso a comer— le dije a Helga que tenías que estar encadenada— ella le enseñó el grillete que aún llevaba en la muñeca.

— No te preocupes, llevo encadenada todo el día en la cocina sin hacer casi nada.

— Harás lo que se te diga esclava

— Por supuesto, señor— cogió la bandeja y se dirigió a la cocina dejando a Gunnar más furioso que antes.

Cuando llegó la hora de dormir, Helga la condujo a la habitación de Gunnar y ajustó su cadena al aro de la pared, igual que Gunnar la noche anterior. Se sentó en el suelo y poco después entro él y se paró frente a ella. Los dedos de sus pies rozaban los de Rosslyn.

— ¿No hay nada que quieras decirme?

— No señor, te repito, que, si me ordenas que vaya a la cama contigo te obedeceré. No soy estúpida, sé que me puedes pegar y hasta matar si es lo que quieres.

— ¿Por qué te empeñas en sacar lo peor de mí? No quiero hacerte daño, pero insistes en tu cabezonería.

—Lo siento, señor, pero creo que es lo que debo hacer.

— Entonces, volverás a dormir en el suelo— ella asintió y se tumbó de cara a la pared intentando evitar el roce del hierro con su piel, aunque era imposible. La muñeca le dolía horriblemente desde hacía horas, pero no había dicho nada porque no quería que la cuidaran, era más fácil mantener las distancias si eran inhumanos con ella, como ahora mismo. Durante la madrugada comenzó a sentir temblores sintiendo que tenía el frío metido en los huesos. Los dientes le castañeteaban con tal fuerza que despertó a Gunnar que se levantó renegando, se acercó a ella e hincó la rodilla en tierra y la sacudió suavemente cogiéndola del hombro.

— Rosslyn, ven a la cama, estás helada— como no respondía, hizo que se diera la vuelta y observó, asustado, su cara enrojecida e hinchada. Además, balbuceaba cosas sin sentido.

— ¡Rosslyn! — sin perder más tiempo, salió corriendo a buscar a Helga.

La anciana susurró una oración cuando la vio, aunque intentó no asustar a Gunnar. Le quitaron el vestido empapado en sudor y cuando vieron las ronchas que tenía por todo el cuerpo, él se insultó a sí mismo al recordar que ella le había dicho que el vestido le molestaba.

— ¿Por eso está así? — Helga dudaba. No le parecía suficiente motivo para que tuviera tanta fiebre, pero, a pesar de que le revisaron el cuerpo no encontraron ninguna herida que se pudiera haber infectado, hasta que se fijó en el grillete que todavía rodeaba su muñeca. Al quitárselo se asustaron, ya que la muñeca estaba recubierta por ampollas que habían empezado a supurar. Helga salió a la cocina lo más deprisa que pudo a por una loción para limpiarla y cuando la trajo, Gunnar le pidió el cuenco con un gesto.

— Yo se lo limpiaré— era culpa suya. Empezó a limpiar la carne sintiendo un fuerte dolor en el pecho. Helga volvió a salir para preparar un ungüento con miel y propóleo, además de una infusión con lo que intentarían matar la infección.

Cuando volvió, Gunnar la dejó trabajar, pero no fue capaz de darle la infusión porque Rosslyn se negaba a tragar. Entonces, él se sentó en la cama y la sentó encima de su regazo, como si fuera una niña, su cabeza estaba derrumbada en el hombro de él y apartaba la cara constantemente para no beber. Pero él demostró una paciencia que no sabía que poseía e insistió hasta el cansancio, hasta que, desesperado, se enfadó y la increpó,

— Déjame dormir Gunnar, eres malvado. Necesito descansar—él sonrió al escucharla y, cucharada a cucharada, acariciando su garganta para

que tragara, consiguió que se tomara toda la medicina. Después, Helga se llevó los cacharros, asombrada.

Pasó la noche en vela ya que ella no paraba de balbucear y de moverse, y repetía sin cesar frases ininteligibles.

— Morirá el chico. Es injusto...el mejor de la casa. Dios se llevará el mejor

Él tenía su mano cogida para que no se sintiera sola, acarició la palma llena de callos que demostraban la dureza de su vida, su dorso, sin embargo, era suave, tal y como debería de ser toda su piel. Miró su cara enrojecida por la fiebre y en ese momento se prometió que, cuando se recuperara, tendría una vida mejor. Era un hombre muy rico y podía comprarle lo que quisiera: ropas bonitas, jabones y perfumes. Besó su mano y, sosteniéndola sobre su pecho, se durmió.

Le despertaron unos golpes en la puerta.

— ¿Padre? —era Mjoll. Se vistió sin ganas de aguantar uno de sus numeritos y abrió la puerta lo justo, porque no quería que viera a Rosslyn.

— Tengo que hablar contigo ¿Puedo pasar?

— Aquí no, vamos al salón— esperó a que se diera la vuelta para salir, y antes de hacerlo echó un vistazo a Rosslyn que dormía tranquila.

Se sentaron junto al fuego, que ya estaba encendido porque las temperaturas ya eran muy frías.

— Padre, quería preguntarse si has hablado con Hakan.

—Todavía no.

—Sé que me dijiste que tuviera paciencia, pero lo quiero desde que era una niña y tengo miedo de que se lo pida a otra—Gunnar no pudo evitar sonreír.

— Hablaré con él, Mjoll— se levantó de la silla para volver a su habitación, pero ella también lo hizo y se interpuso en su camino.

— Padre—se mordió el labio, avergonzada— Rosslyn no me provocó el otro día, cuando la pegué. Estaba enfadada porque creía que iba detrás de Hakan y lo pagué con ella—Gunnar se controló para no abofetear a su propia hija.

— Hakan es un buen hombre, pero esas tonterías no te las va a consentir, lo conozco muy bien y quiere tener una buena mujer, no a una bruja que le dé problemas con todo el mundo, así que tú verás lo que haces. Y otra cosa. No sé si Hakan te querrá por esposa o no, pero si te quedas aquí, no consentiré que vuelvas a tener ninguna falta de cortesía nunca más hacia Rosslyn— Mjoll estaba pálida porque su padre nunca se había molestado en regañarla— ni a nadie más. De ahora en adelante, si no puedes tener cariño hacia nadie, al menos, ten respeto.

Gunnar envió a Gardar en busca de Hakan, con el recado de que viniera cuando le fuera posible y volvió a su habitación, donde le habían dejado una bandeja con comida. Rosslyn seguía muy caliente, lo que lo desesperó, entonces cogió su cuchillo y un trozo de madera que guardaba en su arcón y empezó a estudiarla con ojo crítico, para saber qué es lo que había oculto dentro de ella. Una imagen se sobrepuso sobre las otras, la cabeza de un fiero dragón enseñando los dientes. Entonces, comenzó a esculpir un broche para Rosslyn.

Helga entró después de llamar a la puerta.

— Esa chica te hace bien. Hacía mucho tiempo que no tallabas— él no contestó esperando a que dijera lo que quería realmente— Hakan está esperándote en el salón, con una copa de hidromiel.

Se levantó impaciente para ir al encuentro de su amigo y se sentaron en la mesa donde, a veces, jugaban al ajedrez.

— Hakan, antes que nada, tengo que contarte una decisión que he tomado. No voy a venderte a Rosslyn, la necesito y no puedo hacerlo. Si

tuviera que dejarlo todo para irme con ella, si esa fuera la única manera de estar juntos, lo haría—se había resistido mucho durante las últimas semanas, pero por fin había aceptado lo que sentía.

Hakan lo miraba con la boca abierta.

—¿Puedo hablar con ella?

— No, está enferma, tiene fiebre.

— ¿Se pondrá bien? — a Gunnar le molestaba que se preocupara por ella.

— Sí, no permitiré que muera—en los ojos de Gunnar, Hakan vio que haría lo que fuera por cumplir sus deseos y supo que no tenía nada que hacer.

— Entonces ¿os casaréis?

— Primero tengo que hablar con ella, pero ese es mi deseo.

Hakan se levantó dispuesto a irse, estaba enfadado y dolido, sin poder creer la falsedad que había mostrado Gunnar con él.

— ¡Espera! Hay algo más que quiero decirte. Siéntate, por favor, quiero hablar contigo sobre mi hija Mjoll.

Hakan lo miró extrañado.

— ¿Mjoll?

— Sí, quiere casarse y está encariñada contigo. Y a mí me agradaría mucho esa unión. La dote de mi hija será grande, en parte para compensarte por lo ocurrido con Rosslyn y, también, porque conozco bien el carácter de Mjoll. En cualquier caso, te podrás comprar la tierra que quieras — sonrió— le vendría muy bien irse de aquí, y alejarse de la influencia de su madre.

— Es demasiado joven para casarse.

— Tiene quince años ya, y en muchos aspectos sabe más de la vida que Rosslyn, que por haberse criado en un convento es muy inocente.

— No sé qué contestar. No hemos hablado nunca.

— ¿Te gustaría venir a cenar para que podáis conoceros mejor?

— Sí, pero ahora tengo que volver a la granja, he dejado cosas sin hacer. Si te parece bien, volveré para la cena.

—Avisaré a Mjoll— extendió la mano para saludarlo cogiendo su antebrazo, igual que Hakan— espero que sigamos siendo amigos—Hakan salió sin contestar.

Mjoll acudió a la llamada de su padre y hablaron de pie porque Gunnar estaba impaciente por volver al lado de Rosslyn.

— Esta noche vendrá Hakan a cenar y, aunque todavía no ha aceptado nada, tienes una oportunidad de demostrarle puedes ser una buena esposa— salió hacia su habitación, pero escuchó cómo ella le dijo.

— Gracias, padre.

Rosslyn había sudado tanto que había empapado sus ropas y las de la cama y Gunnar fue a buscar a Helga a la cocina.,

— Lleva ropa de cama limpia a mi habitación y agua con un pan de jabón para lavarla y un paño—se quedó pensativo— ¿dónde guardaste los camisones de mi madre? —antes de que la anciana pudiera contestar, ordenó — lleva alguno también.

Al volver, cerró la puerta y la desnudó, la arropó con las pieles y la lavó cuando Helga trajo lo que le había encargado. La secó y la puso el camión, después aguardó sentado con ella en el regazo, a que terminaran de cambiar la ropa de cama.

Ella despertó cuando la acostaba de nuevo. Estaba desorientada y tenía el cuerpo ardiendo.

— Tengo mucha sed— Helga había dejado una jarra con uno de sus remedios y se lo dieron para beber. Rosslyn pidió a Asdis que la acompañara fuera para hacer sus necesidades, pero Gunnar se negó, y salió de la habitación para que pudiera utilizar tranquila la bacinilla. Cuando entró de nuevo, estaba tumbada boca arriba, aún despierta y las dos mujeres que habían

estado hablando con ella, recogieron de prisa y salieron de la habitación.

Cerró la puerta y se apoyó en ella observándola, la muchacha lo miraba con recelo, aunque se veía que estaba agotada. Se acercó despacio a la cama.

— No tengas miedo Rosslyn. No quiero hacerte daño—ella sonrió débilmente.

— Ya me lo has hecho.

— Lo sé, pero fue porque tú me lo hiciste a mí primero.

— ¿Yo? Yo no te he hecho nada— apartó la cara porque no tenía fuerzas para discutir. Estaba muy cansada—Gunnar se sentó en la cama para estar más cerca de ella.

— La noche que pasamos juntos fue la mejor de toda mi vida. Me desperté más feliz que nunca y tú, sin embargo, me mirabas como si estuvieras viendo a un enemigo ¿Por qué? — preguntó tiernamente,

— Estaba muy confundida y todavía lo estoy. Yo creía que iba a ser monja— se le llenaron los ojos de lágrimas— la madre superiora era la única madre que he conocido, y la echo mucho de menos. Cuando me desperté lo primero que me vino a la cabeza fue lo que pensaría de mí por pasar la noche contigo, entonces empezaste a gritarme y ...— sollozó

— No llores por favor, *min elskede*— limpió sus lágrimas con cuidado — tranquila. Primero tienes que recuperarte y luego hablaremos. Ahora que he descubierto lo que significas para mí, no voy a dejarte escapar. Llegaremos a un acuerdo para que los dos seamos felices ¿De acuerdo? — ella asintió— y, si es tan importante para ti, te llevaré a ver a tu monja. En estas tierras, nos casamos simplemente en una reunión de amigos, declarándolo en público. Así también es como nos divorciamos, pero más adelante, si quieres, podemos casarnos por tu religión.

— ¿De verdad? ¿No te importa?

— Tengo muchos dioses, uno más no me molestará— se encogió de

hombros, sonriente— pero para que llegue todo eso, tienes que recuperarte. La sonrisa de ella lo deslumbró.

— Tengo sueño Gunnar, voy a dormir un poco—enseguida cerró los ojos y se durmió.

— Duerme, *min elskede*—sonreía mientras le retiraba un mechón de pelo de la cara— yo estaré aquí cuando despiertes.

SIETE

La reunión de clanes estaba durando más días de lo que había creído y William estaba impaciente por viajar hacia el norte y rescatar a su hija, todas las noches dormía mal preguntándose cómo estaría. El barco y la tripulación estaban preparados para partir en cualquier momento. Aidan llegó hasta él y lo miró.

— Habla

— El laird Stewart y el laird Gordon han estado bebiendo y se han peleado por el sitio que tienen cada uno en la explanada. Están curándolos ahora mismo y solicitan que vayas para resolver sus diferencias.

— Me tomas el pelo— en ese momento deseó con todas sus fuerzas ser un soldado cualquiera y estar casado con la mujer que amaba.

— No, sus segundos se han presentado ante mí. Están avergonzados, es verdad, pero la petición es real.

— ¿No lo puedes solucionar tú?

— Les he dicho que no atiendes tonterías y que, si seguían así, les quitaríamos el sitio junto al río y después de mis palabras se han ido—había algo más, el laird lo conocía bien, pero a pesar de esperar siempre lo inesperado, se sorprendió por las siguientes palabras que dijo su hombre de confianza— William, necesito ausentarme unas horas— lo miró fijamente.

Aidan era un hombre formidable, medía dos metros y tenía unos brazos enormes, más anchos que las piernas de muchos hombres. Su pelo, color cobre, le rozaba los hombros y sus inteligentes ojos grises devolvían su mirada sin pestañear.

— No la dejes escapar, Aidan.

— No lo haré. En cualquier caso, mañana estaré de vuelta— con gesto serio, se marchó.

Evitó el pueblo, por lo que tuvo que dar un pequeño rodeo hasta meterse en el bosque por el camino que conducía a la cabaña. Había sido de la abuela de Amy mientras vivió allí y se la había regalado a su nieta ante de marcharse. A la anciana le gustaba vivir en el bosque, recogía hierbas con las que hacía ungüentos que vendía en el pueblo y con eso, se mantenía bien. Y si conocía bien a Amy, estaría allí. Estaba seguro de que no querría volver a vivir con su familia.

Dejó a Brutus atado a un árbol y llamó a la puerta y, cuando ella la abrió, lo miró con los ojos entrecerrados.

— ¿Puedo pasar?

— No creo que sea buena idea— él dio un paso hacia ella, lo que la obligó a retroceder si no quería que la aplastara, Aidan cerró la puerta tras él y dejó su espada y su daga sobre una silla. Luego la observó despacio, había pasado mucho tiempo, demasiado, y se acercó a ella necesitando tenerla entre sus brazos otra vez. Desde que la había visto en el castillo, le hormigueaban las manos por la necesidad que tenía de tocarla, pero ella retrocedía sin dejar que se acercara. Aidan se quedó quieto y suspiró, porque ella actuaba como si le tuviera miedo.

— Amy, solo he venido para hablar.

— Vete, por favor Aidan. Lo nuestro se acabó, estuvimos de acuerdo. Y ahora estoy casada—él hizo una mueca despectiva.

— No estás enamorada de él.

— No lo quiero como a ti, es verdad, pero si me traiciona tampoco me hará sufrir como tú.

— Fue un error, Amy. Éramos muy jóvenes y muy orgullosos— sobre

todo tú, pensó.

— Sigo pensando igual que entonces.

— ¿No has madurado lo suficiente para aceptar que todos nos equivocamos? —incrédulo, sacudió la cabeza negando lo que ella había dicho —te pedí perdón mil veces, pero te encantaba echarme en cara lo que había hecho. Esperaba que hubieras cambiado de opinión.

— No puedo perdonarte. Sé que no actúo como una buena cristiana, pero te quería demasiado ¿Sabes cómo me sentí cuando mi prima se rio de mí porque se había acostado contigo a pocos días de la boda? Ella siempre te había perseguido y te avisé muchas veces, pero decías que yo era muy celosa y no me hacías caso ¿Lo recuerdas Aidan?, ¿recuerdas que me tratabas como si fuera una niña que imaginaba cosas? Cuando nos enfadábamos, me llevabas a la cama y, para ti, ya estaba todo solucionado. Pero solo hizo falta que estuviéramos tres días enfadados para que llevaras a otra a tu cama.

— Estaba borracho porque habíamos discutido. Tenía tal borrachera que no fui consciente de lo que hice—todavía no se explicaba lo ocurrido— al día siguiente la encontré a mi lado, pero te juro que no recuerdo nada.

— Si te hubiera querido menos, no me habría dolido tanto, pero fue como si me clavaras una daga en el corazón. Luego, nos reconciamos y no me lo contaste, tuve que enterarme por ella, que disfrutó contándomelo para hacerme daño. Lo hizo porque te quería, debiste casarte con ella.

— ¡No la quiero, ni la he querido nunca Amy! —la cogió por los brazos sacudiéndola con fuerza, mientras gritaba— ¡estoy maldito, porque sólo te he querido a ti! Todos estos años he seguido visitando a tus padres solo para que me hablaran de ti, aguanté sus broncas durante meses y he pensado varias veces en ir a buscarte. Si hubieras vivido en algún sitio fijo, habría ido. Dime qué tengo que hacer para que vuelvas a confiar en mí.

— Nada de lo que hagas ahora, puede borrar lo que hiciste.

— Lo sé, pero ¿no recuerdas cómo éramos juntos? ¿No crees que eso lo compensa todo? ¿Cómo crees que me he sentido yo, todo este tiempo, sabiendo que todas las noches te acostabas con tu marido? Y no estoy hablando solo de sexo, hablo de abrazarte en medio de la noche. No deberías haber cedido ese lugar a nadie ¡Es mío! — se golpeó con la palma de la mano en el pecho varias veces.

— Me acuerdo de todo, Aidan. Y me casé con Bugge porque cuando me fui de aquí, sola, estaba desesperada, y convencida de que te casarías con ella. Al menos, tengo una buena vida—mintió. Vivía tranquila, eso era cierto, pero ella sabía que aquello no era vida.

— Y ¿por qué no ha venido contigo?

— Eso es algo que no te importa, pero Bugge va a pasar el invierno con su familia en el norte y yo prefiero hacerlo aquí.

— Amy, déjame acercarme a ti, por favor— susurró— tú me quieres todavía, lo sé. Al menos, déjame abrazarte— se fue acercando despacio

— No te acerques más. Ya no te quiero— negó sus sentimientos con los ojos cuajados de lágrimas mirando, sin ver, el suelo. Poco a poco, sus enormes brazos la fueron envolviendo hasta que se encontró acurrucada contra su pecho, y sollozó por lo que había sido y que ya no sería.

Levantó la cabeza y lo miró, y Aidan la besó. Fue un beso tierno, como los primeros que se habían dado sientos adolescentes y eso hizo que le llegara más al corazón a Amy. Entonces él, abrumado, apoyó la cabeza sobre el hombro de la mujer y lloró emocionado, y ella lo abrazó poniéndose de puntillas y dejando que se desahogara. Poco después, Aidan levantó la vista con las mejillas húmedas,

— Seguro que no pensabas que era capaz de llorar ¿eh? — sonrió, riéndose de sí mismo— pues te aseguro que, desde que te fuiste, me he dormido muchas noches llorando. A veces creía que me iba a explotar el

corazón, como si no pudiera seguir latiendo sin tenerte cerca. Algunos días te odiaba porque no podía olvidarte— dijo algo avergonzado

—Ven— lo llevó a su dormitorio. No sabía si seguirían juntos o no, pero no iba a negarse por más tiempo lo que más deseaba. Simplemente disfrutaría de ese regalo.

Aidan salió de la cabaña, al día siguiente, muy serio, contrariamente a lo que era de esperar. Lo que había ocurrido esa noche, le había convencido de que no permitiría que Amy volviera con su marido. Pero ella no le había asegurado nada.

Cuando llegó al castillo, William todavía estaba desayunando, por lo que se sentó junto a él,

— ¡Que envidia me das! ¿Tendremos boda, entonces?

— Quiere pensárselo— gruñó—aunque no entiendo qué tiene que pensar— nos queremos, así que no hay más historias.

— Aidan, habéis estado muchos años separados. Entonces erais unos niños y, durante todo este tiempo, ella te ha odiado o eso creía. Tenéis que acostumbraros el uno al otro. Por cierto, ¿te ha explicado cómo ir a la granja del vikingo?

— Sí, me ha hecho un mapa, tomando como referencia el puerto del pueblo más cercano, Bergen— sacó de su tartán una hoja de papel doblada y la abrió para que el laird la viera.

— Está muy bien hecho, hasta ha puesto el nombre de varios vecinos por si tenemos que preguntar

— Me ha dicho que les preguntó el nombre a varios de los que estaban en la fiesta, y que lo apuntó todo. Amy siempre ha sido muy lista.

— La reunión de clanes acaba en dos días y hay que preparar muchas cosas. Pero si quieres pasar los dos días con ella, lo entenderé

— No, iré solo esta noche. Cuando la he dejado me ha pedido que no la

presione e intentaré respetar sus deseos. Me gustaría que viniera con nosotros.

— ¿Por qué no? Nos vendría muy bien, ten en cuenta que ella conoce el idioma. Y si hubiera que pelear la dejaríamos en el barco, que siempre se quedará protegido.

— Lo cierto es que me quedaría más tranquilo si no la perdiera de vista, por lo menos hasta que hayamos solucionado lo nuestro. Amy es muy capaz de volver a desaparecer y que no la vea en otros diez años.

— Díselo, Aidan. Si todo va bien, estaremos de vuelta en una semana como mucho, prepáralo todo para salir en cuatro días. En cuanto al resto del clan, corre la voz de que nos vamos a visitar a los Fraser para negociar la compra de unas vacas— se encogió de hombros.

— De acuerdo. Es una explicación lógica.

Aidan salió dejando a William preguntándose qué sentiría al ver de nuevo a su hija e impaciente por saber si le recordaría a Leonor o a sí mismo.

Snorri había hablado con su padre que le había asegurado que le dejaría el dinero necesario para el viaje a Islandia. Allí estaban regalando tierras a los que se establecieran en el país y podría labrarse un futuro. Sin embargo, si permanecía aquí, siempre sería el tercer hijo de unos granjeros y nunca tendría nada.

No había pensado hasta ahora en tener una mujer y casa propia, pero cuando había escuchado a Hakan que había ahorrado y que quería comprar a Rosslyn, algo se despertó en él, seguro de que terminaría siendo el único de los tres amigos que moriría sin una familia. Por eso, las palabras de Freydis lo afectaron tanto e hicieron que se sintiera como un egoísta.

Si Hakan, el más tímido de los tres, había hecho planes, él no iba a ser menos. Y, a pesar de lo que opinaba Gunnar sobre ella, le gustaba la idea de incluir en sus planes a Freydis. Decidido, montó en el caballo para dirigirse a

la granja de Gunnar.

Rosslyn estaba tomando unas cucharadas de caldo, aunque no tenía hambre. Todavía seguía con fiebre y ya hacía cuatro días que no comía nada, por lo que, además, estaba mareada.

— Por favor Helga, voy a vomitar— la anciana, que estaba parada a su lado, la miró ceñuda, porque había recibido instrucciones de Gunnar de que tenía que comer. A pesar de eso, apartó el caldo al ver que no podía comer más,

— ¿Hay algo que te apetezca? — Rosslyn pareció no haberla oído, pero, pasados unos segundos, abrió los ojos y la miró

— ¿Podría bañarme?

— ¿Estás loca?, ¡bañarte con fiebre!

— Por favor, Helga. Necesito lavarme con agua caliente, yo misma la calentaré. Estoy toda sudada y me pica la piel—se quejó.

— Tú y tu piel—resopló la anciana—te hemos tenido que poner uno de los camiones de la madre de Gunnar, para que no se te pusiera la piel roja. Eres demasiado delicada, niña.

— Por favor—estaba a punto de claudicar cuando se oyó una voz desde la puerta

— ¿Por favor, ¿qué? — Gunnar había vuelto de los campos muy pronto ese día, para ver si Rosslyn estaba mejor. Ella había seguido durmiendo en su cama, pero lo único que ocurría por las noches entre ellos, era que dormían abrazados.

— ¡Quiere bañarse!, pero ya le he dicho que es una locura.

— ¿Por qué? Si es lo que desea...— Rosslyn le sonrió marcándosele dos hoyuelos en las mejillas, y cuando Gunnar los vio, se tuvo que sostener discretamente al marco de la puerta. Estaba seguro de que, si le sonreía así

muchas veces, acortaría su vida.

— Prepara el baño Helga, pero que Gardar traiga los cubos y que los deje ante la puerta, yo los entraré. Y que traiga aquí la bañera, jabón, aceites y toallas. Avivaré el fuego para que no se enfríe— se dirigió al hogar y echó dos troncos grandes de leña para que la habitación estuviera más caliente.

Rosslyn lo seguía con la mirada incrédula, cuando terminó con la chimenea, Gunnar se sentó junto a ella, sobre la cama.

— ¿Te encuentras mejor?

—Sí.

— ¿Has comido?

— Un poco de caldo— el gruñó

—Eso no es nada

— Me daban arcadas.

— Tienes que comer para recuperarte.

— Luego cenaré mejor.

— Ya me encargaré yo de que así sea.

Helga trajo toallas, aceites que Rosslyn nunca había visto y varios jabones olorosos en una bandeja para que eligiera.

— Muchacha ¿quieres que te ayude?

— Puedo sola, no necesito ayuda. Gracias Helga

—Yo lo haré— contestó Gunnar

Rosslyn lo miró sin fuerzas para enfadarse

— Después del baño, te traeré la infusión. Esta noche tienes que comer algo más.

— Comerá— aseguró

Gandar dejó la bañera en la entrada y Gunnar la colocó frente al fuego. Helga la cubrió con una sábana para que el metal no rozara la piel de Rosslyn y esperaron a que se calentara el agua en la cocina.

Cuando la bañera estuvo llena, se produjo un silencio tenso ya que la daba mucha vergüenza desnudarse frente a él. Sabía que era una tontería porque habían estado desnudos en la cama, pero no le parecía lo mismo. Pero Gunnar no era demasiado paciente

— Vamos, que el agua se enfría—le tendió una mano para ayudarla a levantarse y la llevó hasta la bañera. Sabía que estaba avergonzada, pero no dejaría que se bañara sola.

— Voy a quitarte el camisón— se lo sacó despacio por la cabeza y, después de mirar su cuerpo durante un instante, hizo que se metiera en el agua. Ella gimió de placer y Gunnar tuvo que recordarse a sí mismo que no tenía prácticamente experiencia, para evitar meterse con ella en la bañera.

Se arrodilló a su lado, enjabonó un paño y la bañó suavemente. Cuando terminó con el cuerpo, lavó su pelo y lo aclaró. Al ver su cara, relajada, pero aún congestionada, supo que no era bueno para ella seguir en el agua.

— Ponte de pie— ella lo hizo y la ayudó a salir. La envolvió en una toalla, frotándola para secarla y con otra secó su pelo hasta que dejó de gotear. Luego, la ayudó a ponerse otro camisón, como si fuera una niña, y la sentó en la piel de oso que había frente al fuego. Él lo hizo tras ella, abriendo sus piernas para acogerla entre ellas. Y, con un peine que le había dejado Helga, comenzó a desenredarle el pelo.

— ¿Has bañado a muchas mujeres?

— Eres la primera— sonrió— ¿se nota?

— No, ha sido maravilloso. Siempre es estupendo estar limpio, pero nunca había disfrutado tanto con un baño. Tengo sueño— cada vez se apoyaba más en su pecho, de manera que le costaba seguir peinándola. Extendió su pelo para que se secase y dejando el peine en el suelo, la abrazó por la cintura, mientras ella dormía. La besó en la sien y miró el fuego en paz.

Helga llamó a la puerta, haciendo que se sobresaltara.

— Tranquila, no pasa nada— hizo que se acostara en la cama y tocó su cara, pero seguía estando caliente.

— Traigo tu infusión— Helga le dio el cuenco

— Gracias, Helga— se lo tomó entero, y se lo devolvió vacío.

— Gunnar, ha llegado Hakan y todos te esperan en el salón para la cena—él asintió con cara de preocupación.

— Cuida de ella—pero Rosslyn se resistió.

— Estoy bien, iros los dos—Gunnar ya estaba en el pasillo, pero volvió a entrar para señalar a Helga, antes de decir:

— Que cene.

— Sí, ahora le traigo un poco de pollo.

Helga se dio prisa para alcanzar a Gunnar antes de que entrara en el salón, porque había visto su expresión de preocupación. Él se pasó la mano por la nuca como si le doliera, mirando al suelo

— ¿Debería llamar a alguien más para que la vea? En el castillo del rey hay un nuevo médico, un francés. Puedo avisar a Haakon para que me lo envíe.

—Gunnar, no puedes llamar al médico del rey si no es por algo grave. Espera un par de días, a ver si se repone. Estoy segura de que lo hará.

Le extrañó ver a Snorri en el salón hasta que le contó el motivo de su visita, entonces le dio permiso para ver a Freydis. No hizo falta que le contaran como había ido la conversación, ya que volvieron tomados de la mano. Ella parecía una jovencita, ruborizada y sonriente, Gunnar no recordaba haberla visto nunca así.

Se sentaron los cinco a la mesa y la conversación fue muy agradable, y Gunnar vigiló especialmente a Mjoll y Hakan. Mjoll parecía muy animada, pero no sabía si Hakan sentía lo mismo, aunque al final de la noche su amigo estaba más sonriente. Pero habría que esperar algo más de tiempo para saber si formarían una buena pareja.

Cuando volvió a la habitación, Rosslyn dormía tranquila y Helga le confirmó que había cenado bien. Se acostó junto a ella, abrazándola por la cintura, pero ella no se despertó. Gunnar besó su cabeza y suspiró antes de dormirse.

Rosslyn abrió los ojos y enseguida notó que se encontraba mucho mejor, no se sentía acalorada y tenía muchas ganas de levantarse. Después de vestirse, se dirigía a cuidar de los animales cuando Gunnar, a quien había despertado, le preguntó:

— ¿Adónde vas?

— A hacer las tareas, ya estoy bien—él se levantó, ceñudo y se acercó a ella.

— Todavía no.

— Por favor, Gunnar—se mordió el labio preocupada porque no la dejara salir— si estoy más tiempo en la cama, me muero— él accedió después de tocarla la frente y ver que su temperatura era normal.

— De acuerdo, pero solo un rato y nada de hacer esfuerzos. Deja que Gandar haga lo más pesado, al fin y al cabo, él se ha estado ocupando estos días de lo que tú hacías.

— De acuerdo— se ajustó la camisola de la madre de Gunnar que llevaba bajo la ropa. Él había insistido en que se la pusiera, para que la túnica de los esclavos no volviera a hacerle heridas. Cuando llegó a la puerta, lo pensó mejor y volvió junto a él, que estaba ante el espejo porque iba a afeitarse— Gunnar, todos los hombres que he visto por aquí llevan barba ¿Por qué te afeitas todos los días? Él vaciló con la navaja en la mano, porque era una decisión que había tomado cuando era muy joven para no olvidar nunca su cicatriz, quienes la habían provocado y por qué tenía que anteponer su venganza, ante todo.

— ¿Te gustaría que me dejara barba? —la miró y ella se encogió de

hombros, muy seria.

— Me da igual, pero creo que serías más feliz si no vieras esa cicatriz en el espejo todos los días.

— Pero ¿tú que quieres?

—Que intentes ser feliz, la vida es demasiado corta para desperdiciarla estando siempre enfadado— el bajó la navaja y la dejó junto al aguamanil. Rosslyn se acercó a él despacio como si fuera una criatura salvaje a la que no debía asustar y, poniéndose de puntillas, lo cogió por la nuca para que bajara la cabeza y lo besó suavemente en la cicatriz primero y luego en los labios. Después, se fue.

Al pasar por la cocina, Helga le dio la infusión para la fiebre.

— Quiero que la tomes unos días más, has estado muy enferma—

Rosslyn asintió

— ¿Habéis llevado el desayuno a Ari?

— Todavía no, ahora lo iba a hacer.

— Ya lo hago yo. Luego haré mis tareas, hace mucho que no le veo.

—Ha preguntado por ti todos los días. Estaba muy preocupado.

Lo encontró como siempre, jugando al ajedrez y la recibió con una sonrisa.

— ¡Rosslyn! ¡Qué alegría! ¿ya estás bien?

— Si. Al final no era tan grave— él la miró de lado sabiendo que mentía.

Rosslyn esperó a que desayunara pensando que tendría que hablar con Gunnar sobre él, no le parecía bien que siempre estuviera metido en su habitación. Seguramente Gandar o Sigurd podrían llevarlo al salón al por las mañanas y, cuando se cansara, llevarle a la cama de nuevo. Era un muchacho culto y encantador con el que cualquiera querría hablar.

Se despidió retirando la bandeja y prometiéndole que esa noche iría a

jugar al ajedrez. Luego, salió casi corriendo a su huerto.

Le encantaban estar con los animales porque nunca la decepcionaban, y siempre sabía cómo sería comportamiento. Con las personas era distinto, ya que muchas veces no entendía por qué hacían las cosas. Imaginaba que era debido a que apenas había tenido trato con seres humanos, exceptuando sus monjas.

Asdis se acercó a verla un par de horas después y se horrorizó al ver que estaba de rodillas en el huerto.

— Si te ve Gunnar, nos mata— Rosslyn sonrió, cansada y contenta a la vez

— Ya he terminado— se levantó y se tambaleó un momento y Asdis se acercó a ayudarla—no pasa nada, solo que me he levantado demasiado deprisa.

— Vamos a tu habitación, bueno a la de Gunnar—rectificó su amiga algo avergonzada. Asdis no sabía si seguir tratándola como antes, porque todos en la casa se habían dado cuenta de los sentimientos del amo hacia ella.

— No, por favor Asdis, no puedo meterme en la habitación sola sin hacer nada. Además, tengo que lavarme, mira cómo tengo las manos de tierra — caminaron juntas hasta el lavadero, cuando Rosslyn se lavó concienzudamente las manos, ya se le había ocurrido qué hacer—iré a ver a Arin.

— Gandar está aseándolo.

— ¡Por Dios! ¿Sabes si hay libros en la casa?

— ¿Sabes leer? – a la esclava se le salían los ojos de las órbitas. La mayoría de los señores no sabían leer y que un esclavo supiera era inaudito.

— Sí, puedo enseñarte, si quieres.

— ¡Claro! Nadie de mi familia ha aprendido nunca a leer—susurró— pero no sé si nos dejarían. Aquí casi nadie sabe, solo el amo y Ari, creo.

Helga tampoco

— Pues es algo muy importante. No te preocupes, que yo te enseñaré. Tú también me has enseñado tu idioma, aunque siempre me dices que tengo un acento horrible. Entonces ¿me enseñas dónde hay libros? —estaban en el pasillo y Asdis miró a su alrededor asustada

— No estoy segura de que sea buena idea ¿No podrías preguntárselo al amo cuando vuelva?

— Claro ¿Dónde está?

— No lo sé, pero dijo que volvería pronto. Iba vestido como cuando va al pueblo.

— Bueno, entonces me voy a dar un paseo— se sentía inquieta después de tantos días en la cama y no podía cansarse trabajando, como haría habitualmente.

Se decidió por caminar a través de una explanada de hierba, que conducía al bosque. El río que lo cruzaba bajaba caudaloso haciendo mucho ruido, y se sentó cerca de la orilla mirando el agua pasar. Siempre le había tranquilizado ver el agua en movimiento, levantó la vista para ver el cielo que estaba nublado y miró a su derecha para ver las enormes montañas. Todavía se mantenían verdes, pero le habían avisado que eso dejaría de ser así en cualquier momento, ya que se mantenían nevadas la mayor parte del año. A pesar de que se había abrigado con una capa, estaba helada. En su tierra hacía frío, pero aquí hacía mucho más.

Se quedó sentada respirando hondo, con las piernas cruzadas y los ojos cerrados mientras escuchaba el sonido del agua entre las rocas corriendo libre, preguntándose dónde iría, a qué lugar lejano llegaría. Inclino la cabeza hacia un lado porque había escuchado un sonido extraño, entonces se levantó y vio a Gunnar que se dirigía hacia ella en su caballo. Lo esperó con una

sonrisa.

— Rosslyn, hoy hace mucho frío, no deberías estar aquí fuera tú sola. Ven— extendió su mano para que la agarrara— apoya tu pie en el mío para impulsarte y yo te subiré— ella lo intentó, pero era demasiado baja entonces él rio y se agachó— sujétate a mi cuello— así lo hizo y la subió de un impulso poniéndola de lado ante él y Gunnar se echó hacia atrás en la silla. Ella se asustó al ver la altura del caballo.

— Tranquila, no te caerás— volvió a coger las riendas enlazando su cintura a la vez. Se miraron a los ojos y no pudo evitar besarla, y ella le correspondió.

— Vamos, comeremos y luego nos acostaremos. Necesitas descansar— ella se sonrojó y agachó la mirada con una sonrisa tímida.

Pelearon porque Rosslyn insistió en comer en la cocina, pero al final, él cedió. Se sirvió un plato de verduras y se sentó en el taburete mientras Helga movía un guiso en el fuego.

— Qué complicado es todo Helga, ahora quiere que coma con él en el salón.

— Deberías estar contenta.

— Soy realista y veo como me miran Mjoll y Freydis. Y no estaría a gusto comiendo con ellas.

— Con un poco de suerte, las dos se casarán y se irán de la casa

— ¿En serio? ¿Se van a casar las dos?

— Sí. Snorri quiere casarse con Freydis o eso creo y Hakan está hablando con Mjoll a ver si se entienden y parece que la cosa va bien. Gunnar está contento, sobre todo por lo de Mjoll, porque le parecía poco honorable lo que iba a hacer de anular el acuerdo de Hakan. Por eso le gustaría que terminaran juntos, además, Hakan es un buen hombre.

— Las dos tienen mucho carácter, pero Ari es distinto. Es un chico muy

dulce

— Sí, es un milagro que siga entre nosotros. Estuvieron a punto de abandonarlo en el bosque cuando nació ¿Conoces la costumbre? — Rosslyn asintió entristecida. Los niños que nacían débiles se abandonaban en el bosque, para que no padecieran una vida llena de sufrimientos— Gunnar estuvo a punto de hacerlo, lo encontré en la puerta de la calle mirando el bebé. Lo tenía en brazos envuelto en una sábana, Gunnar lloraba, pero creía que era su deber llevarlo al bosque y lo habría hecho. Entonces, lo convencí para que me dejara cuidarlo unos días, para intentar que se hiciera más fuerte. Y lo conseguimos, se fortaleció, aunque nunca llegó a caminar. Es una alegría para todos los que lo tratamos, tiene un gran corazón.

—Su hermana es distinta

— Si, Mjoll está acostumbrada a salirse con la suya. Durante unos años Gunnar pasó muy poco tiempo en la casa, siempre estaba de viaje. Así hizo la mayor parte de su fortuna y Mjoll, mientras, hacía lo que quería, porque su madre nunca le puso freno.

Gunnar apareció de repente con su plato y se sentó junto a ella. Helga lo miraba atónita porque él nunca había comido allí.

— Gunnar, no puedes comer aquí— Rosslyn estaba escandalizada.

— O tú comes en el salón o yo en la cocina— siguió comiendo de su plato tranquilamente— termina pronto— susurró— estás muy cansada ¿no te acuerdas?

— ¡Ah, es verdad! — contestó con una sonrisa y siguió comiendo.

Después de dejar los platos vacíos, Gunnar insistió en ir a la habitación y, cuando entraron, ella vio los dos vestidos encima de la cama.

— ¿Y esto? — él no dijo nada, sólo la miraba.

Rosslyn se acercó para tocarlos. Eran de lana, suaves y abrigados, como los que llevaban las señoras en estas tierras, con un corpiño que se ajustaba en

el pecho y la falda caía hasta los pies. Uno era rojo y el otro verde.

— He ido al pueblo a comprarlos, pero otro día iremos juntos para comprarte lo que necesites. Ella se lanzó a sus brazos emocionada porque nunca había tenido vestidos como esos y Gunnar la abrazó con fuerza, como si no quisiera dejarla escapar. Era feliz y, aunque le daba un poco de miedo que toda su felicidad dependiera de la mujer que tenía entre los brazos, no dejaría pasar esa oportunidad. La besó posesivo y la llevó hasta la cama, decidido a demostrarle lo que sentía por ella.

Esa noche, sus vidas cambiaron para siempre.

OCHO

Llegaron a Kirkcaldy, acompañados por cuatro hombres de confianza de William, donde habían conseguido un barco con tripulación por un precio razonable y embarcaron nada más llegar porque el capitán estaba avisado. La travesía fue dura porque ya era invierno y el mar estaba picado. Al menos, llovió poco, ya que en el barco no había sitio donde guarecerse.

Amy miraba hacia el horizonte y solo veía gris, lo mismo que ocurría en su vida. Aún no le había dicho nada a Aidan, pero estaba pensando marcharse sola durante un tiempo, a pesar de que estaba cansada de viajar de un lado a otro y de estar sola. Solo Aidan conseguía que no se sintiera así, pero sabía que lo suyo no podía ser. No confiaba en él, hacía tiempo que lo había perdonado y lo quería más que nunca, pero tenía miedo de lo que sería de ella si volviera a fallarla. Él le había jurado mil veces que no pasaría otra vez, pero no podía arriesgarse. Otra vez no.

— Amy— se había acercado sin hacer ruido a ella y le pasó un pellejo con vino, para que entrara en calor— ¿qué te pasa? Te juro que me das miedo, desde que salimos de casa has decidido algo. Dime àlainn, ¿vas a romperme el corazón de nuevo?

— Aidan, prefiero que hablemos en otro momento, todavía no sé lo que haré.

— ¿Estás pensando en volver con tu marido? – susurró y por un momento pareció que le faltaba la respiración.

— No. Tenías razón, no lo quiero.

— Pero tampoco volverás conmigo— lo miró sin saber qué decir y llorando— no llores, amor mío. Te he presionado demasiado. Escucha, esperaremos un tiempo antes de volver a hablar sobre esto ¿De acuerdo? — ella asintió mirando el mar, mientras él mantenía sus manos enlazadas.

Tres días después llegaron al muelle de Bryggen, en Berger. Los escoceses miraron a su alrededor atónitos, observando la naturaleza que rodeaba a la ciudad.

Bergen había nacido rodeada por siete montañas y se decía que en ellas vivían los trolls. Estaba repleta de estrechos fiordos que cortaban las altas montañas, de cascadas que descendían por ellas y de glaciares que nunca se derretían. Era tierra de focas y águilas, y en los fiordos profundos, de ballenas y peces. Un paraíso para los escandinavos y también para los escoceses.

En cuanto dejaron el barco, se dirigieron a una posada cercana para preguntar dónde podían alquilar unos caballos y no tuvieron problemas en conseguirlos porque la ciudad estaba bien provista de todo lo que pudieran necesitar. Afortunadamente, llevaban sus capas y tartanes, avisados por Amy de que allí hacía mucho más frío que en su tierra. Poco después, antes de amanecer, los siete caballos se encaminaban a la granja de Gunnar.

Rosslyn se sentía completamente recuperada y feliz. Gunnar y ella habían retozado en la cama un rato, antes de que ella consiguiera levantarse para asearse. Ahora, él la miraba tumbado boca arriba con un brazo bajo la cabeza, ya le había crecido la barba y, aunque todavía no era muy larga, ya no se veía la cicatriz. A los ojos de Rosslyn estaba muy atractivo y relajado.

La noche anterior había conseguido que cenara con él en el salón, pero ella le había pedido que invitara a Snorri y a Hakan para que Mjoll y Freydis no estuvieran pendientes de ella. Y todo había resultado bien excepto que, y esto no se lo había comentado a Gunnar, Hakan no había dejado de mirarla,

aunque lo había hecho con discreción. No le había parecido que fuera demasiado feliz con Mjoll, pero el hombre había aceptado la unión.

Pasó por la cocina para tomar la infusión que le preparaba Helga por la mañana. Desde su enfermedad, se había acostumbrado a tomarla a primera hora antes de ir a ordeñar y un rato después, desayunaba.

Pero, antes de que pudiera desayunar, estaba vomitando en el huerto. No le había dado tiempo a llegar a la casa. Se encontraba muy enferma y siguió vomitando a pesar de que no tenía nada en el estómago, hasta que le dolió la garganta por el esfuerzo. Se retorció tumbada sobre la tierra llorando por el dolor que sentía en el vientre y se abrazó a sí misma intentando calmarse. Respiró hondo para avisar, pero ni siquiera podía gritar pidiendo ayuda. Sólo podía resistir hasta que apareciera alguien.

Asdis la echó de menos porque solían desayunar juntas. Volviendo de fregar las habitaciones, preguntó a la anciana por ella y Helga confesó que no sabía cuánto hacía que se había ido. Entonces, Asdis salió a buscarla.

La vio tirada en el suelo y corrió hacia ella. Estaba pálida y a la vez sudaba mucho. Parecía muy enferma.

— Rosslyn— sollozó

— No llores, shhhhhh— la calmó como pudo, calló un momento porque volvía el dolor, y volvió a hablar cuando pasó el espasmo— llama a Gunnar dile que no puedo andar. Tengo mucho dolor Asdis, date prisa.

Asdis corrió como nunca hacia la cocina para avisar a Helga y luego hacia el establo para avisar a Gunnar, que estaba cepillando su caballo porque acababa de volver de montar. Se puso pálido al verla y corrió hacia el huerto antes de que ella terminara de explicarle lo que pasaba.

Helga estaba con ella intentando averiguar qué le pasaba, Gunnar la apartó para cogerla en brazos y la miró apretando con fuerza la mandíbula. La tumbaron en la cama boca arriba, pero ella se giró de costado, apretándose el

vientre.

— Gunnar, no puedo soportar el dolor— él se arrodilló a su lado echándole hacia atrás el pelo que le tapaba la cara.

— ¿Cuánto tiempo llevas así?

— No lo sé. Creo que en algún momento he perdido el sentido, pero al poco rato de salir de la cocina empezaron las arcadas y los dolores y ya no pude levantarme — un fuerte calambre la hizo gemir y sujetarse fuertemente el vientre. Gunnar dejó su sitio a Helga

— Rosslyn, dime qué sientes, además del dolor en la tripa.

— Me quema mucho la lengua, como si me ardiera y me duele la cabeza — la anciana miró a Gunnar y él se levantó y salieron juntos de la habitación, dejando Asdis con Rosslyn. — Esto no es una enfermedad normal Gunnar. Estaba bien esta mañana y ayer también y, de repente, esto.

Él la miró sin comprender.

— ¿Qué piensas? ¿Puede ser cómo lo que le pasó con el grillete?

— No, esto es algo interno, quizás algo que haya comido... no lo sé. Voy a darle láudano para el dolor, aunque no me gusta demasiado, y una infusión de menta y manzanilla para asentar y limpiar el estómago. De momento que tome solo eso, y ya veremos. Y tendremos que turnarnos para estar con ella—se llevó la mano a la cabeza en un gesto de frustración—hay algo extraño en todo esto, sus síntomas me son familiares, pero no consigo recordar por qué.

Escucharon la voz de Gandar que avisaba de que había visitantes y Gunnar corrió hacia la entrada, allí vio a siete escoceses sobre sus monturas y salió para hablar con ellos. Por su ropa dedujo que eran escoceses y, entre ellos, reconoció a la mujer que tocó el arpa el día de su fiesta y que estuvo hablando con Rosslyn.

— Buenos días— se dirigió a ella porque sabía que hablaba su idioma

— Buenos días Gunnar— Amy estaba nerviosa ya que veía muy tenso a William y optó por bajar del caballo, lo que provocó que, con un gruñido, bajara Aidan tras ella. Se acercó al dueño de la casa intentando evitar cualquier derramamiento de sangre— Este es William Douglas—lo señaló— laird de nuestro clan. El padre de Rosslyn— Gunnar se sobresaltó, aunque Rosslyn le había hablado de su padre. Le había dicho que era el laird de un clan y que se lo había confesado a Amy, pero no imaginaba que vendría a buscarla— y quiere ver a su hija ¿Sigue Rosslyn aquí? — dio un codazo a Aidan para que se apartara un poco, estaba tan pegado a ella que estaba incómoda.

— Sí, pero está enferma, en la cama. No sabemos qué le pasa ¿Alguno sois médico o curandero? —Amy traducía a sus compañeros lo que le dijo, hasta que Gunnar confesó,

— Conozco vuestro idioma, podemos hablar en gaélico, si lo preferís —Amy asintió pensando que sería mejor para todos que William entendiera lo que decían y se ofreció a ayudar

— Mi abuela era curandera en el clan y yo la ayudaba — Gunnar al escucharla, se volvió para entrar en la casa

— Ven conmigo—miró a William antes de decir— sois todos bienvenidos. Entrad en mi casa, por favor— ordenó a Gandar que se encargara de los caballos y se encaminó hacia el salón donde les dijo que se pusieran cómodos. Luego, se acercó a William, seguido por Amy

— Soy Gunnar Amundsen— ofreció su antebrazo como era costumbre en su tierra y William aceptó su saludo, porque había notado la preocupación que ese hombre sentía por su hija.

— William Douglas.

— Antes que nada, me gustaría que vuestra mujer—señaló a Amy— viera a Rosslyn, luego te acompañaré a que la veas.

— De acuerdo. Esperaremos aquí.

— Os traerán algo de beber y de comer.

Amy lo siguió por el pasillo después de quitarse la capa y entró en la habitación mientras él hablaba con una chica que estaba dentro, acompañando a la enferma.

— Asdis, lleva bebida y comida a mis invitados— la chica inclinó la cabeza y salió sin contestar.

Helga, que también estaba con Rosslyn, se apartó al ver que Gunnar y la escocesa se acercaban a la cama.

— Rosslyn mi amor ¿Estás mejor? — ella abrió los ojos y le tendió la mano y él se la cogió llevándosela a los labios para darle un beso en el dorso. Amy no podía estar más asombrada por lo que estaba viendo.

Helga se acercó a ella.

— ¿Eres curandera?

— Mi abuela me enseñó algo sobre enfermedades y cómo curar con las hierbas ¿Podrías decirme cómo se ha manifestado la enfermedad?

— Ha tenido muchos vómitos, un dolor muy fuerte en el estómago y ardor en la lengua.

— ¿En la lengua? — Amy miró a la anciana fijamente, sorprendida.

— Sí, a mí también me pareció extraño. ¡Ah!, también tiene dolor de cabeza.

— Entiendo, y ¿a ti qué te parece?

— Todavía no sé qué pensar. Le he dado un poco de láudano y una infusión de menta y manzanilla.

— Una buena decisión, hasta que sepamos qué ocurre—se quedó pensativa mirando la cara de Rosslyn que había vuelto a cerrar los ojos, cansada—parece que es algo que ha comido...

— Sí—susurró la siguiente pregunta, para no alarmar a la enferma.

—¿Has pensado en la posibilidad de que haya sido envenenada?

— Sí, pero aquí todos comemos de la misma comida y no hay nadie que sepa de hierbas, excepto yo. Y te aseguro que yo no he sido— Amy asintió reservándose su opinión y se acercó de nuevo a la cama. Gunnar le pidió que se acercara

— Rosslyn mira, Amy ha venido a verte— la enferma sonrió y Amy se inclinó y le dio un beso en la mejilla notando un leve olor a cítrico...frunció el ceño al notarlo e, inconscientemente, empezó a recordar las enseñanzas de su abuela.

— ¿Cómo te encuentras?

— Estoy mejor Amy. Me ha dicho Gunnar que has venido con mi padre —a pesar de estar tan débil, estaba emocionada— ¡Quiero conocerle, por favor, traédmelo! Dile que siento mucho no poder levantarme.

— No te preocupes, William vendrá a verte ahora mismo. Voy a por él.

Poco después, William entraba en la habitación y Amy y Helga salieron de la habitación. William se sentó en la silla que había al lado de la cama, ocultando su angustia por ver a su hija tan enferma.

— ¿Cómo estás, Rosslyn?

— Mejor, no sé qué me pasa, pero el láudano que me ha dado Helga ha hecho efecto y ahora no tengo dolores— William no sabía qué decir. Intentaba asimilar el hecho de que, esa joven que tenía sus mismos ojos, y su pelo, era su hija. Las manos, la nariz y la boca eran como las de su madre y hablaba con la misma dulzura que Leonor. ¡Cómo le gustaría a ella conocerla!

— Hija, hay muchas cosas que tengo que explicarte. Primero, que tu madre y yo siempre hemos pensado, antes que nada, en tu seguridad. Y, segundo, y no menos importante, que tu verdadera madre no es Isgerdur. Te traigo una carta de ella que estoy seguro de que te lo explicará todo mejor que yo, pero yo estaré aquí para contestar todas las dudas que te queden después

de leerla— entonces, le entregó la carta de Leonor.

Querida Rosslyn:

No tengo mucho tiempo para escribir esta carta, a pesar de que es una de las más importantes que firmaré en mi vida. Espero que sepas leer y escribir, algo no muy frecuente en nuestros días y menos en las mujeres. Sé que te has criado en un convento y con algo de suerte las hermanas te habrán educado bien.

Me han dicho que tienes los ojos de tu padre. Me alegro, ya que siempre he pensado que son maravillosos, aunque espero que también hayas sacado algo de mí. Sentí una gran indignación y dolor al enterarme de que un hombre te había convertido en su esclava. No conozco tu situación ahora mismo, pero sé que tu padre, William, no consentirá que permanezcas en ese lugar si eres desdichada. Es un buen hombre, el mejor, al que más he amado en mi vida, pero como seguramente habrás imaginado, no estamos casados.

Por mi parte, tienes nueve hermanos vivos: María y Alix (hijos también del rey de Francia), y otros siete (cuyo padre es Enrique II, rey de Inglaterra): Enrique, Matilde, Ricardo, Godofredo, Leonor, Juana y Juan.

Si alguna vez necesitas algo de mí, ya que por desgracia yo no gozo de libertad, tendrás que dirigirte a tu hermano Ricardo, también conocido como Corazón de León. Es un gran hombre, fiel, amante de su familia, y muy cariñoso. Todavía no sabe de tu existencia, pero se lo comunicaré lo antes posible, por si lo necesitas. Sé que, si no vienes a Inglaterra, te hará una visita pronto. Lo conozco bien, es el más parecido a mí.

William te contará las circunstancias por las que no puedo ir a buscarte yo misma. Todos los días he rezado por ti esperando que haberte entregado a tu padre cuando acababas de nacer, fuera lo mejor para tu futuro.

Te quiero hija y no sabes cuánto. Espero que lo averigües cuando tengas un hijo de un hombre al que adores.

Quiere mucho, Rosslyn. Entrégate, pero no te olvides de ti misma. Y recuerda siempre que, aunque no tenemos la misma fuerza física que los hombres, a menudo tenemos mejor cabeza.

Con esta carta te envío todos los besos que te debo por todos estos años. Recógelos y guárdalos en tu corazón. Rezaré para poder verte antes de morir y poder abrazarte al menos una vez.

Dios te guarde y te proteja,

Con amor, tu madre,

Leonor de Aquitania, Reina consorte de Inglaterra

Duquesa de Aquitania y Guyena y Condesa de Gascuña

Cuando terminó la carta, Rosslyn lloraba emocionada y su padre la observaba con los ojos húmedos. Gunnar se acercó con dos pañuelos que había sacado del arcón para entregarles uno a cada uno y cuando se secaron las lágrimas, Rosslyn lo observó.

— ¿Es cierto? ¿Tengo tus ojos?

— Ya sé que es muy pronto, pero cuando te sientas cómoda, me gustaría que me llamas padre— ella enrojeció, aunque en su mirada pudo ver que la idea le agradaba— sí, aunque tengo más hijos eres la que más te pareces a mí. No he leído la carta que te ha escrito tu madre, ¿te ha contado por qué te llevé al convento?

— En realidad me dijo que tú lo aclararías...

Gunnar salió en busca de la muchacha escocesa. Estaba muy preocupado por el aspecto de Rosslyn, y no le había pasado desapercibida la forma en que la extranjera había preguntado a Helga por la repentina enfermedad de la

muchacha. Pero no las encontró, ni a ella ni a Helga en la casa, por lo que salió al huerto y allí estaban, junto a las vacas, hablando en susurros. Se acercó a ellas con rapidez,

— Helga, ¿habéis averiguado algo? —la anciana echó una última mirada a Amy antes de explicar lo que sabían.

— Al parecer hay una hierba que, ingiriéndola, puede causar los síntomas que ha tenido Rosslyn esta mañana, pero no sé a qué planta se refiere. Por el nombre que ella utiliza, no la conozco.

— ¿Cómo se llama?

— Matalobos de flor azul o Casco de júpiter— contestó Amy

Helga meneaba la cabeza confundida, porque nunca había escuchado esos nombres.

— Hemos estado mirando por el huerto, pero aquí no crece ¿Tenéis un río cerca? — Amy conocía bien la planta, pero le extrañaba que alguien la pudiera tomar involuntariamente. Gunnar asintió,

— Sí, de allí traemos el agua. Vamos—cogieron sus capas y salieron.

Estaba cayendo una ligera nevada y quedaban solo unas dos horas para que volviera a hacerse de noche. Cuando llegaron a la ribera del río, Amy les explicó lo que debían buscar.

— Es un arbusto grande y las flores son abombadas y de un color un azul intenso. Por lo menos así es como crecen en mi tierra—comenzaron a buscar, cada uno por una zona.

Amy encontró la planta antes que nadie y gritó para avisarlos. En segundos, Gunnar estuvo a su lado observando las flores azulonas y, poco después llegó Helga jadeando. Cuando la anciana vio el arbusto, un escalofrío recorrió su cuerpo,

— ¡Eso es “Hábito del diablo”, ¡es muy venenosa! — Helga estaba muy

asustada— es la planta más peligrosa que existe y no creo que exista un antídoto— Gunnar se puso pálido al escucharla, pero Amy intentó tranquilizarlos.

— No existe antídoto como tal, solo podemos hacer que su cuerpo se limpie. Hay que preparar infusiones diuréticas y que las beba para que elimine el veneno por la orina. Es una planta que actúa de manera lenta, así que todavía está en peligro, pero creo que, si la dosis hubiera sido mortal, ya habría muerto. Tenemos que conseguir que expulse el veneno lo antes posible — los tres corrieron hacia la cocina y, una vez allí, Gunnar habló con ellas,

— Escuchad, de ahora en adelante, y mientras averiguamos qué ha ocurrido exactamente, los remedios los prepararéis las dos a la vez ¿de acuerdo? — ellas asintieron comenzando a decidir qué hierbas poner exactamente en la infusión.

— Bardana, sauco y diente de león— repitió Helga, esa fue la combinación de hierbas que eligieron para la limpieza. Minutos después, llevaron el cuenco a Rosslyn que volvía a estar muy dolorida, Helga le dio la infusión y, luego, un poco de láudano.

— No me des demasiado láudano Helga, no me quiero dormir. Tengo muchas cosas que hablar con mi padre—la anciana asintió, pero no pudo sonreír. William estaba sentado junto a su hija y levantó la mirada hacia Gunnar.

— Creo que deberíamos hablar— el vikingo asintió y le hizo un gesto para que lo siguiera

Lo llevó a la habitación donde solía hacer las cuentas y se sentaron uno frente al otro.

— Venía decidido a llevármela, pero antes iba a matarte por haberte atrevido a secuestrarla—suspiró, furioso—ahora tengo que reconocer, que me he encontrado una situación que no esperaba.

— Ya. Pues debes saber que solo hubieras podido llevártela si me hubieras matado.

— Eso no es un problema para mí.

— Ya me lo imagino ¿Qué situación es esa de la que hablas?

— Estás enamorado de mi hija. A pesar de que la convertiste en tu esclava por venganza, ahora la quieres—lo miró fijamente—hay algo que debo confesarte. La madre de Rosslyn no es la mujer de la que querías vengarte, Isgerdur

Gunnar dejó de respirar.

— No. Su madre, y espero que seas discreto con esto, es Leonor de Aquitania, la mujer del rey de Inglaterra.

— Sé quién es Leonor de Aquitania, he viajado bastante por vuestra isla.

— Imagina lo peligroso que sería para ella vivir en la corte o en mi castillo. Tengo una mujer que es como una serpiente de cascabel, ni siquiera nos hablamos desde hace años, pero ese es otro tema. Por eso la llevé a ese convento perdido en aquella isla. Estuve meses buscando un sitio así, y la isla de Iona era perfecta. Está totalmente despoblada, excepto por la abadía y el convento. Dime, ¿cómo supiste que estaba allí?

— Estuve pagando durante años por cualquier información sobre Isgerdur y al final, uno de los espías que tenía en tu castillo, me contó lo de su hija.

— Sí, fue un error, pero lo hice para mantenerla a salvo. Isgerdur murió hace mucho, pero lo oculté diciendo que se había ido llevándose a la niña y entonces hice que llevaran a Rosslyn al convento. Y he venido a tu casa con la intención de volver a llevarla a algún lugar seguro.

— No te la llevarás—a Gunnar le encantaría echar a ese escocés de su casa, pero era el padre de Rosslyn y aguantaría lo que fuera.

— Déjame terminar, Gunnar— le gustaba ese vikingo, era tan testarudo como cualquier buen escocés.

— Si ella es feliz, que es lo único que su madre y yo queremos, dejaré que se quede en tu casa... siempre y cuando os caséis. Por supuesto, mi hija aportará una buena dote al matrimonio, su madre y yo queremos que tenga su propio dinero.

— No me importa la dote. Y ya había pensado casarme con ella.

— Bien, ya hablaremos de eso. Ahora cuéntame cómo es posible que a mi hija la estén envenenando en tu propia casa.

Lo habían descubierto todo y ahora ella se recuperaría. Dio vueltas por la habitación pensando cómo podría suministrarle una dosis mayor del veneno, porque estaba claro que se había quedado corta. Pero no dejaría que la esclava se saliera con la suya, sonrió y fue a recoger más flores azules.

Rossllyn siempre estaba acompañada por alguien, normalmente por Gunnar, aunque dejaba que, de vez en cuando, su padre se quedara unas horas con ella. Al día siguiente, Amy y Helga creían que había eliminado casi todo el veneno de su organismo, entonces, Gunnar pudo dedicar todas sus energías en descubrir quién había intentado asesinarla.

En la casa no entraban desconocidos, exceptuando durante la fiesta de semanas antes, pero el envenenamiento se había producido el día anterior. Gunnar le explicó a William la situación de Freydis, que era la que le parecía más probable como asesina, y la mandó llamar.

— Quizás sea mejor que hable con ella a solas—no sabía cómo reaccionaría con la presencia de William, pero el padre de Rossllyn se resistía a ser apartado.

— No, es mi hija y quiero estar presente.

— Está bien.

Freydis se presentó ante ellos, extrañada porque la mandaran llamar. Desde hacía días, su hija y ella no salían de sus habitaciones más que para las comidas o cuando venían a visitarlas sus pretendientes. Las dos estaban deseando irse de la casa.

— Freydis, te presento al laird Douglas, de Escocia. Es el padre de Rosslyn— esperaba que tuviera cuidado con lo que iba a decir de la muchacha, aunque conocía la lengua de la mujer. Freydis irguió la barbilla con altivez— ¿Sabes que Rosslyn ha estado muy enferma?

— Si, ayer me lo contó la tonta de Asdis cuando le pregunté por qué lloraba. Esa chica es idiota.

—Es casi seguro que la han envenenado— Freydis los miró con los ojos como platos, primero a uno y luego a otro.

— Y ¿sabéis con qué la han envenenado? — al escuchar cómo le temblaba la voz, Gunnar frunció el entrecejo.

— Si, con una hierba que tiene flores azules. Crece junto al río.

— ¿Hábito del diablo? — preguntó, temerosa. Los dos hombres se miraron entre ellos y volvieron a mirar a la mujer, que temblaba visiblemente.

— Freydis dinos lo que sepas. Si no lo haces, dejaré que te castigue su padre.

— Mi madre envenenó a mi padre con esa planta, cuando se enteró de que la engañaba. Ella me explicó cómo eran para que no las comiera por error.

— ¿La has envenenado tú?

—No, pero— abrió los ojos asustada y salió corriendo—
¡Ariiiiiiiiiiiiiiiiiiii!

Corrieron hacia la habitación del chico que leían tranquilamente sentado en su cama. En la mesita que tenía al lado, reposaba una infusión aún humeante.

— Ari ¿has probado la infusión? —su madre se acercó a la bebida,

asustada.

— No, Freydis—nunca había querido que la llamara madre— ella cogió el tazón para tirar el líquido, pero Gunnar la sujetó para que no lo hiciera.

— ¿Quién te ha traído la infusión, Ari?

— Freydis, me dijo que se la había llevado Mjoll, pero que a ella no le apetecía. Ahora viene de vez en cuando a verme.

Gunnar bajó la cabeza apretando los puños, pero, enseguida, miró a Freydis. Ella confesó con la voz ronca.

— Me la ha traído Mjoll esta mañana, pero no tenía ganas de tomarla y se la traje a Ari—miró melancólicamente a su hijo— sé que le gustan mucho las infusiones.

— ¿Esa es tu hija? — preguntó William y, cuando Gunnar asintió, le puso la mano en el hombro entendiendo cómo se sentiría.

— Si quieres, yo puedo hablar con ella...

— No, quiero hacerlo yo—miró a Freydis, después de coger el cuenco con la infusión— No salgas de aquí— ella se tapaba la boca con la mano. No era una gran madre, pero era su hija.

La habitación de Mjoll estaba al lado y, antes de entrar, Gunnar respiró hondo. La chica, más joven de lo que pensaba William, se extrañó mucho de verlos allí.

— Hola, padre— se levantó de la cama donde pasaba las horas sin hacer nada.

— Hola Mjoll, te traigo una infusión— ella retrocedió al ver el cuenco — es la que le has llevado a tu madre, pero ella no la quiere.

La muchacha siguió retrocediendo hasta la pared.

— ¡No! ¡Padre, yo tampoco la quiero! — su frente se llenó de gotas de sudor.

— ¡Bébetela!

— ¡No lo haré, castígame si quieres! —gritó— ¡cualquier cosa que me hagas será mejor que tomar ese veneno! — Gunnar miraba angustiada a su hija.

—¿Por qué envenenaste a Rosslyn? Ella nunca te ha hecho daño.

— ¡La odio! Hakan en realidad no quiere casarse conmigo, está enamorado de ella ¡Me lo dijo la otra noche! — escupía su odio con la cara desfigurada por la rabia y Gunnar solo sentía pena y vergüenza.

— A pesar de eso, se hubiera casado contigo y habríais sido felices.

— ¡Nunca me hubiese querido, lo sé! Todo por una asquerosa esclava— se fue escurriendo por la pared hasta quedar sentada en el suelo, con las piernas encogidas y llorando su rabia con la cabeza apoyada en sus rodillas. Gunnar seguía sin poder creerse que aquella muchacha enferma de odio y maldad tuviera algo que ver con él,

— Reniego de ti, ya no eres ya mi hija. Y por el cariño que tengo a tu hermano, que es un alma noble y te quiere, no te mato yo mismo con mi espada. Pero lo que haga contigo William, el padre de Rosslyn, es asunto suyo y no se lo recriminaré—entonces se volvió hacia él y le dijo— decide tú lo que quieres hacer con ella.

— Si no te importa, quiero hablar con mi hija. Si por mi fuera, solucionaríamos este problema ahora mismo, pero prefiero que ella decida.

Fueron a hablar con ella y la muchacha agachó la cabeza moviéndola con tristeza.

— Es triste que todo lo haya hecho porque quiere a Hakan, pero no entiendo por qué intentó matar a su madre—Gunnar sí lo sabía.

— Freydis fue la que le explicó cómo su propia madre había envenenado a su padre con esa planta y, en cuanto se enterara de que era lo que habían utilizado para envenenar a Rosslyn, sabría que había sido Mjoll— William, que veía la tristeza en la cara de su hija, decidió hablar con ella.

— Hija, hay que castigarla. Si esto hubiera ocurrido en el clan, haría que muriera envenenada con la misma planta.

— No, padre. Sé que no es buena y seguramente no lo será nunca, pero tienes que intentar que se case con Hakan— se dirigía a Gunnar al que cogió de la mano, pero él se negó.

— No, es mi hija y estoy de acuerdo en que no muera, pero tiene que tener un castigo severo y no quiero volver a verla.

— Gunnar, por favor, yo soy la que más ha sufrido por lo que ha hecho y no deseo que empecemos nuestra vida juntos con ese peso encima ¿No lo harías por mí? — Gunnar sabía cuándo estaba vencido, así que aceptó y la besó en la frente por deferencia a su padre, pero este no estaba de acuerdo.

— Yo no soy tu futuro marido, que es tan complaciente...— William estaba indignado al ver cómo manejaba a un hombre mucho mayor que ella. No se podía negar que era hija de Leonor.

— Padre, no podré ser feliz pensando que, por mi culpa, esa chica ha muerto. Que se vaya con Hakan y que no vuelva por aquí, Islandia está muy lejos de aquí ¿no? — Gunnar miró a William irónicamente, deseando saber qué decía ahora.

— Está bien hija, ya me he dado cuenta de que has salido a tu madre. Manejas a los hombres con gran facilidad— ella le sonrió mostrando los mismos hoyuelos que Leonor, y William agradeció que ya estuviera comprometida porque no quería pensar en la cantidad de problemas que tendría con los hombres de su clan, si su hija viviera en su castillo estando soltera.

Freydis y Mjoll abandonaron la granja al día siguiente, con sus parejas y sin despedirse. Gunnar explicó a Hakan lo ocurrido por si quería cambiar de opinión, pero su amigo, a pesar de todo, prometió casarse con ella. Snorri se despidió con un gran abrazo de Gunnar antes de montar sabiendo que era muy

difícil que se volvieran a ver, como había dicho Rosslyn Islandia estaba muy lejos, y más si una de las partes no tenía ganas de ver a la otra.

— Adiós amigo, espero que seas feliz. Te lo mereces— susurró en su oído antes de montar.

Gunnar observó cómo desaparecían por el horizonte sintiéndose triste y a la vez esperanzado. Triste porque desaparecían de su vida y esperanzado porque empezaba una nueva.

Al día siguiente, se casaron en presencia de los escoceses y de sus vecinos más cercanos. La boda solo consistió, para asombro de Rosslyn, en la declaración, por parte de la pareja ante los testigos, de que se consideraban casados. La celebración fue bulliciosa con mucha música gracias a Amy, y baile. Ari, que estaba sentado entre su padre y Aidan, casi no comía mirando a su alrededor, poco acostumbrado a estar con tanta gente. Contrariamente a lo que era habitual en él, estaba muy callado, aunque tenía una sonrisa permanente en los labios.

— Hay que buscar la manera de que pase parte del día con nosotros. Mira qué feliz está— Rosslyn miró a Gunnar, que estaba de acuerdo sin explicarse cómo no lo había pensado antes.

—Fabricaré una silla de madera especial para él, para que lo podamos mover de un sitio a otro y en la que esté cómodo.

— ¡Qué bien Gunnar! —lo abrazó por el cuello con fuerza— No es bueno que esté siempre encerrado. Es muy joven y tiene que disfrutar— Gunnar la miraba asombrado porque hubiera cambiado tanto su vida en tan poco tiempo.

Los recién casados se quedaron con los invitados hasta que amaneció, ya que los escoceses partían al día siguiente hacia su tierra. Ella le había dicho a Gunnar que quería quedarse hablando con su padre esa noche, porque no sabían cuándo volverían a verse. Padre e hija, sentados junto al fuego,

observaban cómo Gunnar y los demás seguían bebiendo y gastándose bromas, pero la mirada de Rosslyn se desvió hacia la pareja que, algo apartada, hablaba con susurros.

— Amy no parece contenta—miró a su padre

— Aidan y ella iban a casarse y rompieron el compromiso bruscamente.

Y no creo que ninguno de los dos haya sido feliz desde entonces.

— Entiendo— los miró triste.

Aidan se estaba quedando sin razones que darle a la mujer más cabezota que existía en el mundo.

— Amy no entiendo por qué necesitas más tiempo.

— Aidan no quiero discutir más, por favor. Dijiste que aceptarías mi decisión.

— Sí, lo dije, pero nunca pensé que te gustaría tanto hacerme sufrir.

— Eso también lo puedo decir yo de ti. No lo olvides.

— Entonces, ¿eres incapaz de perdonar? —preguntó entristecido.

— No lo sé, pero tengo que pensármelo muy bien porque si te acepto será porque no hay rencor en mi corazón y nunca más hablaremos sobre lo que pasó—Aidan la conocía desde niño, era orgullosa y eso hacía que no diera su brazo a torcer fácilmente, pero seguía queriéndolo, apostaría su brazo de pelear a que era así.

— Amy, esperaré lo que sea necesario y te aviso: cuando lleguemos a casa, utilizaré todos los medios a mi alcance para convencerte— ella se ruborizó imaginando a qué se refería y él se levantó susurrándole en el oído:

— Cuando volvamos a casa. Ya queda poco— se sentó con los demás para seguir bebiendo y así evitar hacerla suya en cualquier rincón.

William y Rosslyn no escucharon la conversación, pero no les hizo falta.

— Me gustaría que fuera feliz padre. Es una buena chica— lo miró—

¿harás lo que puedas por ellos?

— Claro que sí, Aidan es mi mejor amigo y un hombre excelente, pero que sean felices no depende de mí. Míranos a tu madre y a mí, yo daría lo que fuera porque estuviéramos juntos, pero es imposible. Ella no consentiría que se pusiera en duda la paternidad de sus hijos, que son herederos de la corona y también de sus propiedades. Es una gran mujer. Tuve la suerte de convivir con ella mientras estuvo embarazada de ti y fue la mejor época de mi vida. Cuando me marché, me hizo prometer que me casaría y lo hice, aunque fue por conveniencia y salió mal—se encogió de hombros— desde el principio supe que nunca dejaría de amarla.

— ¿Cómo conseguisteis estar juntos esos meses? ¿Fue en la corte?

— No, cuando se enteró de que estaba embarazada, preparó un viaje a Francia para visitar a sus hijas y le dijo al rey que estaría una temporada con cada una. Enrique y ella ya hacía años que hacían vidas separadas, por lo que él no le prestó demasiada atención. En realidad, estuvimos viviendo en una cabaña en un pueblo a un día de allí, la casa era de uno de sus sirvientes. Yo volvía a mis tierras de vez en cuando, pero hacia el final del embarazo vivía casi todo el tiempo con ella.

— ¿Y por qué está encerrada?

—El rey presentó, hace años, a su amante en la Corte. Era mucho más joven que Leonor y la sentó a comer en el sitio de la reina. Cuando tu madre bajó al salón y la vio en su silla, volvió a su habitación y no volvió a comer nunca más allí. Pero decidió vengarse y con su dinero financió un ejército que comandaban sus tres hijos mayores, y que luchó incesantemente contra el rey para quitarle la Corona. Desgraciadamente, él venció, y su venganza fue recluir a Leonor, por eso lleva diez años privada de libertad. Como ves, tu madre es de armas tomar. No en vano consiguió que anularan su matrimonio con el rey de Francia y llevarse íntegra la dote que había aportado al

matrimonio.

— ¡Cómo me gustaría conocerla!

— Haremos todo lo posible para que os conozcáis, pero para eso tendrás que ir a Inglaterra.

— Espero que Gunnar quiera llevarme— miró a su esposo que la miraba fijamente desde hacía rato, y le sonrió. Su padre vio el intercambio con una sonrisa divertida.

— De eso no tengo ninguna duda. Está claro que haces con ese hombre lo que quieres, es una vergüenza— bromeó.

— Padre, ¿conseguirás que le llegue mi carta a ella?

— No te preocupes, tu madre la leerá.

— Mi señor, William— se giraron hacia la voz, era Amy que estaba de pie, esperando— querría preguntaros si querríais cantar juntos una canción. Sería una oportunidad única, ¿no os parece?

— ¡Pues claro que sí! estoy deseando escuchar a Rosslyn— se palmeó el muslo antes de ponerse en pie levantándose— Amy, ¿nos acompañas con el arpa?

—Claro.

— De acuerdo, venga Rosslyn— tiró de ella para que se levantara.

— Ya le dije a Amy que casi todas las canciones que sé son religiosas.

— Yo también las conozco, muchacha. Así aprendí a cantar, con los jesuitas ¿Conoces la canción de las cruzadas?

— Sí, la cantábamos siempre en Navidad.

Se colocaron delante de los comensales y comenzaron a cantar haciendo dos voces. A pesar de la diferencia en el tono, al verlos cantando juntos, nadie negaría que eran padre e hija. A pesar de que la letra que los dos conocían era algo distinta, su público se calentó las manos aplaudiendo cuando acabaron, entonces, William la cogió de la mano para saludar, disfrutando del momento.

Después, a petición de Amy, cantaron Alma Solitaria, la canción que ella había cantado la otra vez y volvió a llorar como le había pasado la noche de la fiesta. Su padre se emocionó al verla.

— Nunca pensé que diría esto, pero cantas mejor que yo. Podrías dedicarte a cantar en cualquier corte europea— Gunnar que estaba a su lado la acercó a su cuerpo mirando mal a William y éste rio comprensivo, porque él tampoco querría que lo separaran de su mujer.

La mañana llegó demasiado rápido y, en contra de la opinión de William, Gunnar y Rosslyn los acompañaron hasta el pueblo y, cuando llegó el momento de despedirse, el escocés abrazó con fuerza a su hija y susurró en su oído:

— Sé que te quiere y que sois felices, pero si pasa cualquier cosa, vente conmigo. Estoy muy orgulloso de ti hija y te escribiré cuando encuentre la manera de que veas a tu madre. Sé feliz, que es lo único que importa en la vida.

— Padre, dile a ella que la quiero y a ti también— le dio un último beso en la mejilla y dio un paso atrás para dejarlo partir, mientras el viento hacía que su melena negra volara en todas direcciones. Los escoceses subieron al barco y Gunnar la abrazó para consolarla. El barco se fue alejando poco a poco y, cuando ya no distinguían sus caras, Gunnar preguntó

— ¿Vamos a casa? – ella sonrió y volvieron a su hogar.

EPILOGO

El barco había tardado solo dos días, pero ella estaba impaciente, todavía no se creía que por fin iba a conocerla. Después, pasarían parte del verano en casa de su padre, y también volvería a ver a su querida monja. Gunnar le había prometido que la visitarían a la vuelta.

— ¿Cómo estás? — estaba muy preocupado por el embarazo, se colocó al lado de su esposa y la besó en la cabeza, luego, acarició su tripa, aún plana, suavemente.

— Muy bien, no me mareo. Ya te lo dije— le había costado convencerle para ir a Inglaterra, pero ella le había dicho que el embarazo era demasiado reciente y que el viaje no la afectaría.

Ari también los acompañaba. Poco tiempo después de casarse, Rosslyn había reconocido ante Gunnar que la visión que había tenido se refería a Ari, que había visto su muerte. Durante unos días Gunnar estuvo destrozado, pero decidió que, desde ese momento, haría que la vida de su hijo fuera lo más agradable posible mientras estuviera entre ellos.

Había fabricado una silla que Gunnar sujetaba a su espalda y a su cintura mediante correas, y su hijo iba sentado encima. Así no tenía que llevarlo en brazos, algo que a Ari lo avergonzaba porque decía que parecía un niño pequeño. El chico le había confesado a Rosslyn que nunca quería salir de la habitación por esa razón. El invento de la silla había supuesto un gran cambio en su vida, incluso había empezado a ejercitarse para poder pasarse él solo a la silla desde la cama.

La costa ya estaba a la vista y tenían el tiempo justo de cabalgar hasta la

abadía. No podían retrasarse ni un momento, ya que sin ellos no se podía celebrar la misa.

— William se ha encargado de todo, pero no me gusta nada que montes a caballo tanto rato, deberíamos ir en un carro. Ella puso los ojos en blanco mientras su marido la ayudaba a montar, afortunadamente le había enseñado a hacerlo al poco tiempo de casarse.

— Vamos Gunnar, iremos al paso, si no paramos, llegaremos a tiempo.

El paisaje desde el puerto hasta la abadía era impresionante, ya que en Salisbury confluían cinco ríos y en las llanuras de la ciudad, por las que pasaron, se encontraba el monumento de Stonehenge. Cuando lo tuvieron delante, frenaron los caballos asombrados. Los dos escoceses que había mandado William para que les guiaran, se volvieron al ver que se habían detenido,

— ¿Qué es esto? — Gunnar fue el único que lo preguntó,

— No saben qué son exactamente, cuando se fundó la ciudad ya estaban aquí. Hay más como estas al sur—se dio la vuelta para seguir—vamos, todavía nos queda mucho trecho.

En la abadía, les hicieron entrar por una puerta lateral. No había muchos feligreses, pero ya les habían explicado que la mayoría prefería ir a la catedral en la que ya se podía escuchar misa, y que se había empezado a construir cinco años antes.

Amy la esperaba ansiosa.

— Ven— Gunnar iba a seguirlas, pero William se acercó a ellos, abrazó rápidamente a su hija y después guio a Gunnar a otro cuarto, por lo que ella siguió a Amy. La escocesa la condujo hasta una puerta que abrió para que pasara y ella lo hizo con el corazón en la boca.

Su madre la esperaba dentro temblando. La gran Leonor de Aquitania,

hija y nieta de reyes, acostumbrada a negociar con príncipes, papas y validos, estaba como un flan. Rosslyn se acercó a ella despacio, mirándola fijamente.

— ¿Madre? – ella asintió sonriendo entre lágrimas, incrédula al verla.

— Es verdad. Eres como él y como yo, una mezcla con lo mejor de los dos. Abrázame hija mía, por favor.

Rosslyn se echó en sus brazos sin vergüenza, abrazándola fuerte, como hacía su madre con ella.

— Cuánto he rezado para que llegara este momento Rosslyn. William me ha contado muchas cosas de ti, pero vendrás a verme y podremos charlar tranquilamente ¿Querrás hacerlo?

— Claro que sí madre—sonrió deseando contarle su secreto— madre, estoy embarazada y soy muy feliz.

— ¡Que alegría hija! Pero haz caso a lo que te puse en la carta. Tú eres tan importante como él. Tienes alma como tu marido, no hagas caso a quien te diga lo contrario. Tengo una sorpresa para ti, ha venido un invitado muy especial a tu boda. Abrió una puerta, y llamó a alguien para que entrara.

— Ven, querido— entró un caballero inglés, al menos así lo parecía por su vestimenta, llevaba calzas y una camisa de ante encima, y una capa. Sus cabellos eran rizados, suaves, y de un color rubio rojizo. Y sus ojos tenían un mirar dulce. Era muy alto y se parecía a su madre.

— Ricardo, esta es tu hermana Rosslyn.

— Querida hermana, estoy muy contento de conocerte— la saludó dándole dos besos en las mejillas, y, cogiendo luego su mano, la besó en el dorso— madre no hace más que hablar de ti ¡que dolor de cabeza! – bromeó y su madre le dio un codazo sonriendo, para que se callara

— Ricardo quiere firmar como testigo de tu boda, si tú quieres.

— Claro que sí, es un honor. Y me gustaría hablar luego contigo, eres el primero de mis hermanos que conozco.

— Luego lo celebraremos y hablaremos lo que quieras hermana, pero mañana salgo para las Cruzadas— Leonor torció el gesto— nuestra madre no está de acuerdo, pero es una cuestión de fe.

— Antes está tu país, que esos desconocidos.

— Madre, para atender mi país ya están padre y mis otros hermanos. ¿No querrás que discutamos el día de la boda de Rosslyn?

— No hijo—suspiró— sal un momento que voy a ayudarla a vestirse.

Encima de una mesa había un vestido de boda extendido, era verde esmeralda, y estaba bordado con miles de canutillos dorados formando extrañas imágenes.

— ¿Qué son las figuras de la falda?

— Es una mezcla del escudo de tu padre y el mío. He bordado un león, que está en mi escudo y de su escudo he tomado una frase que he admirado siempre “jamais derriere” que significa: nunca detrás. La valentía, ante todo. Vamos, hay que cambiarte, que va a empezar la misa.

El matrimonio católico se efectuó ese día, con una reina y un futuro rey como testigos. William entregó a la novia, que no dejaba de llorar y Gunnar aguantó como pudo sin hacerlo, pero, finalmente, una lágrima traidora se atrevió a correr por su mejilla, aunque se la limpió con disimulo.

Leonor vio la ceremonia desde una de las capillas laterales con la capucha de la capa puesta para evitar problemas. Había conseguido que la dejaran acudir a la misa ya que ese día, el nueve de abril, hacía 30 años que había fallecido su padre. Recibió el permiso del rey por ese motivo y, de esa manera, pudo estar presente en la boda de su hija, aunque no podría acudir a la celebración.

Cuando terminaba la ceremonia, sus guardias o carceleros, mejor dicho, se acercaron a ella para devolverla al castillo. Ricardo se despidió de ella, de

la misma forma con la que había saludado a su hermana y Leonor salió con gran dignidad de la abadía, encapuchada, pero con un andar tan regio que los que la veían se preguntaban quién sería. Rosslyn la observó hasta que salió por la puerta deseando que, algún día, ella pudiera mantener la misma dignidad que su madre, sin ser consciente de que ya la tenía.

Miró a su marido y se comunicaron silenciosamente unos instantes, y apoyó la palma de su mano en su vientre deseando que fuera un niño que se pareciera a él, aunque sabía que él quería una niña.

Era feliz mientras andaba por la nave central de la abadía custodiada por su marido vikingo y por su hermano Ricardo. Quedaban muchas historias por vivir, pero ahora las encaraba con valentía y optimismo.

FIN



www.margottechanning.com